

JUAN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

SECRETARÍA DE BIBLIOTECA

5



1020027061



EL HONOR O LA VIDA.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas.

Núm. Autor

Núm. Adm.

Procedencia

Precio

Fecha

Clasificó

Catalogó

N
M 567 lv

30567

-8-

cy

BIBLIOTECA DE «EL COSMOS EDITORIAL»

EL HONOR Ó LA VIDA

NOVELA ORIGINAL DE

CHARLES MEROUVEL

VERSIÓN CASTELLANA

DE

«EL COSMOS EDITORIAL.»

TOMO PRIMERO



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA 85596

«LEONARDO REYES»
CALLE 1625 MONTERREY, MEXICO

MADRID.

«EL COSMOS EDITORIAL»

MORÓN PASTOR Y COMPAÑÍA

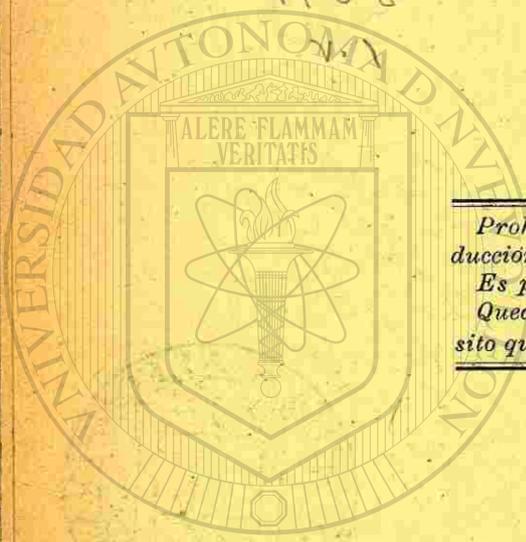
68, Cardenal Cisneros, 65.

30567

843 PQ 2625

M. E53

H 68



Prohibida toda traducción y reproducción. Es propiedad. Queda hecho el depósito que marca la ley.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MADRID.—Imprenta de LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA.

EL HONOR Ó LA VIDA

PRIMERA PARTE

VIRGEN Y DESHONRADA

I

Roland Beroult de Serigné.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1626 MONTERREY, MEXICO

El 20 de febrero de 1870 hallábase sentado delante de un gran bufete de caoba, en elegante despacho de la prefectura de policía, un hombre como de treinta años de edad, de gallarda presencia y con cierta seriedad en su fisonomía, que le daba el aspecto de un magistrado joven del antiguo régimen.

En el momento en que lo presentamos á los lectores, interrumpió el examen de unos papeles esparcidos por la mesa y llamó con voz imperiosa y sonora:

—¡Bruno!

Alzóse casi al punto el tapiz que cubría

la puerta, presentándose un ayuda de cámara correctamente vestido de negro.

—¡Señor Roland!....

—¿No ha vuelto el señor prefecto?

—No, señor.

—¿Volverá?

—El señor conde no ha dicho nada.

El que había llamado se levantó, revelando gran contrariedad.

—¡Por vida de!...—exclamó.—¡Vaya un contratiempo!

El ayuda de cámara preguntóle en tono casi familiar:

—¿Tenéis algo que decir al señor conde?

—Sí.

—Si yo puedo reemplazaros....

—Ciertamente que sí, mi buen Bruno...

Has tenido una excelente idea. Acabo de recibir una carta de mi país....

—¿Ocurre alguna novedad en vuestra casa, señor de Serigné?...

Bruno pronunció este nombre elegante con tono picaresco.

Su interlocutor sonrió con cierta amargura y repitió:

—¿De Serigné?... Me adulas, Bruno.

—Todos os dan este nombre.

—Y *viste* mejor que el otro, ¿verdad?...

—Si os gusta, haríais mal en incomodaros porque os distinguan con él.

Roland Beroult, llamado de Serigné, no respondió. Recorría el despacho á grandes pasos, dirigiendo ansiosas miradas á la calle, como si esperase, con la ayuda de algún poder magnético, atraer más pronto al

personaje á quien esperaba inútilmente.

Roland Beroult poseía todas las cualidades físicas necesarias para agradar á las mujeres y además inteligencia flexible, imaginación fecunda, instrucción sólida y audacia sin límites, es decir, cuanto se necesita para abrirse camino en el mundo. Contaba, también con la poderosa protección del conde Magni, prefecto de policía distinguido por el favor de la corte, el cual le había hecho dos años antes su secretario particular, augurándole un brillante porvenir, que su protegido esperaba realizar.

Originario de la Turena, quedó huérfano de madre hacía diez años. Su padre era un aldeano astuto y despreocupado, que con un pequeño capital encontró el medio de hacer fortuna comerciando con los créditos y sobre todo explotando los apuros de sus convecinos.

Avaro hasta la sordidez, pero muy hipócrita, había sabido captarse la confianza y hasta la estimación de las gentes por la exactitud en el cumplimiento de sus compromisos.

En el momento en que su hijo, con audacia de aventurero, unía á su nombre plebeyo el más distinguido de Serigné, que era el del pueblo de su naturaleza, el buen hombre pasaba por rico en su país, á donde se le suponía un capital de quinientos á seiscientos mil francos, de que sería único heredero Roland Beroult.

Todo parecía sonreír á éste, por lo tanto, y no obstante, los rasgos de su semblante

aparecían violentamente contraídos y se pasaba presa de febril agitación.

Detúvose, por fin, delante del ayuda de cámara, que aguardaba sus instrucciones en el dintel de la puerta con el aire indiferente de los domésticos ajenos al aburrimiento ó á las pasiones de sus amos.

—Decididamente—dijo—el conde no vendrá.

—Así lo temo.

—En ese caso, te ruego le digas que mi padre está gravemente enfermo.

—¿Mr. Beroult?

—Sin duda, Mr. Beroult. El no se ha llamado nunca de Serigné.

El ayuda de cámara hizo un gesto irónico y adulator á la vez.

—Tampoco ha hecho la carrera que su hijo.

—¡Mi carrera!...

Bruno insistió:

—No creo que el señor tenga motivo para quejarse, puesto que se halla en camino de una gran fortuna. El prefecto no ve más que por vuestros ojos. El señor de Serigné será prefecto cuando quiera.

—¿Quién sabe?

—El señor conde me lo decía ayer al entrar en la Opera: «Ya verás, Bruno, cómo este mozo irá más lejos de lo que parece; acuerdate de lo que digo». El señor tiene asegurado un puesto eminente y un matrimonio ventajoso, sin hablar de los escudos del padre del señor.

—Esperanzas que pueden quedar destruí-

das por cualquier cosa. Hubiera querido hablar un instante con el conde; pero el tiempo apremia; es preciso que tome el tren inmediatamente. Tú me excusarás con el prefecto, Bruno.

—¿El señor estará ausente mucho tiempo?

—No sé; uno ó dos días por lo menos. Mi padre me llama con insistencia. Si el prefecto necesitase de mí, un despacho...

—Entendido. El señor puede marcharse tranquilo.

El reloj del gabinete señalaba las seis y veinticinco minutos.

El joven cerró su bufete, saludó amistosamente al ayuda de cámara, que le ayudaba á ponerse el gabán, y salió de la prefectura.

A las ocho y media el expreso de Burdeos salía de la estación de Orleans, conduciendo á Roland Beroult que, recostado en un rincón del coche, leía de nuevo la carta de su padre, á que se había referido en su conversación con el ayuda de cámara del prefecto de policía.

La carta decía así:

«Hijo mío:

» Quería ocultarte nuestra desgracia y he esperado hasta el último instante. Es preciso hablar, pues desde hace algunas semanas me voy sintiendo cada vez más débil. El médico dice que estoy enfermo del corazón; pero sea la que quiera mi enfermedad, el hecho es que se va agravando, y esta gravedad es causa de las inquietudes que me

atormentan. Ya no puedo esperar más que la muerte de un momento á otro. Ven y ten valor.

»Tu padre,

»FÉLIX BEROUULT.»

El enfermo añadía una postdata:

«Felix, es decir, dichoso. ¡Qué amarga irrisión!»

El joven rompió la carta y arrojó los pedazos por la ventanilla.

Colérico contra el rayo que venía á herirle en plena prosperidad, exclamó:

—Dentro de algunas horas lo sabré todo. ¿Pero qué es lo que voy á saber?

II

El espectro de la ruina.

Serigné se halla á la mitad próximamente del camino de Tours á Chateau-du-Loir, en la línea de Mans.

Compónese el pueblo de unas cien casas, agrupadas en un terreno de aspecto agradable y de muy pocos accidentes, con campos de labor, viñedos, praderas y bosques, en medio de los cuales destácanse á trechos entre la verdura y el follaje las torres de algunas construcciones antiguas.

El aspecto general de la población inspi-

ra ideas de paz, de contento y de comodidades.

A las cuatro de la mañana el pueblo parecía sumido en el más profundo reposo. Las casas, situadas al azar, sin orden, entre los jardines y el campo, y sobre dos caminos que se cortan, formán en la intersección de estos una plaza bastante extensa.

En el ángulo Poniente de esta plaza, á algunos pasos de la antigua iglesia, despedían viva claridad dos altas ventanas de una casa grande, que debía pertenecer á gente bien acomodada. Esta casa era la de los Berouult, y las luces salían de la habitación de un moribundo.

Recostado en un sillón se veía luchando con la muerte á un hombre septuagenario, envuelto en una bata descolorida y raída.

Una criada, lo menos diez años más vieja que él, estaba sentada en otro sillón observando al enfermo, muy alarmada, aproximándose á él á cada momento, examinándole de cerca, interrogándole con ansiedad y no dejándolo más que los instantes en que iba á las ventanas, como interrogando á la oscuridad de la noche.

A las cuatro y cuarto, un ruido, débil al principio y luego cada vez más intenso, hirió los oídos de la anciana y obligó al enfermo á suspirar y mover la cabeza en distintas direcciones como si temiese la llegada de su hijo, murmurando: «¡Pobre joven!»

Por fin un coche se detuvo delante de la casa. La vieja bajó con una agilidad que nadie hubiera podido suponer en aquel

cuerpo en cuya piel se dibujaban las formas angulosas del esqueleto. Al abrir la puerta, asegurada con dobles cerrojos por temor á los ladrones, se encontró frente al viajero, que la abrazó distraidamente, mientras ella le contemplaba con cierta cariñosa ternura.

—¿Y mi padre? — preguntó el recién llegado.

—Te espera.

—¿Está mal, verdad, mi pobre Brígida?

—Sí, muy mal.

La vieja cerró y dijo al joven:

—Sube, te espera con impaciencia.

Un momento después, el padre y el hijo se abrazaban. Roland contemplaba estupefacto el demacrado semblante del moribundo. Le aterró la lividez de éste y su respiración fatigosa.

—¿Y el médico?... — preguntó el joven volviéndose hacia Brígida.

El enfermo contestó:

—Nada tiene que hacer aquí: siento la muerte; no me quedan más que algunas horas de vida.

Y volviéndose hacia la criada, le dijo:

—Quédate. Hemos vivido juntos cuarenta años y no tengo secretos para tí.

—¿Qué teneis que decirme?—preguntó el joven.

—Aproxímate — dijo el padre, — porque apenas puedo hablar.

Roland obedeció.

—Sabes — comenzó á decir el padre, — cómo hemos vivido tu madre y yo. Brígida te

lo puede decir... Una vida de privaciones. Todo por tí, que eras nuestro orgullo. Te habíamos educado como un príncipe.

—Es verdad, — balbució Brígida.

—Hace diez años — continuó el padre — nuestra situación era buena... Los labradores nos necesitaban; los préstamos producían... se sacaba partido del dinero. Llegué á poseer más de un millón. Por otra parte, yo estaba satisfecho de tus éxitos de estudiante y tú te preparabas á empezar la carrera de derecho, cuando murió tú madre. Este fué el principio de la catástrofe. Empezaste á ser exigente y te envié tu herencia: cincuenta mil escudos, que se desvanecieron como el humo... Tu querías aparentar... Los jóvenes no sabeis moderaros... No te vitupero... señalo un hecho... Era tal vez un medio de llegar á la meta... tu lo decías y yo lo creí... Después hubo necesidad de ayudarte, llenar el abismo, siempre abierto... A medida que tus necesidades aumentaban, los negocios iban siendo más difíciles... Tú gastabas mucho y yo no ganaba nada... Llegué hasta la imprudencia y me aventuré en especulaciones arriesgadas que fracasaron... Quería dejarte rico y no he podido... Eres pobre... Esta es la verdad... No te quedará nada... menos que nada... te quedarán deudas. Me tienen envidia porque me creen rico... Hasta ese punto les han podido engañar las apariencias. Oye por qué. Tengo un amigo...

—¿El coronel Souvray?

—Sí. El coronel es rico. Posee veinte mil francos de renta y cuatrocientos mil de ca-

pital. Ni un sueldo en fincas, escepto una casucha ruinosa que no vale mil francos y que cedió á ese miserable mendigo que conoces... Peschard. El coronel tiene horror á la propiedad territorial. El hotel del Fresne que habita con sus hijas, no es suyo; lo tiene arrendado en mil doscientos francos anuales. No tiene un céntimo en su casa. Todo su capital está en la mía, ó mejor dicho, estaba, porque ahora hay un déficit. Si le reembolso, no me quedará nada... nada. He vendido parte de los títulos que me había entregado en depósito...

—¡Vos!...

—Era necesario. Tu pedias continuamente dinero... Con el capital del coronel ha marchado la casa durante dos años. El coronel me daba pruebas de una confianza absoluta, pero como desaparecían mis fuerzas, ha dudado de mi acierto ó de mi actividad. Me reclama sus títulos, su fortuna, en una palabra, el depósito que me había confiado. El también padece una enfermedad que no perdona. Está próximo al sepulcro y quiere poner en seguridad la fortuna de sus hijas. Tiene razón. ¿Comprendes?

—Sí.

—Dándole cuanto tengo, le puedo reembolsar de las tres cuartas partes de su depósito.

—¿No tenéis otras deudas, padre mío?

—No: esta es bastante.

—¿Tiene el coronel recibos?

—En toda regla. Yo era su agente de negocios... compraba y vendía...

—¿Y os reclama?...

—Las cuentas. Muy amistosamente, eso sí; pero si llegase á sospechar...

—¿No abriga recelos?

—Ninguno. Como otros muchos, me cree todavía rico.

—¿Y sus hijas?

—Excelentes. Me colman de atenciones.

—No pasa día sin que se informen del estado de nuestro enfermo—dijo la criada.

—¿No conoce nadie vuestros negocios con el coronel?—dijo el joven después de reflexionar un instante.

—Nadie.

—¿Era todo esto cuanto tenías que decirme?

—Sí, todo; pero ¿te parece poco? La ruina completa, irremediable.

Y cómo para excusarse, añadió el anciano.

—He hecho lo que he podido... no he malgastado un céntimo. Brígida te lo dirá: es de la casa, casi de la familia, te ha criado y puedes tener confianza en ella.

El joven no respondió. Levantóse y empezó á pasear presa de grandes sacudimientos nerviosos. El secreto que acababa de conocer era peor de lo que había sospechado. Estaba arruinado; más que arruinado, lleno de deudas. Su carrera quedaba cortada de golpe; se veía detenido en su vuelo como el águila á la que el plomo corta las alas.

Buscó inútilmente recursos para evitar la catástrofe; pero no se le ocurría ninguno.

De pronto se volvió hacia su padre, porque la criada lanzó este grito:

—¡Se muere!

Era verdad. Agotado por el esfuerzo que acababa de hacer, el enfermo llevó la mano al pecho como para sofocar un dolor, y dejando escapar un gemido, inclinó la cabeza y quedó inmóvil.

—¡El doctor!—gritó Brígida espantada.

Roland se aproximó á su padre, tomó una mano de éste como pudiera haberlo hecho un médico, puso la suya sobre el corazón del agonizante, le levantó la cabeza y dijo friamente:

—Es inútil, ha muerto.

Brígida se prosternó, murmurando una plegaria, mientras Roland, aproximándose á la ventana, miraba á la calle.

El cielo, cubierto de espesa bruma, mostraba los tintes precursores del día. Empezaba á oírse el confuso rumor de una ciudad que despierta, y algunas luces aparecían de vez en cuando, como fuegos fatuos, en las fachadas de los edificios.

Asaltado por una idea súbita, el joven se volvió hacia la criada.

—¿Dónde está la llave de la caja?

Brígida se dirigió hacia la chimenea, y sacó de un escondite, oculto bajo la piedra, una llave, con la que Roland abrió la pesada caja de hierro colocada en un rincón de la estancia, grande y desnuda, como dormitorio de cuartel. Esta caja contenía, en valores y monedas de varias clases, casi toda la fortuna y las cuentas de la casa.

En pocos minutos, el heredero de aquel cadáver, aun caliente, pudo conocer la ver-

dad de su situación. La cuenta del coronel tenía un libro especial y se elevaba á unos quinientos mil francos: la liquidación de esta cuenta era para Roland la ruina.

Se acercó á la chimenea, avivó el fuego que ardía en ella y arrojó el libro.

—¿Qué haces?—gritó Brígida.

Roland puso un dedo en los labios, haciendo un gesto que aterró á la criada, haciéndole bajar la cabeza. Empezaba á comprender.

Después Roland guardó en sus bolsillos un paquete de títulos y de billetes de Banco, rompió algunos papeles, quemó otros y dijo á Brígida:

—Es necesario vivir, y la vida es un combate. ¿Tú me quieres?

—¿Puedes dudarlo?

—Responde categóricamente.

—Como á un hijo.

—Una madre no hace traición á su hijo. La vieja le miró con ojos extraviados.

—¿Tú no querrás verme convertido en un miserable?—insistió él.

—¡Oh, no!—dijo Brígida, juntando las manos—y si yo pudiese, Roland...

—Puedes; basta con obedecerme.

—¿Qué es lo que pretendes?

—Desde luego que no se sepa la muerte de mi padre antes del mediodía.

—Eso es fácil: nadie entrará en la casa. ¿Y después?

—Que calles, y si te preguntan, que declares no saber nada de los negocios de tu amo; nada... ¿lo entiendes?

—Eso será una mentira.
 —Sólo eso puede salvarme.
 —Pero...
 —Si hablas, soy perdido.
 —¡Roland!
 —Lo quiero.
 —Sea—dijo ella temblando;—obedeceré.
 ¿No quieres más?
 —Lo demás queda á mi cargo.
 —¡Me inspiras miedo!—murmuró la vieja juntando las manos.
 —No me extraña—contestó él con aire feroz,—porque me inspiro miedo á mí mismo; pero no quiero la miseria... ¿lo oyes?... no la quiero. ¡Silencio!
 Pasó á la habitación inmediata á esperar el día.
 A las siete y media Brigida le vió atravesar la plaza y dirigirse al campo.

III

Amigos de la infancia

Roland Beroult siguió un camino vecinal, flanqueado por dos hileras de álamos, y bordeando un arroyo medio helado, penetró en un paseo de hayas que ofrecía una perspectiva risueña. Al extremo de él distinguíase una de esas casas que abundan tanto en la Turena, y cuya antigüedad se remonta á doscientos ó trescientos años. Era un modesto palacio rodeado de un pequeño jardín. Al descubrir esta casa, Roland moderó su marcha. ¿Qué iba á hacer allí?

Al reflexionar sobre el móvil que le impulsaba se le oprimió el corazón, sintiendo impulsos de volverse; pero rehaciéndose por un esfuerzo de su indomable voluntad, siguió adelante con paso tranquilo hasta llegar á la verja del jardín.

Al abandonar el servicio, el coronel Souvray se había retirado allí, viviendo en la más completa soledad, lejos del mundo, por el que nunca había experimentado simpatía alguna, y arrastrando á aquel aislamiento á sus dos hijas, que aceptaron resignadas esta existencia, equivalente á una reclusión, hasta el punto de que sus relaciones no se extendían fuera de Serigné y sólo con algunos vecinos.

Cuando Roland llegó á la puerta del Fresno, vino á abrirla una joven como de veinte años, de suprema distinción, y que á la vista del recién venido dejó escapar una exclamación de sorpresa.

—¿Sois vos?—dijo.—¿A qué casualidad se debe vuestra visita?

—No me trae la casualidad, sino mi voluntad.

—¡Ah!—dijo la joven.—¿Deseais tal vez ver á mi padre?

—A él luego; antes á vos.

Un vivo carmin coloreó el rostro de la joven.

—¿A mí?—dijo con aire resignado...—Si quereis...

Y le invitó á entrar.

Roland movió la cabeza.

No—dijo extendiendo la mano en direc-

ción al pequeño bosque, en el cual terminaba un tortuoso paseo.—Allí podemos hablar mejor.

—¡Jesús!—exclamó ella—¿Tan misterioso es lo que quereis decirme?

—Misterioso no, pero sí muy interesante, al menos para mí.

La joven se encogió de hombros, sonrió melancólicamente, y bajó los escalones de piedra que separaban la puerta del jardín.

—¿No tendreis frío?

—No temais, soy fuerte.

—¿Y vuestro padre? He debido empezar por pedir os noticias tuyas.

La joven suspiró.

—Me causa grandes inquietudes—dijo, contestando á Roland.—Temo que le perdamos pronto y quedemos solas mi pobre Luisa y yo.

—¿No teneis parientes?

—Ninguno.

—¿Pero tendreis amigos?

—Menos aún; los que lo eran en nuestra infancia nos han perdido de vista y olvidado.

—Vos os casareis, Margarita.

—¿Quién sabe!

—Se habla de proyectos...

La joven se ruborizó nuevamente. Confesó que en efecto, se había tratado de casarla con un joven de la vecindad, hijo de un rico industrial de las cercanías.

—¿M. Duperrier?—preguntó Roland.

—¡Ah! ¿Lo sabiais?

—Todo el mundo habla de ello, y eso es precisamente lo que me trae...

—No hay nada decidido.

—Entonces llego á tiempo, gracias á Dios.

—No os entiendo—dijo ella.

El tono naturalmente imperioso del joven, se cambió en humilde y suplicante.

Reflexionando, había entrevisto una tabla de salvación.

Margarita Souvray era rica después de todo. Las veinte mil libras de renta de su padre, le debían pertenecer dentro de poco, puesto que el coronel no ofrecía larga vida ni tampoco la única hermana de Margarita, amenazada por una tísis.

La joven era, por consiguiente un buen partido, que ofrecía además la ventaja de poder ocultar la ruina de Beroult y disimular el abuso de confianza respecto á la fortuna del coronel.

—Margarita—continuó Roland, con acenyo apasionado—existe un secreto en mi vida y ha llegado el instante de revelaroslo.

—¿Un secreto—murmuró ella—entre nosotros?

—En tres palabras os lo daré á conocer: Yo os amo.

—¿Vos?

—Con pasión y desde hace mucho tiempo. Si he esperado tanto para decirlo, es porque quería ofreceros una posición digna de vos, estar seguro del porvenir.

—¿Y lo estais ya?

—Al menos creo estarlo. Tengo fé... La fortuna me ha protegido...

—Decid vuestro mérito,

—No soy tan vanidoso. Hay un antiguo proverbio que dice: «Ayúdate y Dios te ayudará.»

—¿Y os habeis ayudado?

—Todo cuanto he podido. La suerte me ha ayudado por su parte; la suerte ó Dios, como queráis.

—No os suponía tan creyente.

—No sé, en efecto, si soy ó no soy creyente, á la manera que lo entendeis; pero hay una cosa en que creo.

—¿Cuál?

—El amor que me habeis inspirado desde hace mucho tiempo, Margarita. Ligado desde nuestra infancia por relaciones de familia, fué para mí un suplicio el alejarme de vuestro lado. Hubiera querido venir á menudo para veros, para hablaros y deciros cuanto os amaba. Pero el tiempo pasa con la rapidez del vértigo, y además, ya lo sabeis, siempre se espera el mañana para realizar los proyectos que más nos interesan. La noticia de vuestro matrimonio me ha sacado de la falsa seguridad en que vivía y me he apresurado á veros. Decidme que no aceptais el marido que se os ha designado, que me creereis cuando os diga que os amo, que os adoro, que quiero consagraros mi existencia y elevaros á una posición digna de vos... Todo me favorece... Puedo ser perfecto mañana. No habrá esfuerzo que no intente por rodearos de todo el esplendor y del bienestar que constituye el anhelo de las mujeres. No me limitaré á amaros, os idolatraré.

—¿Era eso todo cuanto teníais que decirme?—preguntó la joven después de una breve pausa?

—¿Qué más podría añadir?

—Nada, en efecto.

El tono casi glacial de la joven hizo comprender á Roland que iba á abrirse bajo sus pies la débil tabla á que se había acogido.

—Vamos—dijo con voz temblorosa—sed sincera. ¿Qué decidís?

—¿Queréis que sea franca?

—Sí.

El corazón de Roland palpitaba fuertemente. Margarita era el árbitro de su destino, porque si se negaba, no tenía Roland más medio de salvación que un crimen.

Además, en el fondo, su declaración era verdadera. Hacía mucho tiempo que la hermosura de la joven le había inspirado una pasión violentísima.

La voz serena de Margarita rompió el silencio:

—Mi querido Roland—dijo—os agradezco esta prueba de amistad y estimación, que no puede menos de halagar á una joven; pero, en primer lugar, estoy comprometida; y, aparte de todo, no puedo ser vuestra esposa.

—¿Por qué?

—Porque nuestros gustos, nuestros caracteres, son tan distintos como el agua y el fuego. En el largo tiempo que nos conocemos, me habeis favorecido alguna vez con vuestras confidencias. Sois ambicioso y yo no tengo ambición; anheláis una vida de lujo

y de grandezas, y yo sólo deseo una existencia apacible, escondida en un pueblo, con algunos amigos, y ocupada en hacer el bien en la medida de mis fuerzas. Yo amo el silencio y la soledad; vos buscáis ávidamente el esplendor, el ruido y las fiestas. Esta es la verdad. Dejadme, pues, entregada á mi suerte y sigamos cada uno nuestro camino. Desde la infancia nos unen lazos de buena amistad: seamos siempre amigos. Esto es lo que puedo contestar á vuestra petición, que guardaré como uno de los recuerdos más agradables en el fondo del alma.

—¿Y que rechazais?—preguntó el joven con amargura.

—Es preciso.

—¡Ah!—exclamó Roland colérico,—entonces es que le amais.

—¿A quién? ¿A Mr. Duperrier?

—Sí.

—No sé si le amo, ni si me casaré con él —respondió la joven con firmeza.—¿Quién puede asegurar que se hará una cosa mientras no esté hecha? Pero no me desagradaría la vida que él me ofrece en una población de pobres necesitados de ayuda y protección; es más, la aceptaría con gusto.

Roland soltó la mano de la joven que tenía entre las suyas y murmuró con reconcentrado despecho:

—¡Margarita! Me proporcionais el más cruel de los desengaños, pero puesto que es preciso, me resignaré:

Margarita procuró sonreirse y dijo con dulzura angelical:

—Sed razonable y aceptad la amistad que os propongo.

—No; todo ó nada—respondió Roland, colérico.

Margarita hizo un leve movimiento de hombros y dijo con inocente coquetería:

—Ya reflexionaréis.

—Nunca reflexiono mucho. Sobre el campo de batalla son necesarias la actividad y la prontitud.

—Pero aquí no estamos en un campo de batalla, sino en Serigné, mi querido Roland.

—Os equivocais, Margarita. La vida es un combate, en el que se lucha por la felicidad, por la fortuna, por el amor, y á veces por el honor. Eso hago yo aquí. Os amo y me rechazais, es decir, me convertís en vuestro enemigo. Os ofrezco una alianza y no la queréis. Tanto peor para mí y tal vez para vos. No os digo más ahora porque os parecería un enigma; más tarde lo comprenderéis. Os ruego que me conduzcáis á presencia de vuestro padre: ¿podrá recibirme?

—Sí, y os aseguro que será muy dichoso en veros.

—Vamos.

Los dos se dirigieron silenciosamente hacia la casa, envuelta por densa bruma. El jardinero pasó por su lado conduciendo un carretón lleno de tierra, casi al mismo tiempo que la criada se dirigía por el camino de Serigné, con la cesta en el brazo.

La vista de estas dos personas, causó vivo placer á Roland.

Los dos únicos criados del coronel abandonaban la casa.

En el dintel de la puerta, se volvió hacia Margarita.

—Reflexionad—le dijo.—Es nuestro porvenir lo que se decide.

—He reflexionado.

—¿De veras?

—De veras.

—¿Insistís en vuestra negativa?

—Insisto—dijo la joven.

Y suspirando añadió:

—Por vuestro bien y por el mío.

—Sea—dijo Roland con voz alterada.—Entremos.

IV

Saldo de cuentas.

El coronel Souvray acababa de levantarse. Siempre cuidadoso de su persona, vestía un sencillo y elegante traje de mañana, con el que ofrecía, visto de lejos, cierta apariencia de juventud. Pero de cerca se observaba la gran demacración producida por los intolerables dolores de una enfermedad incurable, vencedora de todas las energías de aquel cuerpo que antes desafió todas las fatigas.

Su hija se aproximó, y besándole en la frente, anunció la visita de Roland, que seguía á la joven.

—¡Oh, amigo mío!—dijo el coronel, sonriéndose.—¿Habéis llegado esta noche?

—Hace cuatro horas, y como debo regresar hoy mismo, me he apresurado á venir.

—Os lo agradezco, tanto más, cuanto que venís á ver á un viejo, una verdadera ruina que no puede durar mucho.

—¡Coronel!...

—Sé lo que digo. Hablemos de vos. Navegáis á toda vela. El secretario, el protegido del conde Magny, una potencia...

—El conde es, efectivamente, muy bondadoso conmigo.

—Porque lo merecéis. Todo os sonríe.

—¿Todo?—repitió amargamente el joven, dirigiendo una insistente mirada á Margarita.—Todo no. Sería entonces demasiado dichoso; y sobre esto, precisamente, tengo que hablaros.

—Os escucho, amigo mío—dijo el coronel; y dirigiéndose á su hija, añadió:

—Déjanos, hija mía.

Margarita salió sin responder. Roland oyó el ruido de dos ó tres puertas que se cerraban. Los dos hombres quedaron solos.

El coronel movió tristemente la cabeza, diciendo:

—¡Pobre hija! ¿qué le quedará dentro de poco? El estado de su hermana me inquieta mucho. ¡Ay, amigo mío! ¡Qué pena tan terrible me produce el abandonarlas!

—¿No puede oiros Luisa, coronel?

—No; desde que está tan mal, la he trasladado al otro extremo de la casa, porque las idas y venidas de su hermana á mi habitación, turbaban su reposo. Mi pobre Ro-

land, esto es casi un hospital. ¿Y vuestro padre?

—Siempre el mismo, coronel. Una salud penosa con la que vivirá cien años, á Dios gracias... Quería—dijo interrumpiéndose,—hablaros de lo que me trae á vuestra casa.

—¿Qué es ello?

—Un proyecto tocante al corazón, pero tengo que renunciar á él. Amo á Margarita...

—Y con razón, ¡vive Cristo! Yo no debiera hacer su elogio; pero es una hija admirable. Una sencillez, un valor, un cariño...

—La amo—repitió el joven,—pero ella me ha arrebatao toda esperanza. La casualidad ha hecho que la encuentre á mi llegada y me he creído autorizado por nuestra amistad de la infancia, á revelarles mis sentimientos... Todo ha terminado...

—Dejemos esto—añadió con firmeza,—y hablemos de negocios. Mi padre me ha explicado su situación respecto de vos y me ha encargado arreglar este asunto.

El coronel balbuceó algunas frases.

—Nada más natural—prosiguió el joven.

—Mi padre también está fatigado por el peso de la edad y necesita reposo. En algunos minutos podemos solventar las cuentas.

Roland fué á sentarse delante de un velador colocado cerca de una ventana; miró hacia el jardín con aire inquieto, y después de asegurarse de que nadie llegaba á la casa, sacó del bolsillo un paquete de títulos y un legajo de billetes de Banco.

—Veamos primeramente—dijo—si estamos de acuerdo en las cifras.

Enumeró rápidamente las sumas confiadas á su padre, los valores adquiridos por el coronel; hizo la cuenta de los intereses, y concluyó diciendo:

—El saldo á vuestro favor, coronel, asciende á dieciseis mil seiscientos cincuenta y dos francos, que os traigo, y os agradecería que tuviérais la bondad de darme el correspondiente recibo.

—Es muy justo: además os entregaré los que tengo de vuestro padre. Allí están—dijo el coronel, señalando un armario antiguo que tenía puesta la llave en la cerradura.—Extended vos mismo el documento y yo lo firmaré, porque mi debilidad no me permite otra cosa.

Cuando Roland concluyó de escribir, alargó una pluma al coronel, que hizo un esfuerzo para levantarse; pero se desplomó sin alientos sobre el sillón, exhalando un quejido. Roland estaba de espaldas al anciano, inclinado sobre el velador y fingiendo leer el documento que acababa de escribir; pero en realidad estaba calculando con la sangre fría de un bandido las consecuencias del espantoso crimen que proyectaba. La casualidad le favorecía. Fuerte y vigoroso, se encontraba á solas con un enemigo confiado, debilitado por la enfermedad y cuya vida pendía de un hilo, en una casa aislada, y para colmo de sus deseos tenía á la mano todos los documentos de que dependían el honor y la fortuna de su padre, que eran ya los suyos.

Todo podía caer en su poder una vez muer-

to su acreedor: su crimen no tendría testigos. La duda en aquel instante significaba para él la perdición, la ruina y la deshonra. Además no tenía tiempo que perder. Una visita, la llegada de un criado trastornarían todos sus planes, y entonces estaba perdido.

Todas estas ideas pasaron en un momento por su ánimo y se decidió. Volvióse hacia el coronel, que le miraba sonriendo.

—Dadme ese documento.

—Roland se lo presentó.

—Está bien—dijo el coronel, después de leerlo, y se inclinó para firmarlo.

Entonces el miserable se arrojó sobre el anciano, y echándole las manos al cuello, le apretó sofocando el grito de angustia arrancado á la víctima por tan traidora sorpresa. El asesino no necesitó esforzarse, el coronel después de cortas convulsiones, quedó inmóvil.

Consumado el asesinato, debía serlo también el robo. El secretario revisó en pocos momentos los papeles que contenía el armario encontrando entre ellos un legajo que tenía escrito sobre su cubierta: «Cuenta Beroult.»

Una vez seguro de que allí estaban todos los recibos de su padre, Roland guardó el legajo con los billetes y los valores que había extendido sobre la mesa para engañar á su víctima, y llegándose al cadáver lo examinó atentamente.

Los rasgos de la fisonomía del coronel habían adquirido esa serenidad que imprime

la muerte sin agonía. El asesinato no dejaba huellas.

El asesino abrió una ventana, y viendo al jardinero que regresaba á la casa, le gritó:

—¡Un médico en seguida!... El coronel se ha agravado.

Margarita, asomada á un balcón en el otro extremo de la casa, oyó á Roland y corrió hacia la estancia, diciendo á su hermana:

—¡Ven, Luisa!

Margarita se arrojó á los pies de su padre sin pronunciar una palabra: al verle comprendió la horrible verdad.

Poco después llegó su hermana con la desolación pintada en el rostro.

Luisa Souvray tenía apenas diez y siete años. Había sido hermosa, pero de su belleza apenas conservaba sus ojos, de color de cielo, que parecían mayores en aquella cara pálida y enjuta, como si un fuego interior hubiera devorado sus carnes sin respetar más que la piel. Alta y delgada, la enfermedad la había abatido. Su pecho, sacudido por una tos continua, formaba una honda concavidad, hacia la que llevaba sus afilados dedos procurando sofocar una tortura intolerable.

Las dos hijas contemplaron un momento la faz pálida de su padre y le besaron en la frente, ya fría. Después se arrojaron en brazos una de otra, mezclando sus lágrimas.

—No nos separaremos nunca—murmuró la mayor.—No temas nada, te quedo yo.

No tardó en llegar el médico; buena per-

sona, excéptico y de mediana instrucción, amado de sus enfermos, á los cuales solo les recetaba medicinas sencillas y poco costosas y los confortaba con su buen humor.

Al mirar al coronel levantó los brazos en señal de pena, y dijo:

—Una gran desgracia, pero estaba prevista.

Para el doctor Sougé todo estaba previsto; nada le sorprendía.

—¿Estábais aquí?—preguntó á Roland.

—Sí, doctor.

—¿No ha tenido sufrimiento?

—Ni el más mínimo. Estábamos hablando. Yo creí que era un síncope.

—Hermosa muerte! ¿Y vuestro padre?

—Estaba bien cuando le dejé.

El doctor movió la cabeza.

—¡Bien, bien!—murmuraba.—Es demasiado decir. El coronel no estaba peor ayer, y sin embargo... A vos se os puede decir todo, porque sois hombre de carácter.

—¡Me asustais, doctor!

—Nada de eso: es preciso ver las cosas como son. El pobre Beroult puede morir en el momento menos pensado. Es cosa prevista. Estad prevenido.

—Creo que exagerais.

—Bien, bien, tanto mejor. Ya lo veremos...

El médico, que no tenía ya nada que hacer en el Fresne, estrechó con efusión las manos de las huérfanas y desapareció.

El secretario del conde de Magny tomó el sombrero y se dispuso á seguir al médi-

co; pero antes hizo una señal á Margarita Souvray, que se aproximó, mirándole fijamente.

—Me habeis rechazado,—le dijo Roland con dureza—cuando acudí á vos. Adiós. El porvenir os demostrará que había verdadero amor y alguna generosidad en mi proceder.

—¿Qué queréis decir?

—Nada más de lo que he dicho. ¡Acordaos, Margarita! Me llevo de esta casa una verdadera decepción. Dios quiera que las vuestras sean menos crueles.

E inclinándose, saludó y salió á su vez.

V

Aflición.

Al siguiente día, los habitantes de Serigné fueron despertados por el melancólico clamor de las campanas. Dos importantes personajes habían muerto casi á la vez, y los dos entierros debían verificarse por la mañana, lo cual era un acontecimiento para aquellos vecinos, que abandonaron los trabajos para reunirse en la iglesia y en la plaza.

La opinión general era que el viejo Beroult dejaba una gran fortuna á su heredero, y de todos los labios salía esta frase:

«Un calavera que hará fortuna.»

El dolor de las hijas del coronel movía á piedad.

Roland Beroult, al salir del cementerio

adonde fué enterrado su padre, se presentó en la iglesia y saludó á las huérfanas; pero cuando, terminados los oficios, cayeron las primeras paletadas de tierra en la fosa del coronel, Margarita, con los ojos llenos de lágrimas, le buscó entre la multitud, sin encontrarle: había desaparecido.

Margarita volvió á pie al Fresne, distante unos dos kilómetros, prodigando á su hermana Luisa cuidados verdaderamente maternos.

Cuando los amigos, ó por mejor decir, los conocidos y los vecinos que las acompañaron durante la lúgubre ceremonia se fueron, la casa les pareció inmensa y vacía. Experimentaron esa sensación de frío que nos sobrecoge en una morada largo tiempo desierta, y se refugiaron en sus habitaciones para entregarse al llanto.

El corazón de Margarita se anegaba en una profunda tristeza, y se sentía turbado por vagos presentimientos. Era el único apoyo de su hermana, y ella necesitaba también en quien apoyarse, por más que fuese fuerte y valerosa. En la iglesia no había visto más que indiferentes y curiosos.

El coronel Souvray pasaba en el país por un ser original y raro; cariñoso con los débiles, no transigía con los burgueses de Serigné y los mantenía á distancia.

No se le conocía más que un amigo, además del banquero Beroult, que después de todo era para él más que un amigo, un agente de negocios.

Este amigo se llamaba Duperrier, indus-

trial en vidriería, y cuyo hijo era el prometido de Margarita, faltando solo fijar el día de la boda.

Por una de esas casualidades tan frecuentes en la vida, ningún individuo de la familia Duperrier asistió al entierro del coronel.

El hijo se encontraba en Argelia; el padre viajaba por Alsacia; la madre estaba enferma.

Esta ausencia, si bien justificada, vino á aumentar la tristeza de Margarita, que consideraba aquello como un mal agüero.

Dos días después, cuando la joven debió ocuparse de los detalles de su posición, solo encontró en la caja algunos centenares de francos. Pero no se inquietó, porque sabía que el verdadero cajero de su padre era el viejo Beroult, el *factotum*, el consejero, el indispensable de la familia.

Su desaparición no podía influir en el estado de fortuna de los Souvray; sin embargo, por ajena que la primogénita del coronel fuese á los negocios, comprendía que la situación de su herencia debía estar debidamente comprobada por documentos, y estos documentos no parecían por ninguna parte á pesar de sus escrupulosas pesquisas.

Recordó con terror las ambiguas palabras de Roland:

«Pronto conoceréis que había alguna generosidad en mi proceder.»

A fuerza de reflexionar, comprendió que estas frases podían encerrar una amenaza. Roland no podía en efecto referirse á su

generosidad en el sentido de solicitar por puro amor á Margarita, como si esta careciese de dote, porque era una cosa indudable que el coronel poseía por lo menos veinte mil francos de renta, de cuya administración absoluta estaba encargado Beroult padre, en quien el coronel tenía la más omnimoda confianza.

¿A qué clase de generosidad podía referirse Roland?

Buscando en sus recuerdos, Margarita sintióse inundada de sudor frío al pensar en la caja vacía; sin dinero, sin papeles, sin valores, sin cuenta alguna.

La idea de un crimen tenebroso pasó por su imaginación, pero la rechazó en seguida.

Roland había estado solo con el coronel, y encerrado con él estaba al ocurrir la muerte. En el fondo ella no le amaba ni le estimaba; veía en él algo de traidor, algo que revelaba la falsedad y la perfidia. Con todo no se atrevía á acusarle.

Registró todos los rincones de la casa y no encontró ni un solo dato acerca de aquella fortuna tan imprudentemente confiada á manos ajenas. Presa de verdadero espanto, entró en la habitación de su hermana y le dijo, abrazándola tiernamente:

—No te inquietes; voy á salir, pero volveré en seguida.

—¿Adónde vas?

—A la ciudad.

—¿Tienes precisión de ir?

—Sí.

Cogió la cabeza de su hermana y le dió un prolongado beso en la frente.

—¡Pobre Margarita!—dijo la joven al verla marchar con paso rápido por el camino de Serigné: no tiene más que á mí, y muy pronto...

Margarita, entre tanto, marchaba cabizbaja y con el pecho oprimido, sin atreverse á acusar á Roland, el hijo de un amigo, de una acción tan monstruosa como la que ella sospechaba. ¡Robar una fortuna y tal vez cometer un crimen peor todavía!

Estas reflexiones facilitaban el camino de los recuerdos y acudían á su memoria los detalles de la visita de Roland.

El coronel había muerto repentinamente y con mucha oportunidad para aquel miserable, que al separarse de ella estaba tranquilo, casi sonriente, como no lo había estado nunca; y cuando ella entró apresuradamente en la habitación del crimen (esta palabra acudía á sus labios, á pesar suyo), Roland tenía un aire singular, una alegría de triunfo que en vano trataba de disimular.

En la iglesia le dirigía con irónica persistencia extrañas miradas, en las que había una insultante provocación, una burla indecible y también piedad, la piedad desdeñosa del fuerte para con el débil, del vencedor para con el vencido.

El día de la muerte del padre de Roland corrieron algunos rumores acerca de este suceso, á pesar de las precauciones tomadas, y todo parecía indicar que la visita de Ro-

land al coronel había sido posterior al fallecimiento del viejo Beroult.

¿Cómo se explicaba la insistencia de Roland en hablar al coronel, cuando Margarita no le había dejado ninguna esperanza?

Algunas veces el coronel había dicho á sus hijas, señalando el armario:

—Los papeles están ahí.

Y allí no había nada.

Los indicios y aun las pruebas iban acumulándose en su espantado espíritu.

No tardó en llegar á Serigné y en encontrarse frente á la casa de Beroult, toda cerrada. Llamó, y al abrir Brígida, sintió un estremecimiento.

—¿Sois vos, señorita?—balbució con voz temblorosa.—Entrad.

La huérfana sintió renacer la confianza en presencia de Brígida, porque conocía bien á la criada de Beroult, buena y caritativa mujer, más estimada por las gentes que su amo.

Cuando estuvieron en la habitación del banquero, Margarita fué la primera que rompió el silencio.

—Mi querida Brígida—dijo,—vengo poseída de gran inquietud.

—¡Por vuestra hermana, sin duda!—dijo la vieja, cuya mirada se había vuelto sombría, y afectando gran sencillez para engañar á la joven.—¡Pobre niña! El doctor Sougé dice que se halla muy grave.

—¡Ay! Sí. Pero no se trata sólo de ella.

—¿De quién se trata entonces?—dijo la vieja, juntando hipócritamente las manos.

—Vengo con motivo de los asuntos de mi padre, de los cuales sabéis que estaba encargado el señor Beroult.

El rostro de Brígida se demudó, pero contestó sin vacilar:

—No sé nada de eso. Mi cabeza no está para negocios; y como mi amo lo sabía, nunca me dijo una palabra relativa á ellos, os lo juro.

Margarita sintió como si la hirieran en el corazón. Sus sospechas se convertían en certidumbre.

—Vamos, Brígida—dijo con dulzura,—repasad vuestra memoria. Alguna vez habéis llevado dinero á casa.

—¡He ido á tantas casas, que no puedo acordarme cuando ni para qué me han enviado á ninguna. Pero, después de todo, nada tenéis que temer. El pobre difunto era un hombre de bien, incapaz de perjudicar en un céntimo á nadie: si os debía algo, no perderéis nada seguramente, porque todos sus asuntos debió dejarlos en regla.

—¿Ha regresado á París Mr. Roland?

—Inmediatamente después del entierro. Le llamaban de allá. El pobre está bien abatido. No esperaba este golpe.

—¿Volverá?

—No lo sé.

—¿No os ha dicho nada?

—Es tan reservado como su padre, y además ya comprendereis que acostumbrado á las grandezas, no hace caso de una pobre anciana ignorante como yo, á pesar de que le he criado y he sido su verdadera ma-

dre. No se siquiera si conservará esta casa, su viejo hogar. Los jóvenes de hoy no se satisfacen con la vida del campo, que les aburre; se sienten atraídos por París, ese París que les pierde despertando en ellos ambiciones.

Brígida respondía casi inconscientemente á su propio pensamiento. Conocía lo sucedido como si lo hubiera presenciado; el crimen del Fresne, el robo desvergonzado, y en el fondo de su alma sentía levantarse un sentimiento de indignación. Pero ¿podía vender al que amaba como hijo?

Quizás luchó un instante entre su afeción y su deber en presencia de aquella encantadora joven, que siempre había tenido para ella atenciones, reducida á la miseria por tan odiosa y criminal maquinación; pero la lucha fué corta. Entre dos sacrificios, eligió el menor y acordándose de las instrucciones del culpable, sofocó el grito de su conciencia.

—¿Qué queréis que os diga? No sé nada; no sé nada, dijo á la joven.

—Brígida—replicó esta.—Sois una mujer honrada; nadie ha tenido nunca que reprocharos una mala acción; pero en este momento no decis la verdad. Cumplis un orden. Se os ha mandado callar y callais. ¿No es cierto?

Brígida tuvo que hacer un gran esfuerzo para contestar:

—No, no; no puedo decir nada porque nada sé.

—¿Qué Dios os perdone—dijo Margarita?

—Os haceis cómplice de un crimen. En vuestra última hora os pesará. ¡Adiós!

Y salió sin volver la cabeza.

La vieja quedó como clavada en el suelo murmurando:

—Es verdad, tiene razón. Esto será mi remordimiento eterno... la perdición de mi alma. Pero yo no puedo perderle; no puedo, no.

La huérfana entretanto cruzaba las calles de la población, sin saber lo que hacia, pensando únicamente en la trama en que estaba cogida, en aquel plan concebido para despojarla, bastándole para su convencimiento el embarazo de la criada en presencia suya y sus respuestas, dictadas por un hombre á quien no podía negarle nada.

¿Pero qué hacer? ¿A quién recurrir para obtener justicia y confundir al culpable?

Cuando se hacía á sí misma estas preguntas, pasaba por delante de la casa del juez de paz de Serigné, y recordó que éste había comido algunas veces en casa del coronel. Entonces le ocurrió la idea de consultarle.

M. Giraud, pues este era el nombre del juez, la recibió con gran cortesía, pero manifestando cierta extrañeza por la visita.

—¿A qué debo el honor...?

—Vengo á pedir os un consejo y vuestro apoyo.

—Estoy enteramente á vuestra disposición.

—¿Conocíais á nuestro pobre padre, señor juez?

—Perfectamente... ha sido su muerte una pérdida para el país...

30567

—¿Sabeis también cuan grande era su horror á los negocios?

—Sí, por cierto.

—¿Y cuan antipáticos le eran los cálculos y la administración de su fortuna?

—Sin duda... sin duda...

—El tenía plena confianza en uno de sus amigos...

—Y de los míos, señorita,—interrumpió el juez.—¿Hablais sin duda de M. Beroult?

—En efecto, M. Beroult compraba y vendía en nombre de mi padre, era el depositario de los valores y títulos y cobraba los intereses...

—Bien, pues nada más sencillo; no hay más que hacer una liquidación.

—Eso debería ser, y sin embargo, abrigo temores serios de tener que habérmelas con gentes de mala fé.

—Veamos, decidme vuestro pensamiento.

La hija del coronel confió al juez de paz sus dudas, le refirió cuantohabía sucedido al morir su padre, la inutilidad de las investigaciones hechas, la desaparición de los recibos, de cuya existencia estaba segura, las palabras amenazadoras de Roland Beroult y el obstinado silencio de la criada.

—Esto es grave, muy grave—dijo el juez. Vuestro padre no ha procedido muy prudentemente. Carencia de pruebas... esto es una dificultad. ¿Cómo poner en claro la verdad? ¿Quereis que yo escriba á Roland?

—Nos prestaríais un gran servicio.

—Iré á París y os enviaré la respuesta... Pero el coronel ha procedido muy de lige-

ro... Es una situación horrible... Es casi materialmente imposible restablecer la verdad.

Margarita se levantó desolada y se dirigió hacia la puerta, seguida por el juez, que balbuceaba estas frases:

—Vamos, ¡valor y esperanza! No desalentéis... Pero preveo grandes disgustos. Hacen falta pruebas, porque las pruebas lo son todo para la justicia, y nosotros no las tenemos.

Cuando volvió á su despacho, donde le esperaba su esposa, mujer repleta de carne y de celos, se frotó las manos con muestras de gran alegría.

—¿Qué hay?—preguntó ella.

—Que ya tengo mi ascenso.

—Pero ¿cómo es eso?

—Ya lo sabrás cuando vuelva de París.

—¿Te marchas?

—Al instante.

—Y ¿cuándo vuelves?

—A lo más, dentro de veinticuatro horas.

Y añadió con entonación solemne:

—De este viaje depende mi porvenir.

El también había comprendido, por su parte, mucho mejor que la desgraciada huérfana del coronel. Gozando de la intimidad del banquero de Serigné, había adivinado su ruina, por ciertos detalles. El relato de Margarita le daba la clave del enigma. Roland Beroult era un ladrón y un miserable, pero era poderoso. Se podía negociar con él.

A los dos días, el juez se presentó en la casa del Fresne, preguntando por Margarita, que conoció en el semblante de M. Gi-

raud las malas noticias que éste le llevaba.

—Señorita—dijo,—siento de veras haberme encargado de esta misión, cuyo resultado no ha respondido á mis deseos. Monsieur Berault es, como sabeis, muy estimado en elevadas esferas, y tiene cerca del prefecto una autoridad contra la cual sería temerario luchar sin pruebas concluyentes, de las que carecemos. He expuesto el asunto á M. Beroult, y se ha encogido de hombros, diciéndome que su padre era reservado acerca de sus negocios, con él y con todo el mundo, y que alguna, muy rara vez, le había oído quejarse de la manera que el coronel tenía de entender sus intereses, y que le arruinaba....

—¡Mentira!—exclamó Margarita poniendo en la voz toda la energía y la indignación de su alma.

—¿Quién sabe?—murmuró M. Giraud.

—¿Dudariais también?

—A fé mía, señorita, ya lo he dicho. La justicia no se paga de frases; quiere actos, exige pruebas.

Después de estas palabras duras, hizo algunas consideraciones generales sobre el peligro que hay en infamar á un adversario, sobre la fé debida á la palabra de un personaje oficial, por decirlo así, y protestando de su consideración hácia las hijas del coronel, se retiró.

Margarita, aniquilada, no tuvo valor para acompañarle hasta la puerta.

VI

Dos hombres de talento.

Véase lo que había sucedido.

Roland Beroult no estaba tranquilo al volver á su despacho de la Prefectura, después de su siniestra expedición; pero nadie hubiera podido leer en su rostro los pensamientos que agitaban su espíritu.

El día siguiente al de la entrevista entre Brígida y la hija del coronel Souvray, apenas Roland entró en la oficina, le entregaron una tarjeta.

Al pasar la vista por ella, tembló; pero no le hizo traición su semblante.

—Que entre—dijo.

El nombre que había leído era el del juez de paz de Serigné.

—¿Comenzarán ya las hostilidades?—pensó.

El secretario del conde de Magny acogió cordialmente á M. Giraud, tendiéndole los brazos.

—¿Qué casualidad os trae á París, querido amigo?—le preguntó, mientras le ofrecía un sillón.

Roland empezó la conversación, haciéndola recaer hábilmente sobre la muerte de su padre, mostrándose desalentado, abrumado por aquella desgracia imprevista, que le dejaba solo, sin parientes y sin familia.

Después entró en el terreno de las confidencias, confesando su pasión por Margari-

ta, el desengaño recibido, la pérdida de sus esperanzas; desventuras todas de las que solo podía consolarse entregándose por completo en brazos de la ambición, que no le proporcionaría tan amargas decepciones.

Con todo, no podía quejarse, porque, á Dios gracias, tenía una posición soberbia. Solo por amor, por satisfacer una exigencia del corazón, había pensado en Margarita Souvray, teniendo en París tantas herederas ricas entre quienes elegir. Sin embargo, no pensaba en el matrimonio, al menos por entonces. Se preocuparía únicamente de su carrera, mientras la suerte le fuera propicia; después... ya vería.

Con mucha habilidad deslizó estas frases con las que se anticipaba á los deseos del juez de paz:

—Mi querido Giraud, el viento de la suerte puede cambiar. Hoy se está en la cima y mañana puede uno encontrarse en lo más profundo. Si por casualidad deseais alguna cosa, no teneis más que decirlo. Estoy enteramente á vuestra disposición. Para un hombre de vuestra inteligencia, Serigné es una cosa bien mezquina. Lo que necesitáis es un juzgado de mayor categoría, en Saumur, por ejemplo, ó en Tours. ¿Por qué no? Yo tengo muchos amigos en la magistratura. Me admira que no hayais pensado en esto.

El juez de paz replicó:

—Pero si es todo lo contrario. Precisamente venía á hablaros de eso...

El secretario sintió dilatársele el alma.

—Sea enhorabuena—dijo.

Y á la vez, continuó Mr. Giraud, de un asunto sobre el cual se me ha consultado.

El duelo estaba empeñado.

—¿De qué se trata?—preguntó Roland.

—¿No adivinais?

—No, por cierto.

—Es extraño. Se trata de las señoritas de Souvray.

Roland permaneció impasible.

El juez de paz siguió hablando.

—Están con gran inquietud.

—¿Por qué?

—¿Pero no estais enterado?—preguntó el juez con tono agresivo.

—De nada, absolutamente de nada.

—Entonces será preciso que yo os explique los hechos.

—Os lo ruego.

—El coronel Souvray tenía una renta de veinte mil francos.

—Algunas veces se atribuye á las personas una fortuna que no poseen.

El juez movió la cabeza.

—No—dijo,—no es este el caso. Esto era notorio. Todos lo saben en el país.

—Como queráis,—dijo Roland con indiferencia.—El asunto no me interesa. ¿A dónde quereis ir á parar?

—Vais á verlo. La fortuna del coronel Souvray se componía exclusivamente de títulos... al portador, y esos títulos han desaparecido.

—Si existían, ya aparecerán.

—A menos que no hayan sido robados.

—¿Por quién?

—Eso es lo que falta demostrar.

—No debe ser difícil,—observó el secretario.

—Quizás, sí. El coronel Souvray no era muy ordenado...

—Eso es un mal.

—Sin duda, pero su primogénita Margarita, asegura que él tenía en su casa documentos que probaban una cosa capital en este asunto, á saber, que su fortuna estaba depositada en una casa de Serigné, en la de un amigo en quien el coronel depositaba toda su confianza. Este amigo la administraba como suya propia, comprando, vendiendo ó cambiando los valores con toda libertad.

El secretario del conde de Magny se encogió de hombros.

—Todo eso es posible—dijo,—pero es evidente que estas operaciones se comprueban por alguna clase de testimonios, y estos debían hallarse en poder de Souvray.

—Así era en efecto; pero ahora no están, por haber sido sustraídos al morir el coronel.

—Eso parece fabuloso. ¿Quién los ha robado?

—Alguien que sin duda tenía interés en destruirlos.

—Pero era preciso que ese alguien entrara en la casa.

—Claro es que sí.

—¿Y entró alguien?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Momentos ántes de la muerte del coronel.

—¿Le conocéis vos?—preguntó Roland sin alterarse.

—Sí.

—¿Podeis nombrarlo?

—Sin dificultad alguna. El amigo que manejaba la fortuna del coronel Souvray se llamaba Mr. Beroult, banquero de Serigné; el que entró en casa del coronel, en la habitación del moribundo...

—¿Y que ha arrebatado los papeles?—interrumpió osadamente Roland.

—Sí; este era Mr. Roland Beroult, secretario particular del conde Magny, prefecto de policía. Vos comprenderéis que al hablar así, no soy más que un eco.

—¿Y esas señoritas os han dado el encargo de verme?

—He creído que no debía negarles este servicio, por causas que comprenderéis.

Efectivamente, el secretario comprendía.

El juez de paz insinuó al secretario que siempre se podía sostener, con injusticia por supuesto, que los Beroult habían abusado de la confianza ciega del coronel, que habían arruinado á las huérfanas, que el asunto produciría un escándalo horrible, y que su simpatía hacia él le impedía aconsejar á las desgraciadas jóvenes en tal sentido.

El secretario replicó sonriendo que no tenía nada, que ignoraba la existencia del supuesto depósito en casa de su padre, del cual le hubiese hablado, de haber existido; que por encima de todo estaba la justicia, ante

la cual daría sus explicaciones; que no encontró tales documentos entre los papeles de su padre, pues de otro modo él hubiera advertido á las señoritas de Souvray. Deslizó pérfidamente la especie de que el coronel descuidaba sus intereses, hasta el punto de que M. Beroult había pronosticado su ruina, lamentándose por ello, y que sin duda se había realizado, por desgracia, este pronóstico. Terminó diciendo que esta era toda la verdad y que *sabría agradecer* al juez de paz todo lo que hiciera para que fuese conocida en el país.

M. Girard se inclinó. El pacto estaba hecho.

Roland llevó su cortesía hasta invitar á su aliado á almorzar, y después de un succulento festín, rociado profusamente con vinos generosos, cogió la mano de su convidado, diciéndole:

—Habéis hecho bien en venir. Verdaderamente, vuestro sitio no está en Serigné. Yo arreglaré esto. Es cuestión de algunos meses; en cuanto haya una vacante... no se nos puede rehusar nada á nosotros... conocemos muchos secretos.

El juez de paz indicó con un guiño muy expresivo que estaba en el mismo caso.

El secretario y el juez se separaron encantados uno de otro.

Al día siguiente, el honrado M. Giraud estaba de regreso en Serigné, y las hijas del coronel Souvray tenían un peligroso enemigo cerca de ellas.

VII

En el que se conoce á un mendigo que es persona decente.

Pasaron los días y las semanas.

La casa del Fresne estuvo aislada durante el prolongado invierno de aquel año, como si la habitasen apestados, porque no hay epidemia que concluya más pronto con las amistades y los conocimientos, que la ruina.

Además, el honrado M. Giraud era un auxiliar activo de Beroult, y manejaba á maravilla la calumnia.

Le bastaron pocos días para cambiar la opinión, hasta entonces favorable á las huérfanas. Al cabo de un mes en todo el país se decía:

—El coronel ha muerto oportunamente: arruinado, sin un céntimo. Al decir del juez de paz, la vida en el Fresne había sido el colmo del desorden y del despilfarro.

Todas las envidias, todos los rencores, se cebaban en las dos desgraciadas criaturas, tan dignas de interés y de piedad. Quien las hubiese visto solas, encerradas en su habitación, comunicándose sus temores y sus zozobras, se habría enternecido.

Luisa, la enferma, procuraba animar á su hermana.

—Sólo siento lo que sucede por tí—le decía.—En cuanto á mí, ya sé lo que debo esperar. Pero nos queda una esperanza. Tu prometido vendrá pronto, y no te abando-

nará. ¡Eres tan buena... y tan hermosa!...

El prometido no llegaba.

En cambio, á principios de abril, hizo una visita á las dos hermanas el notario de Chateau-la-Valliere, Mr. Bertinot, encargado, según dijo, de una misión delicada por su cliente Mr. Duperrier.

—Desde la muerte de vuestro padre—añadió—se han esparcido rumores de que el coronel había muerto arruinado, y mi cliente me ha dado la comisión de averiguar lo que haya de cierto sobre este asunto.

Margarita palideció, porque si bien no experimentaba una verdadera pasión por el hijo de Duperrier, no dejaba de serle grato aquel enlace.

—¿Debo pensar—preguntó al notario—que Mr. Duperrier pone la cuestión de la dote sobre todo?

—Siento decirlo señorita, pero Mr. Duperrier es hombre de su época, y en ella el dinero tiene la preferencia sobre todo, porque es de primera necesidad, viéndonos forzados á adquirirlo por todos los medios posibles, y si no temiese parecer pedante, diría que por *fas* y por *nefas*, es decir, siguiendo todos los caminos, malos ó buenos. La experiencia ¡ay! os lo demostrará como nos lo ha demostrado á nosotros.

Margarita miró á su hermana y dijo con firmeza:

—¡Ya nos lo ha demostrado bastante, señor!

La cínica teoría del notario le recordaba,

casi excusándolo, el odioso despojo de que habían sido víctimas.

—¿Cómo?—preguntó Bertinot sorprendido.

—Mi padre era rico, al menos tenía cuanto podíamos desear.

—Pues en ese caso debéis serlo ahora también.

—Todo ha desaparecido á su muerte. Mi padre depositó su confianza y su fortuna, consistente en títulos al portador, en uno de sus amigos.

—Eso fué una ligereza. ¿Sería indiscreto preguntaros el nombre de ese amigo?

Margarita dudó un instante, pero animada por el aspecto bondadoso del notario, respondió con voz triste:

—Puedo revelaros ese nombre, pero á condición de guardar reserva.

—Los notarios somos como los confesores.

—M. Beroult.

—Ha muerto—dijo el notario—y deja un hijo; me parece... que es secretario particular del conde de Magny.

—Justamente.

—Persona distinguida y de gran porvenir... ¿Y suponéis que el padre y el hijo han hecho desaparecer los justificantes del depósito... ó lo niegan?

—El hijo sí, señor—contestó con firmeza la joven.

—Eso es muy aventurado.

—Ya lo sé; pero no hago más que contestar á vuestra pregunta, sin esperanza de obtener justicia,

—¿Y en qué os fundais para creer eso?

Y sin dar tiempo á Margarita para contestarle, prosiguió:

—Si un hombre como él, instruido, bien quisto, rico... pues se asegura que la fortuna del padre era de importancia, fuese tan culpable como suponéis, no hubiese sido tan necio que os dejase armas contra él... La acusación, por lo tanto, sería imprudente, cuando menos.

La joven se sentía impotente para llevar al ánimo de los demás su propia convicción.

—Caballero—dijo levantándose y con tal dignidad que impresionó al notario:—Me habéis preguntado y os he respondido; juro por la salvación de mi alma que no calumnio á nadie. He visto... creo; pero no puedo orobar lo que digo. Somos víctimas de un crimen horrible... Entre el culpable y nosotros, los hombres no vacilarían, y seguramente seríamos condenadas... Dios nos juzgará después, y confío en su justicia. Mi padre no está aquí para defendernos. Fué quizás imprudente creyendo en la probidad de otros como en la suya: por eso no veneraremos menos su memoria. Decidnos claramente el objeto de vuestra venida. Monsieur Duperrier nos cree arruinadas y os ha comisionado para notificarnos la ruptura...

—Mejor dicho—interrumpió el notario—que las circunstancias le obligan á modificar sus propósitos.

—Es igual—dijo Margarita, haciendo un gesto de desdén. Os ruego que le digais que

le devuelvo su palabra. Así no tendrá de qué arrepentirse.

M. Bertinot respondió con acento conmovido:

—He tenido que cumplir una misión penosa, cosa muy frecuente en nuestra profesión; pero creed que me inspiraréis siempre una verdadera admiración, señorita.

Y salió después de saludar á las dos jóvenes.

Margarita quedó consternada. El notario y el juez de paz pensaban lo mismo.

No había, pues, esperanza.

Después de ocho días de incertidumbre, se decidió á intentar el último esfuerzo, volviendo á casa de Beroult.

—Brígida—dijo á la criada, que á la vista de la joven experimentó un movimiento de piedad;—os conjuro, por última vez, para que me digáis la verdad.

La vieja respondió:

—No sé nada.

—Comprometéis vuestra eterna salvación.

—Juro que no sé nada.

—Vuestra mentira nos reduce á la miseria: en la hora de la muerte os maldeciréis vos misma por esta infamia, pero entonces será tarde. Adiós.

Brígida temblaba de pies á cabeza, pero no desplegó los labios.

Margarita la miró por última vez y se marchó.

Al salir del pueblo, con el corazón oprimido y la desesperación en el alma, un viejo

haraposo de cabellos grises, se acercó á ella llamándola con entonación cariñosa.

—¿Señorita Margarita?

—¿Eres tú, Peschard?— dijo la joven sin levantar la cabeza, pues le había conocido por la voz.

—Sí, yo, que tantas bondades os debo; yo, que recuerdo que me habeis dado pan cuando tenía hambre, y una casa cuando no tenía albergue, y que ahora os veo desgraciadas.

—¡Oh! Sí.

—Habeis sido robadas traidoramente, despojadas de lo vuestro.

—¿Quién te lo ha dicho?

El viejo llevó el dedo índice á la frente y repuso:

—Yo lo sé. ¿Qué pensais hacer?

—Abandonar el país.

—¿Y adónde ireis?

—A la ventura, á ganarnos la vida, á trabajar.

—Trabajar es duro cuando no se sabe; pero sois jóvenes y los tiempos cambian. Hay quien os odia; yo os amo por el bien que me habeis hecho. Esperad.

—¡Ay!...

El mendigo añadió:

—Cuando estéis lejos, yo vigilaré.

Margarita Souvray, profundamente afectada, tendió la mano al mendigo, que éste estrechó entre las suyas, ásperas y callosas, murmurando:

—Siempre vuestro, ángeles míos; en vida y en muerte.

VIII

En pos de lo desconocido.

Todavía trascurrieron algunos días. Los recursos se agotaban, porque aunque la vida de los pueblos no es costosa, las huérfanas tenían que pagar el salario de los criados, el alquiler y una porción de pequeñas deudas atrasadas. Era necesario tomar un partido.

—Pero ¿á quién acudir, ni siquiera en demanda de consejo?

La desgracia había ahuyentado de aquella mansión todas las amistades. Solo un vecino aparecía por allí de vez en cuando, monsieur Giraud, que mostraba hipócritamente mucho interés por la suerte de las jóvenes, de cuyos propósitos procuraba enterarse con solicitud paternal, prodigándoles vanos consuelos.

—Sois jóvenes—les decía muchas veces— el porvenir es vuestro. Pensad en París, allí está vuestro sitio,—solía insinuar tímidamente.

¡París! Este nombre mágico no sonaba bien en los oídos de Margarita, atrayéndola y espantándola á la vez.

Allí, en efecto, podía ocultar mejor que en ninguna parte su desgracia, buscar una ocupación y suavizar la miseria; pero París era tambien para ella lo desconocido.

Margarita no pensaba en la gran ciudad sin verse asaltada por un misterioso presen-

timiento; á Luisa, por el contrario, con la resignación fatalista del que se siente condenado, todo le era indiferente con tal de no separarse de su hermana, el único ser cuyo cariño la sostenía y endulzaba sus sufrimientos.

El 12 de abril de 1870 se consumó el sacrificio. Las huérfanas debieron resignarse á abandonar la casa en donde habían pasado su juventud tranquilas y sin cuidados por el porvenir.

El digno juez de paz fué aún á ofrecerles sus servicios, encargándose de liquidar sus cuentas con una complacencia obsequiosa.

El mobiliario del coronel no era lujoso, pero sí excesivo para dos jóvenes reducidas á vivir en una modesta habitación de los arrabales de París, y debía, por lo tanto, venderse.

M. Giraud se ofreció, para evitar á Margarita la pena y el rubor de presenciar la venta de aquellos muebles que constituían toda su fortuna, y á los que consideraban como antiguos amigos, y puso su bolsillo á disposición de las jóvenes, obligándolas á aceptar á cuenta del producto de los muebles un billete de mil francos.

Al siguiente día el jardinero, cuyas cuentas habían sido liquidadas con generosidad, unció por última vez el viejo borrico que había servido á la familia más de diez años, al único carruaje que allí había y que servía de ordinario para ir por las provisiones ó para dar un paseo.

Catalina, la cocinera del Fresne, con el co-

razón oprimido, envolvía entre mantas de lana á la joven enferma á quien no vería más, llorando amargamente.

Luisa sonreía con angelical resignación; Margarita, por el contrario, al verla se indignaba contra el miserable que les imponía tales sufrimientos. Pero, ¿qué podía hacer? Había que someterse al destino.

Terminados los preparativos, el carruaje se puso en marcha, mientras la cocinera gritaba á sus jóvenes amas:

—¡Adios, valor!

—¡Valor!—pensaba Margarita con el corazón oprimido.

Era la palabra propia de la situación. Pero ¿tendría ella el necesario?

Miró, por última vez los sitios llenos de memorias de su infancia, la iglesia y el cementerio, donde reposaba el leal soldado que nada podía hacer ya por ellas, y la madre cuyos restos debían vibrar coléricos si, más allá del sepulcro, podía su espíritu seguir la marcha de sus desgraciadas hijas entre las miserias y los escollos de la vida.

Asomada á una ventana de la gran casa donde vivía sola, atendida á una pensión de su amo, Brígida, la criada de los Beroult, vió pasar el carruaje conducido por el jardinero y detrás de él á las dos jóvenes, huyendo del país donde hubieran podido vivir felices, víctimas de un crimen de que era cómplice la vieja criada por su silencio. La imagen de estas infelices, despojadas por su amo, debía perseguirla hasta la muerte. Pero se repetía para adquirir valor:

—No puedo hacerle traición; le he criado... no puedo.

En este instante, el mendigo de los cabellos grises se detuvo delante de la ventana y llamó, golpeando el cristal con sus callosos dedos, mientras decía con voz chillona:

—Abrid, Brígida, abrid.

Como ésta, aterrada por la presencia del viejo, tardase en obedecerle, repitió:

—Abrid, Brígida, abrid.

Temiendo el escándalo, se decidió á abrir la ventana, y entonces el viejo, apoyando el codo en el quicio y agitando con el otro brazo su palo en dirección del carruaje, que tomaba el camino de Tours, le dijo:

—Y bien, mi buena Brígida, ya se van las pobres niñas del Fresne.

—¿Qué queréis que yo le haga?—murmuró Brígida.

El mendigo se golpeó el pecho con las manos.

—Vamos — continuó, —sed sincera. ¿No sentís algo ahí dentro? ¡Vos, una mujer tan piadosa!... ¡Una mujer tan religiosa, de la que nunca se ha pensado ni dicho nada malo!...

—¡Qué queréis!—dijo Brígida rehaciéndose;—no se recoge más que lo que se siembra. El coronel Souvray llevó sus asuntos con mucha torpeza, y sus hijas pagan por él.

Los ojos del mendigo despedían centellas.

—No habléis mal del coronel—gritó.—Era muy bueno y muy confiado, lo cual es un vicio en estos tiempos; pero no son los

Beroult los que pueden censurarle. Estoy seguro de que pensáis como yo.

—Tenéis una lengua de áspid. Yo pienso que cada uno es tratado según sus obras. Así, si hubieseis economizado en vuestra juventud, no tendríais que mendigar ahora. Sois un loco.

El mendigo no se irritó; al contrario, dulcificó su voz.

—No soy tan loco como creéis—replicó,—y en cuanto á economizar en mi juventud, os diré que no estaba en situación de desollar á mis clientes, como hacía el difunto Beroult, puesto que sólo cobraba cien francos anuales por servir á otros. Con una cuerda delgada no se puede hacer un nudo muy grueso, y cuando me rompí la pierna y el brazo por detener los caballos de la posta, desbocados en la cuesta de Joué, no fué por mi culpa, sino por prestar un servicio... Por eso no me avergüenzo de mi situación, porque más vale mendigar el sustento que despojar á dos huérfanas.

—¿Qué queréis decir?

—Nada. A veces vale más callarse que hablar, como sucede hoy; pero yo tengo mi idea.

—¿Qué idea?

—Bastante hemos hablado hoy. Ya se dirá todo cuando sea tiempo.

El mendigo hizo ademán de marcharse, y como Brígida se apresurase á cerrar la ventana, volvió á llamar de nuevo.

—¿Qué más queréis?—preguntó Brígida con aspereza.

—¿No os sobrarán diez céntimos? Compraría tabaco.

—No está aquí el amo, y no puedo dar sin orden suya.

—Es verdad—dijo el viejo,—está en París. Si las señoritas van allí, se encontrarán quizá, y no le hará buen efecto. Salud.

El mendigo saludó irónicamente y se dirigió al presbiterio, mientras la vieja se retiraba al interior de la casa, murmurando entre dientes.

El carruaje, entretanto, marchaba hacia Tours, distante tres leguas de Serigné. Las jóvenes tiritaban de frío, y de vez en cuando Margarita estrechaba contra el pecho á su hermana, fatigada por esa tos cavernosa de los tísicos próximos á la muerte.

—¿Sufres?—la preguntaba juntando el rostro con el de su hermana.

Esta se esforzaba por tranquilizarla, sonriendo.

A las dos de la tarde llegaron á la estación de Tours. El jardinero bajó los equipajes; se despidió de sus amas y se marchó, rompiendo el único lazo que les unía con el pasado.

No tenían ya ni asilo, ni fortuna, ni servidores.

Margarita tomó dos billetes de segunda clase, y á las dos y media el tren se puso en marcha llevando á las dos hermanas.

Luisa, rendida por el largo viaje de Serigné á Tours, no tardó en dormirse. Margarita, espantada ante las perspectivas del triste porvenir, inclinó la cabeza y cubrién-

dose el rostro con el pañuelo, como avergonzada de su decilidad, lloraba en silencio.

En el extremo opuesto del vagón, un viajero la miraba atentamente, como si hubiese querido fotografiar aquel semolante en su memoria.

IX

Policia secreta

El viajero aparentaba tener unos cuarenta años y su aspecto era el de un comisionista de comercio de una casa opulenta. Nadie hubiera sospechado el triste oficio que en realidad ejercía, ni por su figura ni por sus modales.

Se leía en sus ojos el deseo de entablar conversación con Margarita; pero á la distancia á que se hallaban era imposible realizarlo á no disponer de un teléfono. Pero no había nada perdido. Entre Tours y París podían acercarse.

—¡Por vida de...—murmuraba;—el patrón y yo no tenemos el mismo gusto.

El patrón era Roland Beroult de Serigné. El desconocido, un simple agente del secretario del conde Magny.

Dos días antes había recibido una extensa carta del juez de paz, dándole noticia de la triste situación á que habían venido á parar las hijas del coronel Souvray; de la ruptura con Duperrier; de la resolución de Margarita de trasladarse á París; del resultado de las calumnias esparcidas acerca de los su-

puestos despilfarros del coronel; de la venta de los muebles, y por último, de la conveniencia de buscar el medio de hacer callar al mendigo Peschard y de la utilidad de trasladar al cura que era juntamente con el pordiosero un peligro para el éxito de sus planes.

La postdata de esta carta era un recordatorio acerca de su nombramiento, indicando el deseo de que le enviasen á Saumur, favor que podía prestarle Roland fácilmente, á juicio suyo.

Esta carta, mezcla de ironía y amenaza, produjo en Roland un sentimiento de gozo por la partida de sus víctimas, y otro de cólera contra este juez de paz, que era el depositario de su terrible secreto.

Pero se tranquilizó, pensando que podía comprarse su silencio accediendo á sus pretensiones.

Lo más urgente era vigilar á las dos jóvenes, porque quería conocer todos sus pasos, y en caso de necesidad imposibilitarlas para hacerle daño, y para conseguirlo formó su plan.

La víspera de la partida de las huérfanas, presentóse en su despacho un agente á su devoción, dispuesto á todo por agradar al hombre más influyente de aquella casa. Este agente se llamaba Pablo Bordier.

—Tenéis reputación de inteligente—le dijo el secretario.

Bordier se inclinó.

—Ha llegado la ocasión de que lo justifiqueis: se trata de una misión de confianza, muy sencilla.

—Estoy á vuestras órdenes.

—Una persona muy influyente, cuyo nombre no hace al caso, se interesa por dos jóvenes de provincia, que acaban de perder á su padre y carecen de fortuna. Aunque ignoro el motivo de este interés, sospecho aquí para *inter nos* que el amor no debe ser del todo ajeno á esta aventura.

Bordier asintió con un movimiento de cabeza.

—Estas jóvenes—prosiguió el secretario—deben abandonar su país mañana sin falta, y se desea saber lo que hacen. Tomarán en Tours el tren de París, no puedo decirlos la hora; pero esperaréis, en la seguridad de que no es posible confundirlas con nadie. Dos jóvenes enlutadas: una rubia, enferma del pecho, en estado de gran postración; la otra alta, bien formada, de abundante cabellera de color castaño oscuro.

—Perfectamente. Se llaman...

—Las señoritas de Souvray.

Roland entregó al agente cinco luises.

—Un paseo—dijo éste riendo.

—Y añadió:

—¿Servicio del prefecto?

El secretario se inclinó.

El agente salió con el gozo pintado en el semblante por aquellos dos ó tres días de huelga y por la suma que ganaba en aquel servicio.

Tal era el motivo de que Pablo Bordier viajase en el mismo vagón que conducía á París á Margarita y á su hermana.

Al primer golpe de vista las reconoció al

entrar en la estación de Tours, y por si tenía alguna duda, el nombre de Souvray escrito sobre los equipajes que llevaban, confirmó sus sospechas.

En Orleans, el agente quedó solo con las dos jóvenes, y trató de entablar conversación; pero como Margarita evadía las respuestas ó contestaba por monosílabos, sólo pudo averiguar lo que él ya sabía, que se dirigían á París.

Sin embargo, aquella misma tarde Bordier comunicaba al secretario del prefecto la llegada de las jóvenes y su instalación provisional en el hotel de los Dos Escudos, calle de Orleans Saint-Honoré.

—Debo continuar vigilándolas?— preguntó.

—Sin duda, hasta que se establezcan definitivamente.

Dos días después, Bordier anunciaba á su jefe que estaban alojadas en una modesta habitación, en el quinto piso del número 112 de la calle de Douai.

El secretario le ordenó que fuese á verle con frecuencia, porque tendría necesidad de él.

X

En el hogar

Margarita Souvray tenía prisa por abandonar el hotel donde se instalara provisionalmente, para poder vivir entre los muebles que le eran familiares: sus viejos ami-

gos, y los únicos que les quedaban en su desastre: así le parecería menos duro su destierro. Con incansable diligencia, estimulada por la necesidad, recorrió París durante dos días, decidiéndose al fin por la habitación que, entre todas las que podía elegir, habíale parecido menos alta, más accesible y menos repugnante, pagando cuatrocientos francos anuales y adelantando el importe de seis meses. Aquella habitación tenía una ventana, y gracias á ella podría respirar la pobre enferma, de la que Margarita cuidaba antes que todo.

Comenzaba para ellas una nueva vida, vida de privaciones, de vergüenza y abatimiento; pero en los primeros días Margarita conservaba la esperanza de encontrar una ocupación que, por modesta que fuese, les proporcionase recursos para comprar, siquiera fuese algo caro, el derecho de respirar y vivir. Nada esperaba de lo que quedó en Serigné, que se disiparía en el pago de algunas deudas, pareciéndole que no podía esperar nada bueno de un país que tan funesto había sido para ellas.

A los quince días de su llegada á París recibió una carta del juez de paz participándole la venta del mobiliario por seis mil trescientos noventa y seis francos, de los cuales, descontados los mil que él les anticipó, y el importe de las deudas, quedaban trescientos cincuenta y seis francos, que les enviaba, juntamente con la justificación de la cuenta.

Esta carta llegó en una de las horas de

abatimiento para Margarita, que desde su llegada á París recorría inútilmente, desde por la mañana hasta la noche, los talleres y los almacenes, sufriendo la humillante é intolerable tortura de todas las jóvenes que, buscando trabajo para vivir con honradéz, son implacablemente rechazadas por carecer de informes.

Buscó trabajo hasta en los cafés y en las fondas, donde ó no era admitida ó se le hacían proposiciones que la avergonzaban.

Volvió á su casa descorazonada y furiosa, abrazaba á su hermana y decía:

—¡Este París es horrible!... ¿Para qué habremos venido?

Pero cuando veía á su hermana enferma, resignada, pasando encerrada y sola horas enteras, cerca de un fuego que no calentaba, sin más horizonte que las cuatro paredes, casi desnudas, de la habitación, las lágrimas asomaban á sus ojos y se decía que era todavía la más dichosa de las dos, puesto que tenía salud y podía recobrar sus fuerzas.

En estas inútiles tentativas transcurrían las semanas y los meses y se agotaba la miserable suma que les quedó como único recurso, miserable resto del pasado.

Para colmo de desgracia, Luisa empeoraba rápidamente, y fué necesario llamar al médico, empezando desde entonces un verdadero derroche de pociones y drogas inútiles, de recetas y de experiencias costosas, sin otro resultado que atormentar á la moribunda.

A fines de junio era completa la ruina,

que Margarita ocultaba á su hermana. Llegó un instante en que Margarita vió, presa de inquietud mortal, que solo le quedaban dos luises, que se desvanecieron en seguida.

Al siguiente día, después de salir el médico, se encontró enfrente de su hermana, tendida sobre el lecho, casi moribunda; sobre la mesa la receta de un medicamento, destinado, no á conseguir una curación imposible, sino á calmar los insoportables sufrimientos de la enferma, y en la mano, crispada por el furor, el portamonedas vacío.

¡Cómo maldecía en aquel instante al hombre que las había precipitado en aquel abismo, y cuyo crimen aparecía entonces evidente á los ojos de la huérfana! Margarita, que era la misma dulzura, estaba exasperada hasta la locura por la violencia de su dolor. Experimentaba la necesidad de respirar fuera de aquella mansión del sufrimiento, de salir un instante para recobrar su sangre fría y escapar al espectáculo que la indignaba, hiriéndole el corazón y trastornando su cerebro, invadido por negras ideas.

Pensó que, puesto que su pobreza le impedía adquirir el remedio prescrito á su querida enferma, podía comprar con algunos sueldos el carbón suficiente para suicidarse al lado de su hermana. Con estos pensamientos abrazó á Luisa, y le dijo:

—Animo... espérame... vuelvo...

Y se dirigió hacia la puerta.

En aquel instante sonaron en ella dos golpes.

Abrió y retrocedió espantada.

XI

La paz ó la guerra.

El hombre que apareció á sus ojos, elegante y sonriente, era el autor de su desdicha, Roland Beroult, que dijo con voz cariñosa:

—¡Señorita Margarita!...

Esta no respondió; pero como al abrir la puerta había retrocedido, Roland pudo entrar y cerrarla.

—¿Ibais á salir? He llegado á tiempo.

Margarita preguntó con sequedad, aunque con voz ahogada:

—¿Qué queréis?

—Que me escuchéis un instante.

—¿Para qué?

—Vais á saberlo.

La habitación de la enferma estaba separada de la primera por una puerta baja. El secretario del conde de Magny examinó con una mirada la disposición del cuarto: la pieza donde estaba era la habitación de Margarita, forrada de papel gris y sin otros muebles que una mesa, un diván viejo, que servía de cama y algunas sillas. Margarita señaló una á Roland y entrando en la habitación de su hermana habló con ella un instante: después cerró la puerta y sentándose al otro lado de la mesa, manifestó con un gesto que se disponía á oír.

—He sabido—empezó diciendo Roland—la enfermedad, ó mejor dicho, la agravación de vuestra hermana, y cualesquiera que ha-

yan sido vuestros sentimientos respecto de mi y vuestras desconfianzas, vengo á deciros que no he olvidado nuestras antiguas relaciones, y...

Roland vaciló un instante y Margarita dijo con tono imperioso:

—Acabad.

—Y he venido á ponerme á vuestra disposición.

—¿Vos?—dijo ella.

—¡Dios mío! Sí, yo; procediendo así, creo conducirme como un caballero y—perdonadme la franqueza—devolver bien por mal.

Margarita le miró fijamente sin pronunciar una palabra.

—He dicho devolver bien por mal y lo demuestro, continuó Roland. Cautivado por vuestra belleza, vacilé mucho ántes de declararos mis sentimientos. ¿Sabeis por qué? Quiero demostraros que soy sincero. En la lucha por la existencia, en este combate por el oro maldito, por los honores y los puestos que envidian miles de ambiciosos y solo alcanzan algunos elegidos; en este batallar sin tregua por el placer, el lujo y los goces, que son las consecuencias de la fortuna y del poder ¿qué significaba para mis ambiciones la fortuna del coronel Sauvray? La modesta posición de un gentil hombre de lugar. Además yo sabía que no existía semejante fortuna, disipada en aventurados negocios.

Con vos, no era la riqueza, ni aun la posición mediocre lo que encontraba, sino la

pobreza ó la estrechez. Vacilaba entre mi amor, porque es verdadero amor el que me inspirais, y mi ambición, ahogada por este matrimonio. Ya véis si mi confesión es franca y completa. Pero vuestros encantos influían sobre mí sin cesar, y al fin me decidí. La noticia de vuestros esponsales, si puedo dar tal nombre á aquellos proyectos, acabó con mis vacilaciones. Fui á Serigné, os hablé y vuestra frialdad me reveló vuestros sentimientos. Intenté interesar en mí favor á vuestro padre, dispuesto tal vez á ayudarme, cuando fui bruscamente interrumpido por la fatalidad que sabéis. Tuve idea de insistir, á pesar de vuestro duelo, pero con los ojos me disteis á entender que no debía esperar nada. Volví á París triste, herido por el desengaño y casi irritado contra vos.

Margarita, presa de gran agitación, apenas si podía contenerse. La audacia de Roland hacía hervir su sangre y asomar la cólera á sus ojos. Conocía que no había un átomo de verdad en aquella historia, como no fuese un deseo provocado por su belleza, una pasión brutal mal disimulada, que procediendo de semejante hombre, la ofendía y la horrorizaba.

—¿Es eso todo?—preguntó temblando.

—Hay más aún—replicó él con aplomo.

—Llego al más grave de los móviles que me han traído á esta casa. Después de la muerte de mi padre y del vuestro, han corrido por el país rumores que hubiesen podido alarmarme si no fueran tan vanos como odiosos.

—¿Y qué se dice?—preguntó la joven con ironía agresiva.—No lo ignorais, puesto que proceden de vosotros.

—Pero...

—Se insinúa que el coronel tenía cuatrocientos ó quinientos mil francos.

—¿Y no era verdad?

—Ya véis—dijo dulcemente—como he hecho bien en venir.

—Continuad.

—Se decía que mi padre manejaba esa fortuna, de la cual disponía á su gusto, que se le había confiado en depósito; que yo cometí un acto espantoso, negándome á reconocer este depósito, cuya existencia jamás he sospechado; que despojé de esta suerte á dos huérfanas dignas del mayor interés. ¡Acusación formidable! Afortunadamente, no basta acusar; es preciso probar. Estoy bien tranquilo acerca de los resultados de una calumnia engendrada por el dolor de la pérdida que habéis sufrido y por el desengaño de una ruina imprevista.

—¡Calumnia!—murmuró Margarita arrugando entre sus crispados dedos los pliegues de la ropa.

—No pienso que os obstineis en seguir por ese camino,—dijo Roland con flemá imperturbable.

—Decid pronto á dónde quereis ir á parar,—exclamó la joven, agotada ya la paciencia.

—A esto. Que es bueno conocer á los amigos y á los enemigos; que quiero acabar con esa absurda fábula y saber por vos misma á

á lo que debo atenerme en lo sucesivo. Vengo á ofrecer la paz; ¿quereis la guerra?

Margarita guardó silencio. Entonces Roland insistió con calor:

—Escuchad. Os he seguido paso á paso desde vuestra llegada á París, conozco vuestra estrechez, el grado de pobreza á que os veis reducida. Habéis buscado un empleo sin encontrarlo y vuestros últimos recursos se acaban. En este París, implacable para los débiles, estais sometidas á las más duras privaciones. Una situación así no tiene más que dos salidas, igualmente siniestras; el suicidio ó la deshonra.

Margarita frunció las cejas. Roland insistió:

—Sé lo que digo. Nadie conoce mejor que yo el fondo de esta estraña ciudad llena de dramas y miserias. Para salvaros se necesita un milagro, y si quereis se hará.

—¿Por vos?

—Por vos y por mí,—dijo él procurando sonreirse;—por un esfuerzo de nuestra común voluntad.

—No os comprendo.

—Os ruego que me escuchéis aun, sin cólera. Ofreciéndoois en Serigné el matrimonio, recurría al solo medio que tenía entonces para obtener vuestro amor, al de legitimar la unión á que aspiraba con todas mis fuerzas. Vuestro padre vivía y no érais libre. Aquí hay otras costumbres, otras prácticas, otras leyes. París tiene sus vicios, sus tiranías voluptuosas, sus instintos frívolos, y esto tiene sus ventajas. Se hace todo, pero

todo se oculta y se perdona y el que es rico ó poderoso se lo puede permitir todo. El lazo más seguro, más sólido que puede unir dos almas que se entienden, es la voluntad. El hombre con quien contábais, os ha abandonado vergonzosamente al conocer vuestra pobreza. Yo vuelvo y vuelvo á tiempo; es decir, cuando la tierra se abre bajo vuestros pies: Os tiendo la mano diciéndoos: «Seamos amigos.» Desde mañana abandonaréis esta casa indigna de vos; os pertenecerá cuanto tengo. Correremos un velo sobre una secreta unión, cuyo misterio avivará nuestros goces. Seréis mía á cambio del bienestar que os ofrezco, del mismo modo que yo seré vuestro con alma y corazón hasta el día en que, logrado mi objeto, pueda publicar esta alianza y ufanarme con ella ante el mundo.

—De modo—murmuró la joven con los dientes apretados,—que me proponéis...

—El término de vuestros sufrimientos, de vuestra ansiedad, de vuestras privaciones.

—¡Es decir, que no contento con reducirme á la pobreza, me traéis la vergüenza y la infamia?

—¡Frases huecas que no tienen curso en el idioma moderno! Reflexionad...

—Concluyamos,—dijo ella levantándose.

El sonrió y tendiéndole la mano, dijo al oído de Margarita.

—Escuchad al amigo sincero que llega antes que nadie, en el momento en que tenéis tanta necesidad. Por mi boca os habla la razón. ¿Queréis?

La hija del coronel Souvray dió por fin rienda suelta á su cólera. Sus labios expresaban el desdén, sus ojos el odio.

—En efecto—dijo con amargura—estáis bien informado; en este instante mi hermana agoniza sin recursos; ni siquiera tengo lo suficiente para traer esta medicina con que aliviar sus padecimientos.

Al hablar así señalaba con el dedo la receta del médico.

—No hay aquí pan—añadió—ni dinero, ni esperanzas. El mal que nos habéis causado es todo lo completo que podía ser.

—Yo?—exclamó él levantándose á su vez.

—Sí,—grito ella.—Lo sé todo; hace tiempo que lo he comprendido. Sí, nosotros éramos más ricos de lo que podríamos desear; poseíamos ese medio millón que la opinión pública nos atribuye; éramos casi dichosos, porque con el honor de un nombre sin tacha teníamos el bienestar que nos permitía ser independientes y favorecer á los demás. Todo esto nos ha sido arrebatado. Entrasteis en la casa donde se os recibía como amigo, y cuando salisteis no quedaba nada. Ignoro lo que os proponíais. Después de habernos despojado, os venís á gozar de nuestra miseria, á contemplar vuestra obra. Debéis estar satisfecho, porque es completa. Tenéis razón, estoy condenada, y no sé adonde caeré. Todo está bien. Pero entregarme á vos, ladrón y probablemente asesino; cobrar mi deshonor con el dinero de mi padre, venderme al hombre que más odio y desprecio, sería la última vergüenza.

Con una expresión de desdén, imposible de expresar, añadió:

—No lo esperéis. Me entregaría antes al ser más vil y más infame de este París, en donde todo se prostituye; á un facineroso, á un forzado evadido del presidio, en la seguridad de que no sería más despreciable que vos, y que al menos, si había cometido crímenes, no tendría tanta hipocresía.

—Lo esperaba—dijo Roland friamente.—Por lo menos sois sincera; pero la sinceridad es á veces una imprudencia. ¿Quereis la guerra?

—Como os plazca. ¿Qué daño podéis ya hacerme?

—¿Quién sabe? Amo como un loco, y puedo odiar de la misma manera.

Margarita se encogió de hombros, indicando con un gesto que la entrevista había durado demasiado.

El vacilaba en salir, retenido por un deseo, quizá por un remordimiento, cuando se abrió silenciosamente la puerta de la habitación de la enferma.

Una especie de espectro avanzó lentamente hasta donde se hallaba Margarita, y se apoyó en ella. Era Luisa, lívida, envuelta en un largo peinador de lana gris que dibujaba su horrible demacración. Dirigió hacia el secretario sus grandes ojos, casi apagados, y dijo con voz todavía firme:

—Nos habéis hecho mucho daño; que Dios os lo perdone como yo os lo perdono. ¿Pero por qué amenazais á Margarita?

El respondió con acento sarcástico:

—No la amenazo, la amo.

La moribunda movió lentamente la cabeza.

—Extraño amor—dijo—el que lleva el duelo y la ruina á una casa. ¿Cómo se puede creer eso? Dejadnos sufrir y morir en paz. ¡Adiós!

Rodeó el cuello de su hermana con sus brazos desfallecidos y contempló á Roland con indecible valentía.

Este abandonó al fin su calma, y exasperado, se acercó á Margarita, señalando á la enferma y diciendo con voz irritada como el silbido de una serpiente:

—Ella tambien me acusa.... las dos. Bien, tened cuidado... ¿Quereis la guerra? Sea; me calumniais y me defenderé. Vosotras lo habeis querido. ¡Adios!

XII

En brazos del azar.

Cuando Roland salió de aquella casa eran las diez de la noche.

Margarita ayudó á su hermana á acostarse y estuvo consolándola durante algunos minutos con delicada ternura, asustada por los síntomas de una agravación extraordinaria. Después le dió un prolongado abrazo, repitiéndole lo que le decía en el momento de entrar Roland.

—No te inquietes, vuelvo pronto.

En seguida salió.

¿Adonde iba?

No lo sabía. Caminaba al azar, llevando en su espíritu la imágen de aquel misero hogar donde no quedaba dinero ni pan, nada más que la miseria inmerecida, la mortal dolencia de su hermana, y ante sus ojos aquella hoja de papel, la receta del médico, abandonada allí por no tener para pagarla.

Absorbida por el pensamiento de procurar una salida á su triste situación, siquiera fuese muriendo, no vió á Roland Beroult, que aproximándose á dos hombres situados en la acera de enfrente, deslizó en sus oídos algunas palabras, alejándose en seguida.

El más joven de estos hombres tenía gran semejanza con Pablo Bordier, y afectaba el mismo aire jovial que cuando se encontró con las hijas del coronel Souvray en su viaje de Tours á París.

El otro personaje era el tipo enteramente contrario: moreno, de aspecto duro y brutal, tenía cierto parecido en su cara á la de un perro dogo. Apenas cambiaban entre ellos algunas frases; pero los dos miraban de soslayo el portal de la casa que acababa de abandonar el secretario del conde de Magny.

Al aparecer Margarita Souvray, envuelta en su manto de luto, el más joven de los dos llamó la atención de su compañero, diciéndole:

—¡Atención!... Ahí va la caza.

—¡Buen bocado!—respondió el otro.

Añadiendo por lo bajo:

—¡Vaya una idea la del secretario!... ¡Pobre muchacha!... ¿Qué puede haberle hecho?

—Parece que la orden viene de lo alto...— advirtió el otro.—¡El diablo que entienda estas intrigas!

—Después de todo, ¿qué me importa?... Para mí no hay nada más que la consigna.

Margarita estuvo un momento indecisa, sin saber qué camino tomar.

—¡Remonta el vuelo, paloma mia!—dijo Pablo Bordier.—Tú has de hacernos la mitad del trabajo.

Y como si la joven hubiese podido oír y obedecer esta indicación, comenzó á andar hacia la plaza de Clichy.

El hombre rubio cogió del brazo á su compañero y dijo:

—¡Andando!... Esto marcha bien.

Hacía un tiempo hermoso, una verdadera noche primaveral. Sin embargo, los paseantes eran pocos hasta los boulevares. Al llegar á ellos, la joven se encontró en plena claridad, en medio de una multitud agitada y ruidosa; pero en vez de sentirse atraída por estas cosas, parecía experimentar en presencia de ellas un sentimiento de repulsión. Hizo un movimiento como si quisiera volver sobre sus pasos, y los dos hombres que la seguían pudieron verla agitar sus labios con una contracción semejante á la del enfermo forzado á tomar una medicina repugnante. En seguida continuó su marcha en la primera dirección, y abandonando la plaza Clichy se internó en el boulevard, perdiéndose entre los árboles.

No es aquel sitio á propósito para que se aventuren en él á ciertas horas las mujeres

honradas. La primogénita de Souvray tenía sobrados atractivos para no ser notada á su paso por los alrededores de la estatua del general Moncey, y no tardó en advertirlo, al observar que la seguía un hombre y oír que la llamaba con voz apenas perceptible.

—¡Señorita!

Ella siguió adelante sin volver la cabeza buscando una salida para escapar á la persecución del desconocido, el cual repitió con voz suplicante.

—¡Señorita! ¿Os inspiro miedo acaso?

La joven se volvió y contestó temblando:

—¡Pero si no os conozco! ¿Qué quereis?

—Hablaros un momento,—dijo el desconocido con acento de timidez y en tono de súplica.

Era un hombre como de treinta años, de bondadosa fisonomía, pálido, con grandes ojos negros y con la cara afeitada, ofreciendo el tipo de un sacerdote en traje seglar.

—¿Qué quereis decirme?—preguntó Margarita, tranquilizada por el rápido examen que acababa de hacer de su interlocutor.

—Cuando os he visto—empezó á decir con tono grave y dulce,—salía de casa de uno de mis camaradas, que vive en la calle de Clichy y daba un paseo por la plaza, porque conozco poco este barrio.

—¿No vivís aquí?

—No, vivo en la calle de Vaugirard, cerca del Luxemburgo. Estoy concluyendo la carrera de medicina, ó por mejor decir, soy médico y algo abogado. Vuestro rostro me ha impresionado.

—¡Vos lo decís!

—No me gusta mentir, os lo aseguro; digo lo que pienso. Teneis la belleza que yo sueño, la que constituye mi ideal.

—¿De veras?—murmuró Margarita por decir algo y quizá por aturdirse con el ruido de sus propias palabras.

—Lo juro por mi alma. Hasta tal punto, que no habiendo tenido la dicha de veros hasta ahora, me parece que os he conocido siempre.

—¿De dónde sois?

—De provincias.

—¿De cual?

—Del Berry. ¿Y vos?

La joven suspiró.

—Por ahora—dijo—yo soy de este París á donde vienen á refugiarse todas las miserias y todos los desengaños.

—¿Sois desgraciada?

—¡Oh, sí!

—Pues bien,—replicó el joven con vivacidad,—lo había adivinado, y esto ha sido sin duda lo que me llevaba á vuestro lado con fuerza irresistible y me ha prestado valor para hablaros. Tened confianza en mí; contadme vuestras penas, que deseo aliviarlas. Si la casualidad nos ha reunido, ha debido reunirnos para algo; pienso así porque no creo en el azar; creo en Dios.

—Sin embargo, la reputación de los médicos no es esa,—balbució Margarita.

—Quizá sea fundado lo que se dice de ellos, pero todas las reglas tienen sus excepciones y yo soy una de estas en mi pro-

fesión. Educado por una madre sencilla y piadosa, soy creyente como ella: yo quería ser sacerdote y ella se opuso. Entonces me hice médico, pensando que se puede hacer el mismo bien cuidando á la vez el cuerpo y el alma. Además—añadió sonriendo—el médico no está sujeto á tantas privaciones como el clérigo. Si hubiese sido inglés y protestante sería seguramente pastor. ¿Y sabéis por qué?

Los dos se miraron.

—¿Por qué sois desgraciada?—preguntó con tal ternura, que conmovió el corazón de Margarita.

—Sería muy largo de contar.

—Bien—repuso él con gravedad,—si no queréis confesaros, decidme siquiera lo que puedo hacer por vos, porque os juro que solo tengo un deseo; el de seros útil. Me desesperaría si os ofendieran mis palabras, pero conociendo á París al cabo de diez años que duran mis estudios, no debo dejar de decir que me ha chocado veros sola á esta hora y por este barrio. Debe haber para ello una causa secreta, un motivo misterioso que no puedo explicarme; algún gran pesar, tal vez la desesperación...

La voz del desconocido era persuasiva; tenía la elocuencia del corazón. Con delicadeza infinita, continuó:

—Quisiera convenceros... No me atrevo á decir que os amo, pues aunque es verdad no lo creeríais, y además, en este sitio me parecería una profanación declarároslo. ¿Me permitiréis que os vuelva á ver? Dejadme

esperar que me recibiereis, que podremos hablar, conocernos mejor... ¿Quereis?

Había tal sencillez y tanto respeto en esta declaración que la joven no pudo resistir más.

—Bien, sí, nos volveremos á ver. ¿No habeis dicho que sois médico?

—Sí. Soy doctor hace tres años.

—Tengo una hermana enferma, muy enferma, casi sin remedio; más joven que yo: un angel de resignación y de bondad. Id á verme mañana, si podeis.

—Sin duda que podré. ¿Quién me lo estorbaría?

Al darle las señas y su nombre, le pareció á Margarita que pedía una limosna. ¿No estaba acaso reducida á ese extremo? Pero siquiera de este modo, él lo vería por sí mismo, yendo á su casa, donde ella podía atreverse á contar su historia entre los mudos testigos de su pasada prosperidad, mientras que bajo los árboles del boulevard, testigos del odioso comercio de la sensualidad, no podía parecer más que una aventurera explotando á los transeuntes con estudiadas mentiras.

El joven la contempló un instante, impresionado por su gracia y su tristeza, y se marchó repitiendo muy conmovido:

—Hasta mañana.

Ella permaneció muda, felicitándose por el inesperado socorro que le salía al encuentro. ¿Qué era lo que buscaba? Algunos momentos de respiro, un calmante para sus penas, el tiempo necesario para que su infe-

liz hermana espirase en paz y el medio de asegurarle una sepultura en un rincón del cementerio del lugar.

Después, á fuerza de trabajo, podría pagar al generoso amigo que le tendía una mano en aquella horrible situación.

El joven se hallaba lejos cuando Margarita volvió de su ensimismamiento. Ignoraba el nombre de su salvador, pero confiaba en él; estaba segura de volver á verle.

A su espalda, los dos hombres que la seguían, se dijeron:

—Ya mordió el cebo, pero parece que el pez se escapa. A otro, hermosa mia.

Margarita avanzó algunos pasos y se detuvo en frente de una casa que materialmente despedía resplandores y en cuya puerta había formado con luces de gas este rótulo:

ELISEO MONTMARTRE.

XIII

En la red.

El nombre y el sitio eran desconocidos para Margarita, preocupada con el encuentro del joven, sin que lograsen distraerla por completo de sus ideas el atronador ruido de la música que sonaba dentro ni el alboroto producido por la multitud andrajosa que escuchaba á la puerta, esperando la salida de los que se divertían.

Los apóstrofes de mal gusto con que la

acogieron aquellos entretenidos, bastaron para traerla á la realidad.

Algunos, mas desvergonzados, se acercaron á ella dirigiéndole invitaciones poco decorosas. La joven, estupefacta ante aquella agresión y avergonzada por las risas maliciosas de los que la rodeaban, no tuvo fuerzas más que para decir con voz temblorosa:

—Os engañais... dejadme... os lo ruego...

Y se alejó corriendo, perseguida por las injurias y los apóstrofes de los desocupados.

Los dos desconocidos que la seguían desde la calle de Douai, no la perdieron de vista. El más viejo miró su reloj y dijo:

—Las once. Esta es la hora.

Los dos hombres se separaron. El más joven alcanzó á Margarita, que le preguntó:

—La calle de Douai... ¿me hariais el favor?...

Pablo Bordier no se conmovía fácilmente; pero el acento de la huérfana le inspiró lástima.

—¿Os habéis perdido?...

—Sí, señor, ó poco menos. Soy casi extranjera en París; sobre todo en este barrio.

—¿No lo conocéis bien?...

Nunca he estado en él.

—¿Y esta noche?...—preguntó el agente guiñando los ojos.—Vaya, no os hagais la inocente... por algo habréis venido. ¿En busca de un amante?...

—No creais...

—O mejor, en busca de unos luises... Siempre hace falta el dinero, y los tiempos son duros. Sed franca....

La joven trató de huir, pero sin irritarse. Se hallaba en tal estado de confusión y abatimiento que no tenía fuerzas ni para indignarse. En aquel momento se encontraba como un hombre de bien perdido de noche en un bosque poblado de ladrones, sin atreverse á escapar.

Como guardaba silencio, el agente continuó:

—Me parece que nos hemos visto otra vez....

—¿En dónde?

—En el ferrocarril de Tours á París.

—¡Ah!... Sí—dijo ella maquinalmente,—es posible.

—Vamos, sed amable; yo seré, si os place, el adorador que buskais... ¿Qué necesitais?... Decidlo, pues aunque no he venido de las Indias, sé conducirme como un nabah.

Margarita no le escuchaba, embargada su atención por clamores confusos que llegaban á sus oídos del lado del boulevard Rochechouart, algo distante, y que conforme se aproximaban parecían gritos de terror provocados por una carga de caballería sobre una multitud fugitiva.

—¿Qué es eso?—preguntó anhelante, olvidando la grosera audacia de su interlocutor.

—Nada, poca cosa;—dijo él.—Un barrido, como quien dice. Una limpia de granujas y de desarrapados. Hace falta limpiar de vez en cuando la basura.

La joven no entendía una palabra. ¿Cómo había de entenderla en su pureza?

—¿Entonces está por ahí?—dijo señalando á la plaza Chichy.

—¿El qué?

—¿La calle de Douai?

—Sí, pero ahora no se puede pasar.

—¿Por qué?

—Mirad.

Una muchedumbre de fugitivos, hombres y mujeres, se precipitaban vomitando injurias, juramentos y amenazas, empujados por una banda de agentes de policía que avanzaba sobre ellos á galope, mientras otros agentes cubrían la plaza de Chichy y las calles trasversales, formando una especie de red donde aquella caza humana, hostigada por detrás, quedaba presa. Hasta la altura del Elíseo de Montmartre, todas las salidas estaban cerradas. No había medio de escapar.

El acompañante de Margarita desapareció en la confusión, pero fué para entregarla á su cómplice, que no los había abandonado. La desgraciada se sintió cogida fuertemente por el hombro, mientras una voz ruda le decía:

—Estais detenida.

—¿Yo?—gritó ella.

—Sin duda, vos.

—¿Pues qué he hecho?

—Demasiado lo sabeis.

—Yo soy inocente.

—Todos dicen lo mismo. Ya lo contareis en otra parte.

—¿En dónde?

—En la prefectura de policía,

—Pero...

—Poca conversación.

La desdichada buscó con la vista un defensor y no encontró á nadie.

Entretanto se verificaba en aquella masa cercada por la policía una especie de selección. Los agentes arrojaban fuera del cordón formado por ellos los prisioneros que les designaban algunos jefes, mientras que se apartaba un número de elegidos, mujeres en su mayoría.

Sin duda tenían órdenes especiales respecto de Margarita Souvray, pues mientras los demás iban mezclados al azar, ella quedó bajo la vigilancia del coloso que la había capturado, y pudo observar á alguna distancia á Pablo Bordier conversando con uno que parecía jefe y tomaba notas con mucha prisa fijándose mucho en ella.

Había caído en un lazo, indudablemente, y era inútil la resistencia.

Presenció asombrada aquel espectáculo extraordinario, aquel empleo de la fuerza para prender mujeres, porque había muy pocos hombres detenidos, la brève operación por la que quedaban libres ciertos favorecidos y presos otros que no parecían más culpables que los demás.

Pero ¿de qué eran culpables?

Margarita en su inocencia no podía decir cual fuese su delito, ni la causa de aquella increíble razzia. Se consideraba víctima de un error y creía verse pronto en libertad; pero la atormentaba el recuerdo de su pobre enferma, que se preguntaría con inquietud

tud la causa de su tardanza, y entonces miró á su guardian y juntando las manos le dijo con acento suplicante:

—Señor, estoy desesperada. Tengo una hermana enferma y vivo sola con ella: quizás esté agonizando.

El agente hizo un gesto de indiferencia, acentuado por una carcajada irónica y brutal.

—Una hermosa historia—dijo—pero por desgracia, aquí no sirve.

—Os juro que digo la verdad.

—Ya la direis á otros, yo no tengo nada que ver. Me mandan deteneros y os detengo. No conozco más que la consigna.

—Os aseguro que esto es una equivocación.

—Todas decís lo mismo. Si se os creyera, todo sería errores. Ya os explicareis...

—¿Con quién?

—Con el jefe, el comisario central.

—¿En dónde está?

—Durmiendo probablemente.

—¿Cuándo le veré?

—Cuando él quiera. Mañana seguramente. Antes no, con toda certeza.

—¿Y entre tanto?

—Dormiréis en buena compañía sobre buena cama, guardada por buenas gentes, para evitaros cualquier desgracia.

—¡Me espantais!

El agente se encogió de hombros.

—¡Señor!—suplicaba la joven—¡por piedad! Yo no he hecho daño á nadie.

—¡Oh! por mí no me quejo ni pido la ca-

beza de nadie. Lo que os puedo decir es que se os ha detenido por vuestra falta. Después de todo, me lavo las manos. Obedezco órdenes superiores.

Margarita entrevió vagamente la verdad, experimentando una sensación parecida á la del que por un paso en falso se precipita en un abismo insondable. En aquel espantoso aturdimiento de su alma le parecía oír la voz seca, irritada y amenazadora de Roland Beroult, dirigiéndose á ella y á su hermana moribunda:

—«¿Queréis la guerra? ¡Tened cuidado! ¡Me defenderé!»

Era hombre de palabra.

XIV

Fuera de la ley

Al dirigirse á la calle de Douai, el secretario del conde de Magny, Roland Beroult, el asesino y el ladrón del Fresne, tenía trazado su plan. Enterado de cuanto sucedía en la Turena por su fiel servidor M. Giraud, no ignoraba que las hijas del coronel conservaban algunos partidarios que aprovechaban el natural asombro de las gentes al saber que había desaparecido la fortuna de Souvray, para remover el pasado y buscar las huellas de la rapacidad de los Beroult.

El viejo mendigo de Serigné que, como es sabido, se inutilizó realizando, con riesgo de su vida, un acto heroico, era por esta circunstancia, y por su irreprochable pro-

ceder, considerado por todos, y su tenaz defensa de las huérfanas encontraba eco en muchas partes.

Solía decir muchas veces, á propósito de este asunto, haciendo un gesto expresivo, muy común en él:

—No se sabe nada; pero ya se sabrá... Una fortuna tan grande no se pierde sin que se sospeche del conducto por donde ha pasado. Quien viva lo verá.

La vieja criada de los Beroult temblaba siempre que le veía aparecer por la plaza de la iglesia de paso para su casa; las miradas del mendigo le producían escalofríos.

En medio de todo, Peschard no sabía más que los demás. Adivinaba el crimen, mas no poseía ninguna prueba, aunque la había buscado con empeño; pero tenía la virtud de la tenacidad y esperaba.

Para Roland Beroult el peligro no era inminente, pero existía y era preciso conjurarle, para lo cual no veía otro medio que avasallar para siempre á la mujer cuyos ataques temía, haciéndola caer tan bajo que le fuera imposible levantarse, arrebatándole la dignidad, como antes le había arrebatado su patrimonio, y aniquilándola, hasta el extremo de que pasara por todo, á cambio de su redención.

Parece inverosímil que pueda existir un poder capaz de esto, y, sin embargo, existe. La policía lo poseía y lo posee aun.

Roland, pues, no tenía más que elegir en el arsenal de sus armas. Para ejecutar la amenaza dirigida á las hijas del coronel

Souvray, no tenía más que dar una orden, y la dió al perder la esperanza de la imposible reconciliación con que tal vez había soñado. Ya hemos visto cómo se cumplió.

Cuando los carruajes que conducían á los cautivos de la cacería nocturna, se detuvieron en medio de un patio oscuro, profundo como un pozo y rodeado de altas murallas hendidas y mohosas, Margarita salió de su estupor y preguntó á su vecina:

—¿En dónde estamos?

—En el depósito, pardiez—respondió la otra.

Y como la hija del coronel, sin acabar de darse cuenta de su situación, guardáse silencio, la otra siguió diciendo:

—¡Ah! ¿Esto es una novedad para ti? ¿No sabes nada? Es un buen conocimiento. Ya verás.

Margarita examinó atentamente á su compañera, que era casi una niña, con aspecto de obrera, cuya demacración indicaba las crueles privaciones de la miseria, leyéndose en su rostro un enervamiento mortal, que enterneció á la hija del coronel, haciéndole olvidar de sus propias desdichas.

—Sois simpática—la dijo,—ha sido una suerte, en medio de mi desgracia, el encontraros.

—Triste suerte—murmuró la joven;—pero, en fin, puedes aprovecharla, si quieres; procura no separarte de mí, y pasaremos juntas la noche.

—¡La noche! ¿Nos encerrarán aquí?

—Sin tomarse la molestia de pedirnos permiso.

La conversación fué interrumpida por los agentes, que llevaron á empujones á aquel rebaño femenino á una habitación semejante á la de un cuerpo de guardia, y en la que había bancos y camas de campaña para las detenidas, en número próximamente de doscientas.

Margarita y su compañera se encontraron juntas en un rincón de la inmunda sala, y pudieron hablar en voz baja, mientras las demás dormían tendidas en las camas, sin desnudarse ó sentadas en los bancos.

En la calamidad que se cernía sobre Margarita, y cuya extensión no apreciaba bien, había un lado misterioso que deseaba esclarecer. Su camarada vino en su ayuda.

—¿Cómo te llamas?—la preguntó.

La hija del coronel no mostró extrañeza por esta familiaridad, porque nada podía ya sorprenderla, y contestó sencillamente:

—Margarita. ¿Y vos?

—¡Ah! Eres mujer de buenos modales.

—¿Por qué?

—Porque no se dice «¿y vos?» sino «¿y tú?» Yo me llamo Manette. No he conocido á mi padre; mi madre ha muerto; trabajaba en un taller y quebró mi principal. Después no encontré trabajo en ninguna parte, y como no había que comer, hice lo mismo que tú haces esta noche.

—¿Yo?

—Sin duda, puesto que te envían con los demás. Esta es la tercera vez que me pa-

sean en los carruajes de la prefectura... Pero siempre me he negado á firmar el libro.

—¿Qué libro?

—¡Ah! ¿no lo sabes? Pues bien, querida; cuando se pone en él un nombre, es para siempre.

Margarita balbució.

—No comprendo.

—Yo sí y por eso no he querido... Pero veo que no tendré más recurso que someterme, porque de lo contrario, estos perros nos arrancarían la piel.

—¡Pero, qué queréis decir?

—Mira; el que figura en ese libro odioso y sucio, ya no se pertenece; pertenece á la policía. Hay que presentarse á cada momento, se tiene una cartilla, se forma parte del rebaño, y no hay justicia para una. Los libertinos que nos vigilan son nuestros dueños; no es una ya una mujer, sino un número. Esto es horrible. Pero ¿no lo es también la miseria? ¡Oh! ¡Si tu supieses lo que se ve en París y por lo que hay que pasar! Pero ya lo sabrás, á no ser que...

—¿A no ser qué?...—preguntó ávidamente Margarita.

—Eres hermosa y quizás encuentres un hombre menos egoísta y menos bestia que los otros, que haga tu ventura. Es la única suerte que nos puede salvar. Yo no puedo esperar ni eso... porque soy muy fea. Por consiguiente estoy perdida.

En el tono indiferente con que pronunció estas frases se trasparentaba una inmensa desesperación.

Margarita no sabía que responderla. No tardó mucho Manette en dormirse, tendiéndose sobre el banco.

Margarita reflexionaba con terror sobre su extraña situación, preguntándose por qué puerta podría salir de aquel infierno donde la había arrojado una maquinación diabólica.

XV

El interrogatorio

Margarita Souvray esperaba con el corazón oprimido el momento de comparecer ante el juez, que si era recto no podía menos de ponerla en libertad.

Trascurrió mucho tiempo, durante el cual se abría á veces una puerta y los guardias y dependientes pasaban, empujando á una mujer que desaparecía.

La huérfana de Souvray no se atrevía á recordar su humilde casa de la calle de Douai, por volver á la cual hubiese dado cuanto le restaba de vida. ¿Qué ocurriría allí? Su ausencia debía hacer más dolorosa la agonía de Luisa. La idea de que el joven que había encontrado en noche tan desastrosa para ella, cumpliría su ofrecimiento, le dió algún valor.

Un dependiente se aproximó á ella, preguntándole si se llamaba Souvray, y la condujo á un gran despacho casi desnudo, cuyos adornos eran una gran mesa de roble en el centro, y á lo largo de las paredes casille-

ros llenos de papeles y legajos. Delante de la mesa, y pronto á borrar notas, se sentaba un viejo escribano de rostro cobrizo y cubierta la cabeza con un birrete. Algo más allá, un hombre como de cuarenta años, vestido de negro, leía un papel que acababa de entregarle el empleado que condujo á Margarita.

El papel contenía una nota del despacho del prefecto, concebida en estos términos:

«Confidencial.

»Es indispensable que la nombrada Margarita Souvray esté arrestada hasta dar su consentimiento.»

Y debajo de un sello muy conocido, esta frase amenazadora:

«Orden superior.»

El inspector, pues él era quien leía el papel, miró á Margarita, que se hallaba de pie delante de él, y le preguntó por su nombre.

—Margarita María Souvray—contestó la joven.

—¿Vuestra profesión?

—No tengo ninguna.

El inspector tomó de entre los papeles que había sobre la mesa una larga hoja llena de letras y la consultó rápidamente.

Después dijo:

—¿Qué oficio tenían vuestros padres?

—Mi padre era teniente coronel de caballería.

El inspector dió un salto en su asiento.

—Entonces—dijo—no comprendo... ¿Ha muerto?

—En febrero, sí, señor.

—¿En dónde?

—En una ciudad de la Turena, llamada Serigné.

Al oír este nombre el inspector miró fijamente á la joven. Desde el principio conoció con su gran experiencia que en aquel asunto había un misterio y el nombre de Serigné le proporcionaba la clave.

—¿No es ese el país de Mr. de Serigné, secretario del señor prefecto de policía?

Al hacer esta pregunta detuvo con un gesto al escribano, que iba á hacerlo constar en su escrito.

Margarita respondió:

—No existe familia de ese nombre en aquella ciudad. Tal vez quereis decir monsieur Beroult, que en efecto, se hace llamar de Serigné y que es de aquel país.

El inspector pensó: «Estamos de acuerdo.» Pero á la vez se hacía la siguiente reflexión: «Este Beroult de Serigné es un mozo de porvenir que hace lo que quiere del conde de Magny. No hay que jugar con la consigna.»

Y en seguida expresó su rostro una severidad extraordinaria.

—Poco importa—dijo bruscamente. Lo que acabo de decir, pura curiosidad, nada tiene que ver con lo que nos ocupa. ¿Habeis dicho que no teneis profesión?

—He venido á Paris á buscar un empleo.

—¿Y no lo habeis encontrado?

—Por desgracia, no.

—¿Teneis fortuna?

—Mi padre era rico.

—¿Y no lo sois vos?

—A su muerte no hemos encontrado los títulos de los valores y rentas que poseía.

—¿Tenía mucho?

—Medio millón, próximamente.

—¿Y qué ha sido de esos títulos?

—Si lo supiera no estaría aquí.

—¿De modo que ignorais su paradero?

—Sí, señor.

—Convenid conmigo en que es un caso muy extraño que se evapore medio millón como el humo.

—Sin embargo, es cierto.

—Adelante. En una palabra: ¿carecéis de medios de subsistencia?

La joven bajó la cabeza. Adivinaba en las preguntas del inspector una hostilidad, hija de un mandato, que nada podría desvanecer ni disminuir.

—¿Procurais creároslos?—preguntó de nuevo el inspector.—Por desgracia habéis elegido una mala senda, que ya veis adónde os conduce.

—Señor—dijo la desgraciada—os juro que no soy culpable.

El inspector sonrió.

—¡Culpable! Lo sois, y no lo sois. Este es un caso muy especial. Nadie os acusa de asesinato ni de robo.

—No he hecho nunca ningún daño.

—No digo lo contrario.

—Mi conciencia no me reprocha nada.

—Porque es indulgente, sin duda.

—¿Cuál es mi crimen?

—No se trata de crimen, sino de infracción de los reglamentos... Sencillamente, para emplear un lenguaje figurado, paseábais las calles para adquirir el dinero que os falta.

—¿Es falso!

—Entonces... los agentes que han hecho el proceso verbal y os han arrestado, ¿mienten?...

—No he dicho eso.

—Entonces, ¿qué es lo que decís?

Y siguiendo la relación que tenía á la vista, continuó hablando:

—Mirad: vuestros actos, y hasta vuestros gestos, están consignados, minuto por minuto... Salisteis de vuestro domicilio, en la calle de Douai, á las diez y cinco; á las diez y veinte paseábais por el boulevard Bati-gnolles y plaza Clichy, donde os habéis detenido y conversado con un hombre... ¿Podéis decirme solamente su nombre?

Margarita guardó silencio.

—Callais... Los hechos están patentes. ¿Podéis rectificarlos? No. Habéis marchado juntos algún tiempo, discutiendo un asunto sobre el cual no quiero explicarme... ¿No es verdad?

—Señor....

—No tratéis de defenderos, porque sería inútil, y prefiero advertiroslo... No os habéis puesto de acuerdo y él os ha dejado. Más allá habéis excitado las risas de la mul-

titud con vuestras maneras, y os han insultado. Después, en el instante en que habéis sido presa en la batida, un agente iba á deteneros por el oficio que ejerciais y... sin autorización.

—¡Yo!

—¿Osaréis negar esto?

—Os aseguro...

—¿Sí ó nó?

—Esto ha sido un lazo, no puede ser más que un lazo que se me ha tendido.

—¿Luego confesais? ¡Un lazo! ¿Quién había de tener interés en ello? Si lo sabéis, decidlo.

Margarita se ahogaba de vergüenza, de indignación y de cólera. Tuvo un nombre en los labios, pero pensó que pronunciándolo solo conseguiría atraerse el rigor de aquel juez inicuo, que sería implacable con ella si le oía nombrar á uno de sus jefes.

Y como callaba, el inspector, sin hacer caso de las lágrimas que anegaban los ojos de la joven, ni del temblor nervioso que sacudía todo su cuerpo, dijo al escribano:

—Escribid, puesto que confiesa.

Entonces ella se sublevó contra esta mentira.

—Señor — dijo procurando recobrar su sangre fría, — yo no confieso nada. Vivo en la calle de Douai, tengo una hermana enferma, moribunda quizá, tal vez muerta á estas horas. No teníamos quien nos amparase. Mi padre, un hombre estimado, un soldado honrado, oficial de la Legión de Honor, murió hace algunos meses.

—Ya lo habéis dicho.
—Su fortuna desapareció al mismo tiempo que él.

—¿La habrán robado entonces?

—Sí.

—Eso es inverosímil.

—Pues así es.

—¿Conocéis al culpable?

—Quizás le conozca.

—Perseguidle.

—La justicia humana me pediría pruebas y no las tengo; además, es poderoso y yo no lo soy. Mi hermana y yo somos pobres, pero no se nos puede reprochar nada. Yo no he pedido nada á nadie. ¿Podía impedir que se me acercasen los hombres? Uno de ellos es médico; le he hablado de mi hermana enferma y eso es todo: á los demás los he rechazado. ¿Es falta mía que me hayan insultado?

El inspector la interrumpió bruscamente.

—Acabemos, el tiempo urge y tengo muchos asuntos que resolver.

—Señor—dijo la joven juntando las manos—sois hombre, tenéis alma, tenéis corazón. Yo estoy desesperada. Mi hermana se muere sola, sin socorro. Ponedme en libertad, os lo suplico; si queréis, haced que me acompañen y veréis como no miento. ¿Queréis que os lo pida de rodillas?

El inspector, aunque tenía el corazón duro, al fin era hombre y se sentía conmovido por aquella voz desgarradora. Todo en la pobre joven acusaba su sinceridad. Además, el inspector adivinaba lo que ella no decía.

Vaciló, y si no hubiese escuchado más que su propia inspiración, la hubiese puesto en libertad en el acto; pero sus ojos leían en la carta colocada delante de él: «Orden superior.»

Hizo sin embargo una tentativa para salvarla.

—Veamos—le dijo con dulzura—no os turbéis, escuchadme y pesad vuestras respuestas.

—¿No me habéis dicho que vuestro padre era teniente coronel retirado?

—Sí, señor.

—¿Dónde vivíais á su muerte?

—Cerca de Serigné; en una casa de campo.

—¿Vuestra?

—No, mi padre la tenía alquilada.

—Gastabais allí mucho tren?

—Margarita movió la cabeza.

—¡Oh! no—dijo—mi padre aborrecía el mundo y vivía muy retirado.

—Bien; pero si hubiéseis tenido medio millón podíais haberos casado. No quisiera dirigiros una galantería, porque no es este el sitio ni la ocasión, pero no me pareceis de las que esperan mucho tiempo un marido.

—Yo debía casarme, en efecto—dijo la joven cuyo rostro se enrojeció—más muerto mi padre y desvanecida nuestra fortuna, el padre de mi prometido recogió su palabra.

—¿Pero os quedaban amigos?

—Teníamos pocas relaciones, y además tuvimos que abandonar el país por sernos imposible vivir en él. Vinimos á París con la esperanza de encontrar ocupación.

La hija del coronel Souvray estaba vendida. Intentó un último esfuerzo.

—Señor—dijo—creo que os han engañado, pues de otra manera no os prestaríais á una infamia, á un abuso de fuerza semejante. Sí; ayer, sin recursos, sin medios, sin lo necesario siquiera para una medicina para mi hermana que se moría, salí con la cabeza perdida sin saber adonde ir, sin tener á nadie á quien pedir auxilio. Un hombre me habló con una piedad que le agradeceré toda mi vida; no le conozco. Otros me injuriaron cuando seguía mi camino sin cuidarme de ellos. Esta es toda la verdad. Un odio tan poderoso como injusto me persigue y veo que nada puedo contra él. Haced de mí lo que queráis. Cumplid las órdenes que se os han dado; prendedme, separadme del lecho mortuario de mi hermana, matadme, torturadme, no obtendréis nada; no me someteré á semejante vergüenza... ¡Jamás!

—¿No?

—No.

—Entonces será preciso obrar. Y al decir esto oprimió el botón de un timbre eléctrico.

—Que vengan dos guardias—dijo al portero que acudió.

Los ojos de la joven se llenaron de lágrimas.

El jefe escribió algunas líneas en un impreso que llevaba en gruesos caracteres este encabezamiento: «Prefectura de policía. Servicio de higiene,» y lo entregó á uno de los agentes que estaban á su lado, diciéndole:

—Bajo vuestra responsabilidad.

El guardia saludó y dirigiendo una mirada á la orden escrita que acababa de entregarle el inspector, no pudo menos de decir para sí:

—¡Pobre joven!

La orden estaba concebida en estos términos:

PRISION DE SAN LAZARO

«La llamada Margarita Souvray será encerrada en una celda hasta su completa sumisión. Orden superior.»

El inspector ordenó que condujesen á Margarita, que al salir miró al jefe con desdenosa altivez.

Cuando el inspector quedó solo con el escribano, se limpió el sudor de la frente y exhaló un suspiro.

El escribano, verdadero gnomo de aquella caverna que parecía una antesala del infierno, colocó el libro en el estante sin decir una palabra, pero su delgado cuerpo ofrecía señales de extraordinaria agitación. La escena que había presenciado le hizo abandonar, quizá por primera vez en la vida, su indiferencia habitual.

—¿Qué teneis, Rabut?—le preguntó el inspector.

—Nada, mi jefe, nada.

—Sí, teneis algo.

—No.

—Sí.

—Bien: ¿quereis saberlo?

—Si se puede...

—Desde luego. Pienso que las ordenes que os han dado son excesivamente severas.

—Lo sabía antes que me lo dijérais.

—Y que sus autores son unos grandes miserables.

El escribano se transfiguraba al decir esto, poseído de indignación.

—¡Psch!—dijo el inspector.—¿Quién sabe?

Entró otra detenida y la conversación no siguió adelante.

Rabut volvió á caer en su insensibilidad de automática.

XVI

Aniquilamiento.

Pasaron tres días, tres siglos de reclusión y de aislamiento, interrumpido únicamente por la visita, casi siempre breve, de una especie de fantasma, vestida con un traje extraño, con uno de esos hábitos de religiosa que sólo se ven en las cárceles ó en los manicomios; pero nunca en esos asilos de paz, de recogimiento y de oración, llamados conventos.

En un rincón de una celda de seis metros cuadrados, de alto techo y paredes blanqueadas con cal, Margarita Souvray estaba sentada en un sillón de paja. La pobre huérfana, con los codos apoyados sobre la mesa que con el miserable lecho componía todo el mueblaje de la celda, y el rostro cubierto

con las manos, yacía en ese estado de inmovilidad próximo á la locura. Una ventana alta y estrecha, abierta á ocho pies del suelo, daba luz á la reducida estancia en que la prisionera podía meditar sobre las inscripciones trazadas en la pared por las detenidas que la habían precedido.

En pocos días había cambiado tanto, que su propia hermana no la hubiese conocido. Vestida con la ropa oscura y la cofia, que componen el uniforme de aquella casa tan célebre como siniestra, la librea de la infamia de las mujeres que han perdido su personalidad, la pobre joven permanecía inmóvil.

Un ligero rumor, ya conocido de la prisionera, seguido del ruido de una llave al dar vuelta en la cerradura, precedió á la llegada de una mujer, cuyo flotante hábito la asemejaba á uno de esos espectros que turban el agitado sueño de la fiebre. Fijó una mirada glacial en la joven y la preguntó:

—¿Habéis tomado vuestra resolución?

—No—dijo Margarita, sin levantar la cabeza, evitando la presencia de aquella mujer, que en tres días no había tenido ni una frase de piedad para ella.

La hermana cruzó los brazos y contempló á la joven.

Esta religiosa, perteneciente á la comunidad encargada de la dirección de la cárcel de San Lázaro, aparentaba tener unos cincuenta años y parecía un ser de otro mundo por su indiferencia ante las cosas de éste, como si estuviese en él á pesar suyo.

¡Librenos Dios de atacar á estas santas mujeres que se consagran á consolar las miserias humanas!

La hermana Bathilde, que tal era el nombre de esta monja, constituía, sin duda, la excepción de la regla por su implacable severidad, mezcla de mucho orgullo con muy poca caridad.

Sin embargo, el espectáculo que se ofrecía á sus ojos parecía inexplicable. La nueva prisionera era tan diferente á las criaturas encerradas en aquella cárcel donde ella misma se había endurecido, que la estatua de marmol que había en ella se animó por un instante.

—¿Por qué estais tan triste?—preguntó á la detenida con voz que parecía salir de una tumba.

Margarita levantó los ojos hacia la hermana y guardó silencio.

—Se asegura—continuó la religiosa, que os obstináis en negar vuestras faltas... Harías mejor arrepintiéndoos de ellas.—Añadiendo con tono glacial:—¡Dios es misericordioso!

—¿Qué hablais de faltas, hermana mía?—dijo la joven con amargura.—No las he cometido, ó al menos son tan leves que no merecen este suplicio.

La hermana Bathilde murmuró, como hablando consigo misma:

—Desde hace treinta años que estoy en esta casa, ¡cuántas me han dicho lo mismo!

Margarita percibía el movimiento de los labios, pero sin oír las palabras.

—Tengo—dijo—enemigos poderosos que me persiguen con encarnizamiento... ¡Si hay una justicia en el cielo, su triunfo no será eterno!

La hermana murmuró de nuevo, tocándose la frente:

—Es el delirio de la persecución, el principio de la locura....

Y añadió, alzando la voz:

—¿Qué queréis, entonces?

Margarita se levantó con movimiento tan rápido, que sor Bathilde temió que estuviera verdaderamente loca:

—Lo que quiero—gritó la joven en un acceso de cólera—es salir de esta horrible prisión que me trastorna el juicio, volver á ver, no á los que amo, porque solo quiero á una pobre joven como yo, mi hermana, á la que seguramente no veré ya viva, sino la calle, la libertad, el sol, que pertenece á todos.

—Entonces, ¿por qué no os sometéis?

—¿Y vos me lo aconsejáis?

—El poder contra el que queréis luchar es fuerte y os destruirá.

—Ya lo sé. Soy víctima de una maquinación infernal, de la cual no escaparé sino deshonorada y envilecida para siempre. He querido resistir y no puedo; pero quiero salir de aquí en seguida.

—Consentid y sereis libre. Después, la bondad de Dios os salvará del abismo. Es muy profundo, pero tampoco tiene límites el poder de Dios: acordaos de ello.

Estas palabras, pronunciadas con voz mo-

nótona y lenta, casi sepulcral, produjeron en el alma de la hija del coronel el efecto de un alud de nieve. En aquel instante tomó su resolución.

—Bien, sí, dijo con agitación febril: estoy dispuesta. ¿Qué se exige de mí? ¡Hablad pronto!

—¿Debo llamar al director?

—Os lo ruego.

—Calmaos: no tardará en venir.

Margarita se sometía, pero pensando que una vez libre sacudiría aquel yugo por cualquier medio. Lo que deseaba era salir; después, ya vería.

Volvió á abrirse la puerta, presentándose un hombre correctamente vestido, acompañado de sor Bathilde.

—Vamos, hija mía—dijo—ya sabía que me llamarías. No hay cosa como la celda para vencer todas las obstinaciones. Los ignorantes que preconizan otro sistema son unos visionarios. Después de decir esto, presentó un papel á la joven.

—Firmad, pues.

—Puesto que es necesario—dijo Margarita con aire sombrío.

—Podeis no hacerlo—replicó él con indiferencia.

—Si, puedo; como el condenado bajo la guillotina.

Margarita trazó con rabia su firma en la hoja impresa que el director le había presentado.

—Señor—dijo ella—el acto á que os pres-tais es peor que un asesinato. Firmo por re-

cobrar mi libertad y no por otra cosa. Decid-selo á mis perseguidores. ¡Qué Dios les castigue un dia por tanta infamia!

El director sonrió para disimular su emoción.

Dentro de un instante—dijo—estareis en libertad.

Cumplidas ciertas formalidades precisas, el director le dijo antes de salir.

No teneis medios de subsistencia. Acusais quizás en vuestro fuero interno á personas que no abrigan malos sentimientos hacia vos.

—¿Qué lo prueba?

—Uno de ellos me remite mil francos que debo entregaros en el momento de vuestra salida, que ha llegado ya.

—¿Cómo se llama?

—Desea guardar el incógnito por delicadeza. Aquí está la suma.

La joven miró al director sonriéndose con amargura.

—¿Debo firmar algún recibo?

—No.

Margarita vaciló un instante, pero acordándose de su hermana aceptó.

—Sea—dijo—no os pregunto el nombre del donante: le conozco. ¿Estoy ya libre?

—Como el aire; pero con ciertas restricciones, ya lo sabeis.

—Si.

—Adiós, pues.

—Adiós ó hasta la vista.

Margarita se inclinó ligeramente y conducida por una sirvienta atravesó intermi-

nables y oscuros corredores por los que pasaban las detenidas y las religiosas como sombras fantásticas; atravesó patios con árboles con sus cimas quemadas por el sol y rodeados sus troncos por las mefíticas emanaciones de las cloacas y llegó á la puerta, por donde salía un convoy de coches celulares.

Por fin se encontró fuera y lanzó un suspiro de alegría.

Su nombre, el honrado nombre de su padre, estaba escrito en el libro infamante: había firmado su propia condenación; pero estaba libre.

Respiraba ansiosa el aire de la calle y su alma dolorida experimentaba un goce intenso, mezclado con cierta inquietud.

Llevaba mil francos en el bolsillo, una limosna de Roland Beroult, que ella aceptaba como una restitución. Iba á volver á ver á su hermana y quizás al desconocido de la plaza de Clichy, si este había cumplido su promesa.

Subió á un ómnibus, pasando por entre los viajeros que conversaban animadamente, sin darse cuenta de lo que decían.

Cuando llegó á su casa, la portera le dijo mirándola con aire irritado y casi despreciativo:

—Nos habeis tenido bien inquietas. Cuando se piensa hacer una cosa así, por lo menos se avisa. ¿En dónde habeis estado?

Margarita se dirigió precipitadamente á la escalera sin contestar, y la portera la detuvo.

—¡Señorita!

—¿Qué hay?

—Tomad la llave, porque vuestro cuarto está deshabitado.

—¡Deshabitado! ¿Desde cuándo?

—Desde ayer.

—¡Luisa!...—exclamó la desgraciada.

—Murió al día siguiente de vuestra salida.

—¡Dios mío! ¡Sola, sin socorro!

—No, vino un joven que más parecía abate que médico, y él la asistió en sus últimos momentos. Ayer, cuando se la llevaron, iba solo detrás del ataúd. El ha corrido con todo.

—¿En dónde está enterrada?

—En el cementerio Montmartre. Creo que el joven ha pagado una sepultura perpetua.

—¿Cómo se llama ese joven?

—Pues qué, ¿no le conocéis?

—No.

—¡Calla! Es particular. Yo lo había tomado por pariente vuestro. Pero no sé quién es, ni dónde vive.

Margarita escuchaba á la portera con los ojos secos y con la desesperación en el alma.

El cementerio de Montmartre estaba cerca y se encaminó hacia él.

Los guardianes le indicaron el sepulcro de su hermana, y arrodillándose ante él, apoyada la frente sobre una piedra, dió libre curso á sus lágrimas, pidiendo á Dios que la llevase consigo.

Por espacio de dos días corrió todo París,

buscando inútilmente al hombre generoso que con tal solicitud se había conducido con una pobre joven para él extraña. Había pagado en todas partes, sin dejar su nombre en ninguna.

Al tercer día por la noche, rendida de cansancio, con el corazón vacío y el cerebro lleno de visiones, sin haber comido, estaba asomada al balcón que había alquilado para su enferma, y desde él contemplaba á París, lleno de resplandores, soberbio y odioso, colmado de lujo y de vicios, de riquezas y de miserias, de víctimas y de verdugos; aquel París que tan funesto le había sido, preguntándose si no sería lo mejor renunciar á la lucha ahora que estaba sola, perdida en la inmensidad, experimentando, inclinada hacia el vacío, un principio de vértigo en la contemplación del abismo que la atraía. Pensaba que el suicidio es un crimen y una cobardía, y hubiera querido que, independientemente de su voluntad, se sumergiese París en el seno de la tierra, sumergiéndola con él.

De pronto llegaron hasta ella clamores lejanos, procedentes de la ciudad, y poco después corrían á sus pies bandadas de vendedores pregonando los periódicos, que los parisienses les arrebataban de las manos, distinguiéndose entre todos este grito:

«¡La guerra! ¡La guerra!»

XVII

Dos amigas.

Han transcurrido ocho meses, que constituyen un periodo siniestro de indecibles desastres para Francia, abatida y agonizante.

Todavía resonaba de vez en cuando el estampido de los cañones y las descargas de fusilería de un extremo á otro del país, como los últimos esfuerzos de una desesperada resistencia.

El ejército del Este, esparcido por los desfiladeros y barrancos del Doubs, esperaba los acontecimientos con inquietud, ignorando lo que sucedía en el corazón de la patria olvidada, sin noticias y casi sin dirección.

Más de cien mil hombres, reunidos por la casualidad, mal armados, mal vestidos y mal alimentados, perdidos entre los hielos y las nieves, desalentados, aunque valientes, faltos solo de dirección, invadían los caminos, inundaban las ciudades desiertas, luchando á la vez contra el enemigo y contra el invierno, más temible aun que los prusianos.

Los hospitales y las casas de Besançon rebosaban de enfermos y heridos; la campaña hasta Baume-les-Dames y Vercel estaba convertida en una vasta ambulancia.

El 20 de enero, en una ciudad del cantón de Ornans, Chapelle-aux-Ifs, guareciase de la horrible tempestad de nieve, descansando delante de la chimenea de una granja, el jefe de un regimiento en marcha, que du-

rante el día había peleado con éxito contra un destacamento alemán.

Pero el enemigo no se había retirado y era de temer que volviese con refuerzos á hostilizar al regimiento francés, que formaba la retaguardia del ejército fugitivo.

Preocupado con esta idea y la de la inutilidad del heroísmo de que sus soldados habían dado pruebas para triunfar del general desfallecimiento, permanecía con la cabeza entre las manos, presa de suprema desesperación, cuando vino á sacarle de su ensimismamiento un gemido procedente de la habitación inmediata, en donde se hallaban tendidos sobre paja los heridos en el combate de aquel día.

Al volver los ojos hacia la puerta, el militar vió aparecer en ella el rostro inteligente del joven médico del regimiento.

—¿Cómo están vuestros heridos?—le preguntó.

—Bien: no hay ninguno grave. El peor es vuestro ayudante.

—¿El marqués?

—Sanará como los demás, así lo espero, pero su curación será más larga.

—¿Y las dos mujeres?

—Admirables; sin ellas estábamos perdidos. Desde que estuve interno en Beaujon, no había visto enfermeras tan valerosas ni tan bellas.

—Bueno, bueno—dijo el jefe retorciéndose el bigote,—no es ocasión de ocuparse en esas bagatelas.

—Pues qué, ¿teméis algo?

—No temo nada; pero pienso que nuestra situación es muy crítica, y que de un momento á otro podemos ser sorprendidos y derrotados.

—¡Bah!

—Tomad vuestras disposiciones. Procurad que no se vea luz por las ventanas.

—Todo está cerrado: por fuera no se distinguiría un elefante á quince pasos de distancia. ¿No vais á dormir?

—¿Dormir?

—Para recobrar las fuerzas.

—¡Fuerzas! Quisiera tener bastantes para hacerme matar y no ver lo que veo.

—¡Nada de eso! La muerte es lo único que no tiene remedio. Un hombre muerto no sirve para nada. Conservemos la vida, porque un tiempo se va y otro viene.

Los dos hombres se estrecharon las manos en silencio.

El oficial se dirigió hacia la puerta del patio, no sin apagar antes la luz que alumbraba tristemente aquella miserable estancia.

—¿Adónde vais?—le preguntó el médico.

—A ver á nuestros hombres y á escuchar. ¡Qué tiempo!—exclamó al recibir en el rostro el aire de la noche.

Poco después volvió, diciendo:

—No están lejos, según un hombre que viene de Ornans. Estad preparado, y sobre todo mucha prudencia.

—Estad tranquilo.

—Tenemos aquí mujeres, y... ya lo sabéis, a mujer es ligera.

—Algunas.

—Si me enseñais una sola capaz de resistir un deseo, os regalaré un mirlo blanco.

Después de todo, este es asunto vuestro, y ya estáis advertido. Buenas noches.

Dicho esto, salió para no volver á entrar.

El médico permaneció pensativo.

La nieve continuaba cayendo helada, y el viento seguía arreciando.

—¡Brrr!—hizo el joven, cerrando la puerta.—Hace un tiempo endemoniado, pero es nuestra salvación. ¿Quién se mueve en una noche así?

—¡Señorita!—dijo á media voz, aproximándose á la habitación de los heridos.

Una voz de hermoso timbre respondió:

—¡Doctor!

Y al mismo tiempo se presentó una hermosa joven.

—Desde hace tres días que habéis venido de la ambulancia de Ornans,—dijo el médico—no habéis descansado y debéis caer de fatiga.

—¡Y bien!—preguntó otra voz tan dulce como la primera, á la vez que aparecía otra joven igualmente hermosa.

—Creo que podríais descansar un rato. Si no me equivoco, estaremos tranquilos hasta mañana.

—¡Agua!—balbució uno de los heridos.

La primera de las dos jóvenes entró apresuradamente, y llenando un vaso, lo ofreció al herido con un gesto lleno de gracia.

—Bebed—le dijo.

—¡Sois mi providencia!—murmuró el en-

fermo, que era un oficial.—¿Qué sería de mí sin vos?

—¡Ah! vuestra imagen no se borrará de mi corazón,—dijo apoyando en él la mano de la enfermera.

Esta la retiró lentamente, diciéndole:

—Vaya: calmaos y dormid.

—¿Y vos?

—Yo velaré como de costumbre. Si queréis algo, llamad; estamos ahí,—dijo señalando á la habitación inmediata.

—No me dejéis tan pronto,—suplicó dirigiéndole una mirada de reconocimiento.

—¿Cómo os llamas?—le preguntó procurando detenerla, cogiéndole el vestido.

—¿Qué importa?

—¿No queréis decirme vuestro nombre?

—¿De qué os serviría saberlo?

—Porque lo quiero grabar en mi corazón debajo de vuestra imagen.

—Bueno—dijo ella—ya podéis ser dichoso. No tengo más que este nombre: la Caridad.

El herido cerró los ojos y guardó silencio.

La joven se alejó, y el oficial la vió alejarse rozando la paja con su vestido negro, como una visión encantadora y desaparecer tras la cortina de tela, por donde se transparentaba la indecisa claridad de la habitación contigua, única luz que alumbraba aquella escena de desolación.

Era el herido un hombre joven de treinta años escasos y de aire distinguido. Un bigote rubio sombreaba sus descoloridos labios,

Herido de un balazo, había perdido mucha sangre y sufría cruelmente, no tanto por los dolores de su herida, cuanto por la impotencia á que estaba reducido.

Hijo único, rico y libre, se alistó al principio de la guerra en el primer cuerpo de ejército, y había cumplido como un valiente.

Se llamaba el marqués Roger de Lignerés. — ¡Qué mujer! — exclamó lanzando un suspiro, al ver caer la cortina detrás de la enfermera. — ¿Volveré á encontrarla?

Entretanto, el médico, prescindiendo de las advertencias del jefe y olvidando el peligro, instalaba con toda comodidad á las enfermeras. Las dos eran altas y esbeltas; sus cabellos castaños tenían igual matiz, sus fisonomías, rasgos parecidos, la misma distinción, idéntica expresión de bondad, hasta el punto de que cualquiera que no las hubiese visto más que una vez en la penumbra de una habitación mal alumbrada, podía fácilmente engañarse y confundirlas al verlas otra vez.

Una de ellas, la que se había negado á decir su nombre al oficial herido, era Margarita Souvray, adelgazada, fatigada por siete meses de abrumadoras viglias en la atmósfera de los hospitales, cuidando á las víctimas de la siniestra campaña; pero más hermosa quizá que antes, por el aire de profunda tristeza impreso en su pálido semblante.

Sorprendióle la guerra en el instante en que acababa de caer en la desesperación más

profunda y más legítima que puede abatir el ánimo. Sola en el mundo, experimentaba desfallecimientos invencibles acompañados de tentaciones de suicidio en la pobre casa donde había perdido á su hermana, sin poder asistirle en sus últimos instantes; la muerte la atraía como el vértigo al imprudente explorador de las altas montañas. Para colmo de sus desdichas, Roland Beroult se ensañaba con ella, enviándole este amenazador aviso:

«En adelante no escaparéis á vuestro destino, y será inútil cuanto intentéis para evitarlo. Invisible y presente, el que habéis ultrajado con vuestras sospechas y desdenes, os perseguirá sin descanso y sabrá encontraros aunque vayais al fin del mundo.»

De pronto concibió una idea salvadora, á su juicio.

El ejército marchaba á la frontera á una lucha que, según todas las previsiones, debía ser larga y mortífera, por lo cual se buscaban enfermeras, haciendo un llamamiento general al patriotismo. Margarita se ofreció con el nombre de su madre, y en la confusión de los primeros días, se la admitió, sin tener que identificar su persona.

Roland, absorbido sin duda por los acontecimientos, parecía olvidarla, y la joven pudo ir al peligro con la esperanza de encontrar la muerte, más gloriosa y mejor que un oscuro suicidio.

Visitó por última vez la tumba de Luisa

y partió con la cruz roja de Ginebra en el brazo.

Durante seis meses pudo vérsela en todas partes donde podían aprovecharse sus cuidados, en Metz, en Orleans, y por fin en Besanzón, respirando el aire contagiado, viéndolo en las ambulancias, buscando el peligro con avidez y reclamando los sitios de mayor riesgo.

En Besanzón deparole la casualidad lo que le faltaba desde que perdió á su hermana: una amiga; otra joven, parecida á ella, de su misma edad, grave y reservada, cuya melancólica y dulce tristeza la atrajo desde el primer momento.

No tardaron ambas en obedecer á la fuerza de atracción que las impulsaba y hablaron con toda confianza.

Margarita conoció la historia sencilla y triste de su amiga María Magdalena, abandonada en su infancia y criada por una vieja que habitaba en el campo y recibía una retribución por tenerla á su cuidado.

Aún en la infancia, entró en una pensión de Neuilly, de donde no salía nunca. No conocía á nadie, fuera de sus compañeras y de sus maestras, que le decían: «Es preciso trabajar, hija mía, para poder vivir. No puedes contar más que contigo misma.»

Su horizonte estaba limitado por los muros del jardín, donde ella vagaba durante los largos meses de vacaciones.

Sin embargo, alguien subvenía á sus necesidades y no consentía que le faltase nada; pero este alguien era un protector mis-

terioso, á quien no vió nunca, y de quien ni el nombre conocía.

Al cumplir los dieciocho años, en un día de invierno, la misma mujer que había ido á buscarla á la granja para conducirla al colegio, le entregó una carta anónima, diciéndole:

—Tomad, hija mía, y contened las lágrimas.

La carta decía lo siguiente:

«Señorita:

»Debéis la vida á una falta que fué para mí un dolor y un ultraje. Vuestra madre murió al daros á luz, y vuestro padre, fallecido algún tiempo después, os recomendó á mi generosidad en el lecho de muerte.

»Como á pesar de mi ultraje, sentía por él un amor grande y legítimo, me he esforzado en cumplir su último deseo, dominando la aversión que me inspirais; pero no he sido bastante fuerte para conseguirlo.

»No intentéis conocerme, porque sería en vano, y os rechazaría si os acercáis á mí: esta es mi resolución irrevocable. No nos veremos nunca.

»Me hubiera remordido el dejaros abandonada en la niñez; pero ya sois mujer y podeis bastaros á vos misma. Mi conciencia me dice que he hecho bastante por vos. La directora de la pensión os entregará de mi parte diez mil francos, último auxilio que recibiréis de la que es y quiere ser siempre una extraña para vos.»

Las últimas esperanzas de la infortunada se abismaron en las tinieblas. Buscó en sus recuerdos, imploró de la directora, y siempre recibía esta respuesta:

—No sé nada.

Todo cuanto pudo saber fué que estaba inscrita en la *mairie* del sexto distrito, como hija de padres desconocidos, por una comadrona que ya había muerto.

A los tres años de recibir aquella carta, viviendo desde su salida de la pensión en los alrededores de Moscon, en calidad de institutriz, con una familia rusa, estalló la guerra y huyó de aquel palacio, que se levantaba en medio de un desierto, buscando el sol, el aire puro del campo y la libertad. Como Margarita Souvray, sólo tenía un pensamiento y un deseo: acabar con una existencia sin objeto, pero con una muerte noble y digna.

Cuando terminó su confidencia, consolada por esta expansión con su compañera, que se había granjeado su cariño, le dijo con la melancólica sonrisa que la hacía tan interesante:

—Esta es mi confesión. ¿Y la tuya?...

Margarita palideció.

¿Su confesión!... ¿Cómo explicar su inverosímil historia sin aparecer como una farsante ante aquella joven que no tenía la más leve falta de qué acusarse?... ¿Que podía decir? Obligada al fin, contó que su padre había muerto pobre, dejándola sin amigos ni protectores; que no tenía más asilo en el mundo que el convento y que éste le repug-

naba, siendo presa de grandes amarguras.

—Como tú, mi querida Magdalena—[dijo—quería morir.

Esta semejanza entre sus dos existencias fué un nuevo lazo que afirmó su amistad, jurándose no separarse nunca, para ser más fuertes sosteniéndose mutuamente:

Un día, en Ornans, María Magdalena experimentó la primera alegría de su vida al recibir la siguiente carta:

«Mi querida niña:

»Acepto la misión de reparar una cruel injusticia cometida con vos, empezando por aseguraros, para evitar equívocos, que nada me obliga á ello: lo hago en memoria de alguien que ya no existe.

»Ignoro en donde estais: solo sé que habeis vivido algun tiempo, en calidad de institutriz, en casa del conde Breskou, y á él le ruego que haga llegar adonde esteis esta carta, caso de haber abandonado su casa.

No temais nada por el porvenir, ya que según tengo entendido, el pasado ha sido doloroso, pues si, como me aseguran, sois digna de interés, nada os faltará en lo sucesivo.

Venid sin temor, con la seguridad de ser bien recibida y de encontrar aquí el cariño que os ha faltado en la infancia.

Hasta muy pronto. Para terminar no puedo decir más que una palabra: «Confianza.»

»Vuesta futura amiga,

»BLANCA DE MAILLEPRÉ.»

«P. S. Me encontrareis en el interior del Berry en un antiguo y aislado palacio, donde me refugio huyendo de la vergonzosa invasión que me humilla tanto como me entristece. Está situada en el Cher, cerca de Bourges. En esta ciudad preguntad por la duquesa de Maillepré y cualquiera os guiará.

»Anunciadme vuestra llegada para hacer que os esperen.»

Las dos amigas leyeron y releieron esta carta, entregada á María Magdalena al salir de Ornans para la Chapelle-aux-Ifs.

La abandonada besó aquella misiva tanto tiempo esperada y volvieron á acariciar su corazón las quimeras de la esperanza. Su primer pensamiento fué correr en busca de aquella providencia que se le hacía presente cuando menos lo esperaba. Pero miró á su amiga y se dijo que debía cumplir hasta el fin su misión, que ya no podía ser larga, pues se empezaba á hablar de armisticio y de paz.

Continuó, pues, su camino.

Desde hacía tres días, llevaba aquel precioso papel en el pecho como un talismán; pero durante la lúgubre noche en que las hemos presentado al lector, tuvo miedo, quizás por la primera vez, y bajo aquel techo rústico que las abrigaba á medias, en el silencio, solo interrumpido por los gemidos del viento y los lamentos de los heridos, María Magdalena, con la cabeza entre las manos, yacía taciturna y abatida.

XVIII

El ataque.

La noche era fría y tormentosa.

Margarita removió las cenizas del hogar y colocó algunos leños, yendo después á sentarse cerca de su amiga.

—¿Tienes frío? -- le preguntó viéndola temblar.

—No: me avergüenza confesarlo; pero tiemblo.

—¿Tú, tan valiente?...

—¿Es una acaso dueña de sus impresiones? En el momento en que voy á tocar la felicidad, me parece que voy á morir.

—¡Aprensiones!

—Seguramente; pero no puedo desechar ese temor.

Margarita se esforzó para confortarla.

—¡Tranquilízate, por Dios, te lo suplico!

—¿No nos vemos asaltadas, á lo mejor, por un miedo sin causa? Pues aquí estamos expuestas á muchos peligros.

—Están aún lejanos.

—¡Quién sabe! ¿No has observado la turbación del jefe? Es valiente; pero, sin embargo, es hombre.

—Es prudente, y eso es todo. Si el peligro fuera tan inmediato, nos haría abandonar esta posición.

—Tú no temes á nada, Margarita.

—¿Qué puedo esperar del porvenir? Antes también pensabas como yo...

—Sí; pero esta carta ha modificado todos mis pensamientos.

—Lo comprendo. Han acabado tus miserias y sientes impaciencia por conocer el porvenir que te anuncian en esa carta, y que será dichoso, si Dios escucha mis ruegos por tu felicidad. Por mí, sólo siento que me hayan respetado las balas y las enfermedades, y me preguntó con tristeza lo que me estará reservado.

María Magdalena la miró tiernamente.

—¿No te he dicho que no nos separaríamos?

—¿Cómo puede ser eso?

—Compartiendo conmigo la suerte, sea la que quiera; suplicándote vengas conmigo adonde me llaman.

—Eso es imposible.

—¿Cómo imposible? ¿Por qué?

Margarita bajó la cabeza y calló. Su compañera insistió obstinadamente.

—¿No me lo quieres decir?

—No puedo.

—¿No tienes confianza en mí?

—¡Ah! sí.

—¿Entonces?...

—Es que mi historia es tan extraña, que al conocerla dudarás de mí.

—No lo temas.

—Y te preguntarás si te es permitido estrechar mi mano. Sin embargo, juro por Dios que soy inocente.

María Magdalena se apoderó de las manos de su amiga y las estrechó con ternura.

—Margarita—dijo,—creo conocerte bien:

no se puede tener el valor y el entusiasmo de una santa con el alma de una miserable. Me has dicho demasiado para poder callarte ahora. Yo no puedo dudar de tí. Confíame, pues, tu secreto. Si yo puedo hacer algo, lo haré, porque quiero ser para tí siempre una hermana.

La hija del coronel se resistía; pero María Magdalena tenía razón: su secreto la ahogaba, y lo confesó, al fin, en las menos palabras que le fué posible, acabando con estas frases:

—Sí, firmé el horrible consentimiento que se atrevieron á presentarme, por quedar libre, por abrirme las puertas de la odiosa prisión en donde me secuestraron; por asistir á mi hermana en su última hora y huir en seguida hasta el fin del mundo, si era posible. Esta es la verdad; pero ¿quién podrá creerla?

Entonces la voz de María Magdalena, henchida de piedad, murmuró á su oído, mientras la abrazaba su amiga:

—Yo; la creeré yo que te amo y quiero verte dichosa.

De pronto una luz intensa iluminó el hogar.

Los leños verdes, secos ya por el calor, acababan de inflamarse de repente despidiendo llamaradas que debían sobresalir de la techumbre, como un reflejo de incendio.

Las jóvenes no fijaron la atención en este detalle.

—Margarita—dijo la abandonada—nadie puede saber lo que nos espera, ni si vivire-

mos mañana. Prometeme, si me sucede alguna desgracia, ver á la duquesa y darle las gracias en mi nombre. Debe ser poderosa y rica. Tu le entregarás lo que voy á darte.

Sacó de un pequeño saco sujeto á la cintura por una correa, una hoja de papel y trazó rápidamente estas líneas:

«Señora duquesa.

»He recibido vuestra generosa carta y os agradezco el placer que me habéis producido con ella.

»Esta noche, noche horrible, asisto á los heridos en un pueblo perdido en medio de los bosques, á pocas leguas de la frontera. ¡Quien sabe si viviré mañana! El enemigo está á dos pasos, más numeroso que nunca.

»Si me sucede algun accidente, doy lo poco que tengo á la persona que os llevará esta carta, que es mi mejor, ó más bien, mi única amiga.

»Si mi último ruego puede valer algo, protegedla y haced por ella lo que hubiérais hecho por mí.

»Su historia es triste como la mía, pero no conozco otra joven más digna de ser amada, os lo juro.

»Adiós, señora duquesa. Que Dios os recompense el bien que haréis en mi nombre.

»MARÍA MAGDALENA.»

Dobló la carta, escribió la dirección y la encerró en su saco, diciendo á Margarita:

—Todo está aquí: mis recuerdos, mi vida

entera, cuanto poseo. Es mi legado y tú eres mi heredera.

Un juramento vino á interrumpir esta conversación. El médico acababa de aparecer en la puerta, gritando:

—¡Ese fuego; esa luz! ¡Qué imprudencia! ¿Qué dirá el jefe?

La advertencia era tardía.

Una detonación seca, estridente, se oyó á lo lejos, y á poco un silbido y el ruido mate de algo que cae á algunos metros de distancia sobre el suelo.

—Vaya, ya empieza la música—dijo el médico.—¿Qué hacer?

María Magdalena, aterrada, se arrojó en brazos de su amiga, que la estrechó contra su pecho.

—¿Es que nos atacan?—preguntó Margarita friamente al doctor.

—Es probable.

Y al decir esto, señaló las llamas de la chimenea.

—El fuego nos ha hecho traición—añadió.

—¿Nos defenderemos?

—Eso es asunto del jefe. Yo creo que evacuaremos este tabuco.

El cañón calló por un instante y le sucedió la fusilería. Poco después se oyó tocar retirada.

—Ya lo véis—dijo el médico.—El jefe es de mi parecer. Voy á llevarme á nuestros heridos; los que puedan ser trasportados, al menos.

—¿Y el oficial?—dijo Margarita.

—Imposible... sería matarlo.

--Tú puedes ir con ellos--dijo Margarita á Magdalena.--Mi sitio está aquí hasta el fin.

--¡No me abandones!--suplicó María Magdalena.

--Entonces quédate conmigo. ¿Qué peligro podemos correr con esto?--añadió, señalando la cruz roja bordada en la manga.

El ruido de las descargas era cada vez más vivo, y aunque aun lejano, conociase que estaba más próximo cada vez. En el patio y en el camino se oía el ruido de las herraduras de los caballos, preparados para la retirada.

--Margarita -- repitió María Magdalena cogiéndose del brazo de su compañera,--me quedo contigo, pero estoy temblando.

--¿Por qué?

--Creo que voy á morir.

No había concluido apenas de decir esto, cuando sonó un cañonazo muy cerca de la casa, saltando en astillas una ventana y agujereando la pared. Por fuera crecía el tumulto y redoblaba el fuego de fusil.

María Magdalena cayó de rodillas cerca del lecho sobre el cual estaban sentadas poco antes. Margarita, por el contrario, se asomó á la ventana.

Sonó un tercer cañonazo, y el techo se desplomó con estrépito, llenándose la habitación de llamas y humo. Por algunos instantes la hija del coronel permaneció aturdida y ciega; cuando se rehizo y pudo abrir los ojos, vió entre los escombros, exánime y ensangrentada, á su compañera, antes llena de vida.

Los presentimientos de la desgraciada se habían realizado. Con un esfuerzo sobrehumano, Margarita la levantó y la depositó en la cama, llamándola dulcemente y procurando inútilmente hacerle volver en sí. Margarita corrió á la otra sala y llamó al médico, que en medio de la mayor confusión disponía la conducción de los heridos.

--¡Por el amor de Dios, venid!

--Mejor iré por el vuestro; pero el tiempo apremia.

Y la siguió.

Al ver á la pobre joven tendida sobre la paja, lanzó un juramento.

--¡Bandidos!--exclamó, enseñando el puño á un enemigo invisible.

De una mirada reconoció la herida, causada en el cráneo por una bala de obús.

--Esto ha concluido--dijo levantándose.

--¿Es posible?

--Sí.

--¡Muerta!--exclamó Margarita.

--¿Venís?--dijo el médico.

--No.

--Hacéis mal. Esos alemanes son brutos, verdaderos brutos.

--Me quedo con ella.

--Y cerca de esos--añadió él,--señalando á la sala de los heridos.

Y salió, haciendo un gesto de cólera.

Pocos instantes después volvió á entrar, encontrando á Margarita arrodillada delante del cadáver de su amiga.

--Vamos--le dijo.

--¿Puedo abandonarla?

—No puedo hacer nada por ella.

La joven replicó con firmeza:

—Me quedo.

—Adiós—dijo el médico montando en el último furgón que esperaba en el camino.

XIX

Separación.

Quando se desvaneció el ruido de los carruajes, reinó silencio de muerte en la granja medio destruida.

Margarita permaneció arrodillada, esforzándose por rezar una plegaria que no acudía á sus labios, y absorbida por la idea de la muerte, que buscaba con tanta ánsia.

Luego pensó en sus deberes, en el enemigo que estaba próximo.

Lavó el ensangrentado rostro de su amiga, le cruzó las manos sobre el pecho, la besó en la frente y se acercó después á la ventana para enterarse de lo que ocurría fuera.

No se veía ninguna luz. El enemigo, seguro de la fuga de los franceses, debía haber hecho alto á alguna distancia.

Margarita pasó á la habitación de los heridos.

No se había abandonado más que á los que no podían trasportarse sin grave peligro: eran tres soldados y el oficial.

Al ver éste á la enfermera, lanzó un suspiro de gozo.

—Al menos—murmuró esforzándose para tenderle la mano—nos quedáis vos.

—Sí; ¿pero por cuanto tiempo?—dijo ella.

—¿Vienen?

—Al menos están cerca, aunque nada anuncia su llegada.

—Vendrán—dijo el oficial colérico.—Esperan á que los nuestros estén lejos. ¿Qué necesidad tienen de exponer á ninguno de sus hombres? ¡Ah! Todo se ha acabado. ¿Qué harán con nosotros? Separarnos, seguramente, y yo que no quería abandonaros... ¿En dónde os volveré á ver ya?

—¿Para qué?

—¡No sabréis nunca cuánta amistad y cuánta gratitud siento hacia vos!

—¿Qué he hecho?

—Me habéis salvado.

—Cualquiera lo habría hecho igual.

El le dirigió una mirada suplicante, y le dijo:

—¿No queréis decirme vuestro nombre?

—Es inútil.

—¡Qué cruel sois!

La joven se alejó, conmovida por el ruego; pero sin querer rendirse.

En efecto, ¿podía confesar en lo sucesivo que se llamaba Margarita Souvray?

Volvió al lado del cadáver de la enfermera.

¡Ah! Si élla hubiera podido decir á aquel hombre, cuyos ojos revelaban el amor que invadía su ser: «Me llamo María Magdalena y no tengo otro nombre...» ¿Y por qué no? ¿Qué mal había en tomar el nombre de una muerta? ¿A quién perjudicaba? ¿Quién podía quejarse de esta usurpación?

Pensando en esto, recordó la carta que la pobre muerta había escrito. Ella misma le había dicho:

«Aquí está mi vida, mi herencia, y tú eres mi heredera.»

Podía, pues, legítimamente apoderarse de ello.

Desató el saco y lo sujetó á su cintura. Contenía algunos objetos de tocador, papeles, la carta de la duquesa, la de recomendación y la fotografía de la muerta, en la cual creyó Margarita ver un reflejo de su propia imagen. Contenía además un cuaderno, en cuya cubierta se leía, «*Mi vida*», y de ochocientos á novecientos francos en una bolsa.

El alma generosa y delicada de la joven sintió escrúpulos en presencia de aquel dinero; pero no tuvo tiempo de hacer muchas reflexiones, porque á poco oyó ruido de pasos que le hicieron volver la cabeza, viendo entrar á un sacerdote de aspecto venerable, que le dijo:

—Acabo de saber que hay heridos en esta casa, y una joven muerta ó moribunda, y vengo por si necesitan mis auxilios.

—Señor—dijo Margarita señalando el lecho,—ahí está una joven muerta por un proyectil de obús, que era enfermera como yo. ¿Queréis encargaros de darle sepultura? Tenía un hermoso corazón y era una santa.

El cura accedió, y Margarita le entregó el dinero que contenía la bolsa, diciéndole con voz entrecortada por los sollozos:

—Haced colocar una lápida sobre su sepulcro, y vos rogaréis por élla.

—¿Qué nombre se ha de poner?

—No es necesario poner ninguno sobre la tumba de una joven sin familia. Poned solamente: «Una abandonada».

Margarita apenas tuvo tiempo para concluir su respuesta, interrumpida por la llegada del enemigo.

Los enfermos se sentaron sobre la paja donde estaban acostados al oír el ruido ensordecedor de los caballos y furgones y las voces de mando de los jefes.

Margarita fué á colocarse en el umbral de la puerta, interponiéndose entre ellos y el peligro.

Los alemanes entraron en la cabaña; pero los personajes que se encontraban frente á la joven no tenían nada de amenazador, ni aun siquiera de militar, no obstante sus uniformes. El más viejo de ellos, contrahecho, de cabellera larga, cabellera de sabio, evocaba la idea de uno de esos médicos extraordinarios de los cuentos de Hoffman. Volvióse hacia un joven que guardaba ante él una actitud respetuosa y le preguntó:

—¿Ves algo en esta miserable granja, Frantz?

La habitación estaba iluminada únicamente por el fuego del hogar; la bujía de la otra pieza colocada en el cuello de una botella estaba consumiéndose.

Margarita respondió en mal alemán:

—Aquí no hay más que cuatro heridos, que no han podido ser trasportados con las fuerzas, una de mis compañeras, una enfermera, muerta por vuestros proyectiles y es-

te venerable sacerdote, el cura del pueblo.

—¿Y vos os habéis quedado para esperarnos?—dijo el viejo de larga cabellera, cogiendo bruscamente de la mano á la joven y atrayéndola hacia el círculo luminoso del hogar.—¿No temeis, pues, las hordas del invasor? Muy bien. Así haceis justicia á las virtudes de los alemanes.

—¿Podía abandonar á estos heridos?

—¿Nos tomáis por bárbaros?—dijo el doctor severamente.

¿Creís que no conocemos nuestros derechos y nuestros deberes?

¡Miradme! Yo soy el doctor Alberto Kraubach, médico mayor del ejército. Estos soldados son nuestros prisioneros; pero serán bien tratados. En cuanto á esta joven, se verá si solo está herida; si esta muerta, no tenéis cuidado: este sacerdote se encargará de todo.

—Marchaos—añadió,— porque tenemos que instalar aquí á nuestros enfermos

Después murmuró algunas injurias contra los médicos franceses que toleraban mujeres en los campamentos, y dijo á un oficial:

—Muller, estended un salvoconducto á esta joven para que vaya adonde quiera.

El oficial preguntó á Margarita:

—¿Vuestro nombre?

—María Magdalena.

—¿Nada más?

—Nada más.

—¿Vuestra profesión?

—Enfermera en las ambulancias francesas.

—¿A dónde queréis ir?

—A Besanzon.

Firmó el papel y lo entregó á la joven, que se dirigió al lecho, é inclinándose sobre la muerta, imprimió un beso en su frente.

—Adiós—dijo—adiós, tú á quien deberé quizás mi salvación. Adiós para siempre.

Apretó la mano al sacerdote, dirigiéndole una mirada suplicante en favor de su amiga, y levantando la cortina que cerraba la habitación de los heridos, dijo á éstos con voz dulce:

—Adiós, todos.

Algunos minutos después, llegaba entre dos soldados al otro extremo de la población, donde le hicieron montar en un coche, que siguió el camino de Besanzon. Dos leguas antes de llegar á esta ciudad, y después de los azares de un viaje penoso por medio de las fuerzas enemigas, el conductor del carruaje declaró que no podía seguir adelante y Margarita tuvo que hacer á pié el resto de la jornada.

Cuando á la caída de la tarde entró en Besanzon, después de detenerse veinte veces en el camino, sufría una fiebre violenta.

Por espacio de dos meses estuvo entre la vida y la muerte en aquella ambulancia, donde fué recibida con cariño.

Su juventud triunfó de la enfermedad y después de una larga convalecencia, terminada la guerra y creyendo que su enemigo habría sucumbido en aquellos acontecimientos que habrían borrado también las

huellas del pasado, pensó volver á París, pero antes hizo una piadosa visita á Chappelle-aux-Ifs.

En un rincón del cementerio vió una lápida de piedra que solo contenía esta inscripción en letras doradas:

AQUÍ YACE UNA ABANDONADA

MARTIR DEL DEBER

¡ROGAD Á DIOS POR ELLA!

El sacerdote había cumplido religiosamente su encargo.

Margarita Souvray cayó de rodillas sobre la piedra, cubrióse el rostro con las manos y murmuró:

— ¡Pobre María Magdalena! ¡Tú has sido la más dichosa de las dos!

SEGUNDA PARTE

EL MISTERIO DE MAILLEPRÉ

I

La confesión

A dos leguas escasas de Bourges, en el partido de Charost, remontando el curso del Cher, se eleva, dominando el valle y en el centro de inmenso coto cubierto de verdura y poblado por árboles centenarios, la imponente masa de un gran palacio antiguo, cuya variada arquitectura representa el capricho de los diversos propietarios que se han sucedido en su posesión.

El parque y el palacio forman parte de uno de los más extensos dominios de Francia, del dominio de Maillepré.

En la tarde del 5 de julio de 1871 podía verse sobre la terraza del palacio, descansando sobre un gran sillón de junco, una mujer, como de cincuenta años, que conservaba la frescura de la juventud no obstante las canas prematuras que cubrían su cabeza y que lejos de afearla hacían resaltar en su moreno rostro los atractivos de la no extinguida belleza y el rayo penetrante de sus ojos. El conjunto de su fisonomía respiraba

benevolencia, pero á la vez revelaba una voluntad enérgica y obstinada.

Vestía un sencillo traje negro y no ostentaba más joya que un anillo por el cual hubiera dado cualquier joyero veinte mil francos sin dificultad.

Esta mujer era la duquesa Blanca de Maillepré, viuda hacía veinte años.

Su marido, el duque Juan de Maillepré, prefería su residencia del Berry por las cárceles, y también por el cariño natural que profesamos al lugar donde hemos nacido ó donde hemos pasado parte de la juventud.

A la muerte del duque, su joven viuda manifestó aversión hacia esta residencia, como si su vista le renovase enojosos recuerdos, y ponía tanto empeño en huir de ella como placer había tenido su esposo en habitarla.

Sin embargo, el mundo, siempre en acecho de escándalos, no conocía ningún motivo de desavenencia en el matrimonio, que había sido á la vez un enlace de conveniencia y de amor, sin que se turbase, aparentemente al menos, la buena armonía ni la paz entre los esposos.

Desde que quedó viuda la duquesa, había vivido muy retraída en su gran hotel de la calle de Santo Domingo, en su palacio de Sena y Oise, cerca de Etampes; pero nunca había vivido en el de Maillepré, al que parecía haber renunciado definitivamente.

Fué, por tanto, una cosa muy extraña para su servidumbre que al principiar la guerra eligiese este palacio para su refugio

durante la nefasta campaña, y que transcurrido un año de residir en él no manifestase intención de abandonarlo, como si la retuviese alguna atracción misteriosa.

Sin embargo, las fiestas eran allí muy raras; la vida, más que tranquila, monótona, dejándose apenas ver cuando trataba de realizar obras caritativas, merced á las cuales no había pobres en el país, y llevando, en lo demás, una vida de completo aislamiento.

Sin embargo, tenía un amigo, que en el momento en que la presentamos se hallaba á su lado, muellemente tendido en un sillón semejante al de ella. Mejor que amigo podría decirse confidente, si madame de Maillepré no le hubiese ocultado la única aventura de su vida, que la había impresionado profundamente.

Aparte de esta aventura, que permaneció en el misterio para sus más íntimos servidores, excepto una mujer, la duquesa no tenía secretos para aquel amigo, viejo septuagenario, que á pesar de sus apariencias maliciosas, era la persona mejor y más inofensiva del mundo.

Este hombre, casi tan amo en la casa como su misma dueña, no tenía un nombre aristocrático: se llamaba sencillamente M. Godet, y era hijo del notario que tenían en Paris los Maillepré, y cuyo abuelo, intendente de uno de ellos en la época de la Revolución, había salvado la fortuna de la familia por un elevado rasgo de probidad.

Si el abuelo había salvado la fortuna de los Maillepré, no olvidó por eso la suya, que

fué luego aumentada por el padre de M. Godet, y éste al llegar á viejo sin haber contraído matrimonio, encontrándose dueño de cuantiosa renta, se instaló en casa de madama de Maillepré como un parásito de rara especie.

La duquesa le consideraba y trataba como á un pariente y parecía faltarle algo si dejaba de verle cuarenta y ocho horas. Además, atendia mucho sus consejos, sin los cuales no se resolvía ni el asunto más insignificante.

El anciano se habia dormido y la duquesa, no queriendo turbar su reposo, dejó vagar su mirada por las perspectivas del parque; pero á la vez parecía impaciente por el sueño de su amigo Godet.

De pronto este abrió los ojos, sacó una tabaquera y absorbió un polvo abundante, frotándose vigorosamente la nariz. Enseguida miró su reloj.

—Las cuatro y veinticinco minutos—exclamó.—Os dejo, mi querida Blanca.

—¿A dónde vais?

—Derechito á la cuadra á preparar mi paseo. Hoy montaré á Sultán, excelente caballo, dócil como un carnero. Hace un tiempo magnífico. Además, desde que estamos en esta terraza no hemos cambiado cuatro palabras; hace justamente una hora y treinta y siete minutos.

—Es posible.

—¿Podreis explicarme en qué habeis empleado ese tiempo?

—Verdaderamente no lo sé.

—Sin embargo, os he visto preocupada como nunca.

—¿Lo creéis?

—Es un hecho.

El rostro de la duquesa se coloreó ligeramente, y esforzándose por sonreír, respondió:

—Podría quizás explicároslo; pero no veo la utilidad; aparte de que no tendría interés para vos.

Mr. Godet acercó su sillón al de la duquesa y dijo con tono paternal:

—Perdonad, sabeis bien que todo lo que os toca me interesa.

La señora de Maiprellé suspiró sin responder.

—A otra cosa--dijo Mr. Godet.--¿Me podreis decir exactamente, cuánto tiempo estamos encerrados en esta vieja casita, que si no me engaño, os es tan antipática?

—En verdad que no.

—Pues bien, yo lo sé. Llegamos el 16 de agosto del año último, de triste memoria: hoy estamos á 5 de julio, lo que nos da un total de diez meses y diez y nueve días.

—¿Empleais el tiempo en esos cálculos?

Mr. Godet replicó filosóficamente:

—Hay que matarlo como se pueda mientras él toma su desquite. Pero no pienso en eso solamente, pienso tambien en otra cosa, á saber, que al cabo de este periodo, ó mejor dicho, desde nuestra llegada al Berry, estais turbada, febril, inquieta como no os habia visto nunca.

Y me pregunto ¿qué puede trastornaros

de ese modo. Cuanto más reflexiono, más me convenzo de que en todo ello hay gato encerrado... Vamos... ¿no pensais por casualidad volver á casaros?

La señora de Maillepré se sonrió.

—Eso,—continuó Mr. Godet,—no se le puede perdonar á una mujer de talento.

—No temais nada.

—Entónces no me explico lo que teneis.

—¿Habeis tenido noticias de Pedro?—preguntó ella.

—¿De vuestro original sobrino? No me hableis de él. Desde que murió la condesa, no puede vencer su preocupación. Su última carta está fechada en Smirna.

—¿Cuándo la habeis recibido?

—Ayer.

—¿Y no me la habeis enseñado?

—¿Para qué? Habéis conseguido de él que reflexione, que viaje, que mude de aires para cambiar de ideas. ¿Y sabéis lo que me dice? Que está decidido en principio, pero que duda todavía entre San Sulpicio y la Trapa. ¿Puede concebirse esto? Llamarse el conde Pedro de Meillant, tener ciento cincuenta mil libras de renta, ser sobrino de la muy alta y poderosa señora Blanca de Maillepré y encerrarse en un claustro, es demencia pura.

—O sublime vocación, amigo mío. Creed que yo no estoy menos afligida...

—¿Pues y yo? Si una criatura le convirtiese á otras ideas, yo la bendeciría y la dotaría espléndidamente.

—¿Pero vuelve?

—No dice nada.

—Esperemos—dijo la duquesa.

En aquel instante se abrió la puerta del vestíbulo y dió paso á una joven de veinte años que apenas representaba quince, pequeña, delgada, de apariencia débil y delicada, sin verdaderos atractivos, distinguiéndose únicamente por sus grandes ojos negros, que despedían el fuego de la fiebre, inquietos, como si buscasen la clave de un enigma. El conjunto de su rostro producía en el alma una sensación dolorosa.

Paseó su mirada profunda á su alrededor, y á una señal de la señora de Maillepré, que la devoraba con los ojos, se aproximó sin temor, pero con negligencia.

—¿No me abrazas, Blanca?—le preguntó la duquesa.

La joven le presentó su frente, recibió el beso que se le ofrecía y que no devolvió, saludó ligera y familiarmente á M. Godet y pasó sin pronunciar una palabra, dirigiéndose al parque. Antes de desaparecer entre los árboles, la duquesa pudo observar que se llevaba el pañuelo á la boca como para sofocar un acceso de tos.

—¿No os inquieta el estado de esta niña?

—preguntó M. Godet, lanzando á la duquesa una mirada punzante como un dardo.—La encuentro muy cambiada desde su salida de la pensión.

—No volverá más á ella.

—Mejor. El aire de París, según mi humilde juicio, no es bueno para lo físico ni para lo moral, ¿La conservaréis á vuestro lado?

--Esa es mi intención.

--¿Y qué pensáis hacer de ella?

La duquesa bajó los ojos y no respondió. El viejo la observaba atentamente.

--¿Sabeis lo que me digo en este instante? Que vivo en pleno misterio en esta casa que yo debía conocer al dedillo después del largo tiempo que estoy en ella. Así, hé ahí una niña que he visto crecer, que ha saltado sobre mis muslos, que hemos criado, por la cual me intereso; y, sin embargo, no podría decir de donde viene. Vos la mirais siempre con ojos turbados, suspirando como quien teme perder lo más querido que tiene en el mundo.

La señora de Maillepré se apretó el pecho con las manos.

--Acabais de tocar una de mis llagas-- dijo. --¿Creeis que su estado es grave?

--¡Psch! con las jóvenes no se sabe nunca eso, y además no presumo de médico. Antes Blanca era viva como un lagarto al sol, alegre como una gaita, ahora se ha vuelto pensativa y huraña; busca la soledad y su salud parece ménos firme. Quizás todo eso no es nada; pero es tan débil... ¡estas naturalizas!...

La duquesa estaba pendiente de estas palabras y con los ojos fijos en el apergaminado semblante del malicioso viejo.

De pronto dijo este:

--Después de todo, ¿á qué atormentaros por esto? No es más que la hija de esa pobre Susana, vuestra ayuda de cámara. Solamente me admira que no haya conocido á su padre

La duquesa se mordió los labios; sus ojos despedían fulgores. Su agitación no se ocultaba á M. Godet, que cambiando de tono, prosiguió:

--Ya lo veis; haceis esfuerzos sobrehumanos, luchais por guardar un secreto que quiere escaparse.

La duquesa hizo un último esfuerzo,

--¡Bah!--dijo.

--Un secreto abrumador... una cosa grave, muy grave...

--¡Error!

--Bueno. Entonces--dijo el confidente, aparentando levantarse--¿porqué me habeis hecho perder mi pequeño paseo con Sultán?

--No, quedáos.

Godet se detuvo diciendo:

--Pero será con una condición... Ya os lo he dicho... teneis un secreto, estoy seguro, y un secreto encerrado es como una inflamación. Si revienta hacia dentro, produce la intoxicación, la muerte; hacia fuera es la salvación. Dejad que vuestro secreto salga afuera para curaros. Después de todo, ¿no soy yo un confidente mudo á quien podeis confiarlo todo? Sed, pues, franca y no tendreis por qué arrepentiros.

La señora de Maillepré se pasó la mano por la frente.

--Bien--dijo vivamente.--Teneis razón... Esa niña...

--¡Un poco de valor! ¡Vamos!

--No es hija de Susana...

--Acabad.

--Es mia,

II

Doble adulterio.

M. Godet daba muestras de verdadero despecho.

--¡Vuestra! ¡vuestra!--repetía elevando el tono á cada exclamación.--¡Y yo lo ignoraba! ¿Es posible?

--¡Es verdad!

--Pero, ¡entonces habeis jugado conmigo indignamente, me habeis engañado!

--Como á todos, amigo mio. Si hubiéseis sabido la verdad, me habríais despreciado, y yo coloco sobre todo el honor... ó al menos las apariencias.

--Vamos--dijo Godet tomando tres polvos de rapé para reponerse;--continúad. Será una historia curiosa.

La señora de Maillepré, toda sonrojada, dijo con voz debilitada por la emoción.

--Ya comprendéis, conociendo como conocéis el corazón humano, que me hallo muy turbada, pues voy á remover todos los dolores y la pasión de mi vida: no hablo de goces, porque no los he conocido en la época á que me refiero y además porque son muy amargos los placeres producidos por una falta. ¿Amábais á mi marido?

--¡Que si le amaba! ¡Pobre Juan! Si hubiese tenido que elegir entre los dos, me habría hallado muy perplejo y, ¡Dios sabe cuanto os admiro! Pero aquel hombre, todo corazón, generoso hasta la prodigalidad,

era uno de los más cumplidos caballeros. Las palabras de Godet despertaron en la duquesa los recuerdos del pasado. Sí, tenía razón; el duque era el foco luminoso que eclipsaba á todos los demás en su memoria. El, su esposo, había sido su verdadero, su único amor. Así lo dijo á M. Godet.

--Entonces--exclamó éste,--no comprendo vuestra falta; no me la explico de ninguna manera.

--Esperad. ¿No os hizo Juan nunca ninguna confianza?

--El duque conocía mi afecto hacia vos.

--¿No le habeis nunca oído hablar de una joven, empleada en un almacén?

--Tal vez--dijo M. Godet, como buscando en su memoria.--Me parece, en efecto...

--Una empleada del Bon....

--Justo.

--Poco importa cómo la conoció el duque. Juan concibió por ella una gran pasión. Algunas veces me hizo su elogio, pintándola como el fénix de estas señoritas de despacho, en términos que llegué á sospechar de su admiración y apelé á recursos de que todavía me avergüenzo. Ya os he dicho que yo no amaba á nadie mas que á él.

--¿Es decir que teníais celos?...

--Rabiosos. Me entregué á un indigno espionaje, pero sin hacer á nadie confidente de mis planes. Yo misma seguí al duque en sus correrías, espí todos sus pasos, de trás de él, oculta en un coche delante de las casas adonde iba, y en todas me informaba por los porteros; en fin, me resigné á todas las bajas á

que hay que descender en casos parecidos. Yo conocía vagamente á mi dichosa rival, por haberla visto de paso en el almacén, adonde mi marido me llevaba, y debo hacerle justicia: era una encantadora joven; el duque no exageraba sus méritos. Yo sentía una aversión creciente hacia aquella mujer, aversión que llegó á convertirse en odio violento y profundo. Algunas veces iba al almacén y para verla de cerca compraba algunos objetos. Muy pronto observé en su rostro señales de melancolía y me pareció que su salud se alteraba. Sabía dónde vivía, por haberla visto muchas veces entrar en su casa acompañada de mi marido. Llegó un día en que no salió, redoblé mi vigilancia, tanto más exquisita cuanto que mi marido apenas se hacía visible en casa y apenas me dirigía la palabra al encontrarse, por casualidad, conmigo. Se ausentaba desde por la mañana hasta la noche, con pretextos fútiles. Un día, guiada por no sé qué presentimiento, me detuve á la puerta de la casa de mi rival, y ví al poco rato llegar muchas jóvenes, en las que reconocí á algunas compañeras de la amante de Juan, y por ellas supe que la joven llamada María Magdalena Corbel, había muerto á consecuencia, según decían, de una fiebre. Volví á casa sintiendo transportes de verdadera alegría, que á despecho mio invadía mi ser... Ya veis que os muestro el fondo de mi alma. Hasta entonces no había dejado entrever á Juan ni una sola de mis sospechas, y ¡Dios sabe cuántos esfuerzos me costó esta reserva!... Estuvo ocho días sin parecer

por el hotel, escribiéndome una carta explicando su ausencia por la necesidad de ausentarse para servir á un amigo en un lance de honor. Cuando regresó no parecía el mismo. Solicitó de mí una entrevista muy ceremoniosamente, y al encontrarnos solos en mi habitación se arrojó á mis pies, diciéndome que me tenía que hacer penosas confesiones.

Me contó los pormenores de su conocimiento con la joven; la resistencia por parte de ella; sus relaciones, durante las cuales no consintió en recibir un céntimo, ni un regalo; su pena, al verse deshonrada y sin poder ocultar su estado; sus esfuerzos para disimularlo, alterando su salud, y la catástrofe final, á consecuencia de la cual había muerto al dar á luz una niña, que había sido inscrita en el registro como hija de padres desconocidos y con el nombre de su madre. El duque acabó pidiéndome perdón.

—¿Y se lo otorgasteis?

—No.

—¡Vos, tan generosa, tan buena!

—¡Oh! ¡No sabéis, amigo mío, lo que hay de feroz en el alma de una mujer humillada, exasperada por meses enteros, de oír mentiras, sobre todo cuando vienen del hombre á quien se ha entregado una por completo y corresponde con la traición. Durante mucho tiempo había devorado mi afrenta, despreciándome á mí misma por el vergonzoso espionaje á que me entregaba; me sentía envilecida por su culpa. Me suplicó inútilmente, invocó los sentimientos que me acabais de atribuir, nuestros recuerdos. Yo

le respondí que lo sabía todo y, mintiendo, le dije que el desprecio había matado mi amor.

Por espacio de algunas semanas reiteró sus súplicas; pero de lejos, enviándome cartas que guardo como preciosas reliquias y que suelo leer algunas veces.

Aquellas cartas quedaron sin contestación. Un día salí de mi habitación algo conmovida, inclinada á la piedad, propicia al perdón, cuando me dijeron que se había marchado sin llevar á su ayuda de cámara y sin decir adonde iba. A los dos días recibí una carta suya, fechada en Nantes, diciéndome que no pudiendo vivir á mi lado bajo el peso de una aversión cuya justicia reconocía, iba á buscar el olvido lejos. ¿Adónde? El mismo no lo sabía. Decía que en caso de un accidente me recomendaba á su hija, diciéndome donde estaba, y me hacía heredera de toda su fortuna, por un testamento en regla, afirmándome que cualesquiera que fuesen mis sentimientos hacia él, no dudaba de mi justicia ni de mi generosidad.

Por más esfuerzos que hice, no pudo averiguar su residencia, porque su nombre no figuraba en ningun registro. Debía viajar ó haberse embarcado con un nombre supuesto.

Estaba anonadada. En aquel tiempo estábais alejado de nosotros por vuestros asuntos y hasta creo que os entró la pasión de los viajes. A estar aquí, hubieseis comprendido fácilmente la causa de nuestras disensiones, y vuestra amistad nos hubiese reconciliado,

--Con gran dicha mía.

--Para engañar al mundo y ocultar nuestra separación, abandoné á París, pasando dos meses en Suiza, parte del invierno en Niza, viniendo á refugiarme por fin á este palacio, preferido por el duque, y en el que creía que le vería volver. Pero ni él, ni carta, ni noticia suya; nada llegó. Desde entonces no tuve más que un cuidado: el de engañar al mundo, sustraerme á sus murmuraciones y salvar el honor de nuestro nombre. Lo conseguí, puesto que vos mismo no habéis penetrado en las causas secretas de nuestra separación.

Llego ahora á lo más penoso de mi confidencia. Conocéis ya la falta de mi marido: ahora vais á conocer la mía. Mi huida, por que mi retirada á Maillepré era una verdadera fuga, tenía otro motivo diferente del primero. ¿Os acordáis de mi primo de Montevron?

--Ya lo creo. Un bestia á quien tomé ojeriza, porque no se veía más que á él en Maillepré. Su aire de conquistador, su bigote retorcido, sus maneras de Tenorio, me crispaban los nervios y más de una vez se me ocurrió la tontería de tirarle á la cara mi tabaquera cuando le veía junto á vos. ¡Pobre mozo! Me creía su amigo y era su rival, injustamente, duquesa, porque reconozco que no dejaba de tener su mérito. De modo que os hizo la corte, ¿no es eso?

--Es verdad.

--¿Inútilmente?--me inclino á creerlo así.

--Yo no le amaba. Soportaba sus asidui-

dades; pero nunca le dí esperanzas... al contrario, porque mi único amor era el de mi esposo.

--Enhorabuena. Pero ¿y la falta, duquesa, y la falta?

--Voy á ello. Una tarde de abril, llegó el conde cuando menos le esperaba. No sé como había podido conocer la causa de mis pesares, pero la conocía, citándome nombres de personas que estaban al corriente de todo. Habían visto al duque en Santiago en Buenos Aires, y se afirmaba que había roto conmigo, aunque la causa de nuestra separación quedó en el misterio. Recibí á Montevron y sus noticias con frialdad; pero en vez de calmarse redobló su audacia, interesando en el triunfo de sus pretensiones su amor propio. Llegó al fin de mi confesión, que me repugna; sois el único hombre que la escucha y no sé yo misma si en mi última hora, en ese instante en que se prescinde de toda vanidad, tendré el valor de hacerla á un sacerdote; tanto me humilla. Sola en Maillepré, tuve la idea de no recibir al conde, pero era mi pariente, amigo de la casa, y no encontraba pretexto... Además, la curiosidad femenina me inspiraba el deseo de tener un eco de París; en una palabra; yo no podía querer á Montevron con el amor que él sentía por mí.

En aquella época me sentía enferma de cuerpo y de espíritu, desmoralizada por la ruptura de una unión que me había proporcionado diez años de felicidad casi completa. Una templada tarde de primavera sa-

limos al parque después de comer, marchando Montevron delante de mí por la grande avenida de plátanos y lamentando mi soledad, me repetía con calor sus declaraciones y los juramentos de que tan prodigo era. Mientras yo le escuchaba sin interrumpirle en un estado febril que me paralizaba el cerebro, él profundizaba en las sangrientas llagas de mi corazón, me juró que yo era la sola mujer que se había apoderado de su voluntad; que renunciaba al matrimonio por mí, conservando una secreta esperanza de ser correspondido y me prodigó con la elocuencia de la pasión las frases que desde el principio del mundo hasta el fin han salido y saldrán de labios de los enamorados. Hasta entonces no me habían hecho mella: ¿por qué á la sombra de los árboles, entre los efluvios del bosque, en el silencio de esta soledad donde moría de tedio y de pena, removieron el fondo de mi alma? No intentaré explicároslo. Abandoné al conde arrebatándole toda esperanza; le aseguré que sus esfuerzos serían vanos, invoqué su honor, recordándole que era pariente y amigo de mi esposo, y le manifesté que para evitar semejantes escenas no volveríamos á vernos. Os juro que al decir esto, era sincera. El se inclinó; pero quizás había sorprendido mi turbación; tal vez á pesar mío, en la situación de espíritu en que me hallaba, mis palabras estuvieron desacordes con el acento de mi voz. Yo ocupaba en el palacio el mismo pabellón que ahora; Montevron tenía su habitación en el

otro extremo de la casa. A cosa de media noche, después de largo insomnio, empecé á dormitar cuando un ligero ruido me despertó, y vi á la temblorosa luz de la lamparilla un hombre de pie á la cabecera de mi lecho. Lancé un grito de terror, pero al mismo tiempo aquella visión murmuró á mi oído:

—Soy yo, no tengáis miedo.

Extendí el brazo hacia el cordón de la campanilla y Montevrón me detuvo con tanta fuerza, que me arrancó un grito de dolor, y sin darme tiempo á reponerme, me dijo: «Sereis mia; después me saltaré la tapa de los sesos. Os amo como un loco.» No sé lo que dijo después... Yo estaba loca... Temía un escándalo...

.....
 Cuando más tarde me ví sola, no me expliqué mi estúpida y vergonzosa debilidad; así es que si antes no amaba al conde, desde entonces le cobré aborrecimiento. Cuando al día siguiente se me presentó con la excusa en los labios, le signifiqué que todo había concluido entre nosotros, y que solo tenía títulos á mi aborrecimiento.

Aquel mismo día abandonó el Berry, pero no dejó de aburrirme con sus reiteradas súplicas. Todo fué inútil. No creía que me amase con la sinceridad que demostró después.

La señora de Maillepré lanzó un prolongado suspiro.

—He sido cruel con él,—prosiguió — co-

mo lo había sido con el duque. ¡Qué cosa tan extraña es el corazón humano! Maltratar á los que nos aman, ser rechazados ó vendidos por los que amamos! Tal es la ley de la vida.

Pasaron tres meses y hacía más de seis de la desaparición del duque y ya nadie ignoraba su ausencia. Los rumores de que me habló Montevrón se habían confirmado, y nuevos testimonios corroboraban que Juan había pasado por la India; un secretario de embajada escribió diciendo que había pasado un mes con el duque en el Japón. Todos mis amigos sabían que yo estaba sola en Maillepré y que mi marido viajaba.

—Ya habréis comprendido que la noche funesta de que os he hablado debía perderme: bien pronto no pude ya dudar de mi estado. Por entonces, el duque murió en Yeddo á consecuencia de una fiebre infecciosa. Esto me favoreció para aislarme, pretextando un dolor inconsolable, demasiado real ¡ay! y desaparecí á mi vez sin decir á nadie el punto de mi residencia. ¿No os acordais?

—Muy bien. Yo mismo me puse furioso contra vos. ¿En dónde estabais?

—En Suiza, y allí, sin que sepa cómo, me encontré al conde. Una mañana entró en mi habitación. Yo no estaba sola: cerca de mi lecho dormía una niña en su cuna. Pero ni la nodriza, que acababa de salir, ni Susana, mi doncella y mi única confidente, que había ido al pueblo por provisiones, estaban allí. Muy débil aun, yo casi no podía moverme. Me acordaré siempre de aquella escena.

Montevron me contempló largo rato, diciéndome después con acento de profunda tristeza:

—Por fin os hallo. ¿Es del mundo ó es de mí de quien huís, Blanca?

—De los dos.

—¿Me odiais?

—Profundamente.

—¿No me perdonaréis?

Yo cerré los ojos. Pensé en mi marido, muerto lejos de mí, y contesté con energía:

—Jamás.

La fisonomía del conde se contrajo, revelando el más agudo dolor. Volvió la cabeza, se inclinó sobre la cuna de mi hija y la contempló algunos instantes, quizás para ocultar su turbación. Y dirigiéndose luego á mí dijo, señalando á la cuna:

—Sin embargo, existe ese lazo que debería unirnos. Esta niña es tan mia como vuestra.

—Os engañais—repliqué con calma feroz, —esta niña no nos pertenece á ninguno de los dos: pertenece á Susana Carol, mi doncella, que por su adhesión á mí, acepta esta vergüenza. ¿Podía yo deshonrarme confesando una falta que no tiene ni siquiera la excusa del amor?

Eso es cruel.

La mujer herida en su corazón es implacable.

El conde retrocedió y se limpió el copioso sudor que le inundaba la frente.

—Entonces—dijo,—¿cómo se llama mi hija?

—Blanca Carol. Le he dado mi nombre de bautismo, porque seré su madrina: es todo cuanto haré por ella.

—¿Y por mí? —preguntó con voz suplicante.

—Por vos, nada.

—Sois implacable.

—¿Podiais esperar otra cosa?

—Que me permitiriais reparar el pasado...

—¿Casándonos?...

Sin duda leyó en mi rostro una resolución inquebrantable, porque balbució estas palabras con voz casi ininteligible:

—Pensaba que os aplacaríais y consentiríais en llevar mi nombre y en dárselo á nuestra hija.

—Y más tarde—repuse indignada,—no tendrá para mí más que desprecio. Sabrá que es hija de un adulterio, que su madre, la duquesa de Maillepré, no ha sabido, ni guardar la fé jurada, ni evitar una caída deshonrosa... No me conoceis. Prefiero envenenarme. Ignorais lo que he sufrido, y os equivocais por completo si creéis que pondré libremente mi mano en la del que me ha producido tantas torturas. Si yo aceptase... si os escuchase... ¿qué confianza tendríais vos mismo en mí?... No trateis de vencerme, porque estoy decidida. He faltado una vez, será la única, ó si caigo, nadie tendrá el derecho de reprochármelo. Soy libre... y conservaré mi libertad.

Se arrojó á mis pies, me suplicó en términos que me hubieran conmovido si hubiese

estado menos irritada por meses enteros de angustia, y comprendiendo que no conseguiría nada, se levantó presa de agitación febril.

—Si sois inflexible—dijo señalando á la cuna,—¿en qué parará élla?

—En lo que es, la hija de una criada... más dichosa que otras, puesto que velará sobre ella una secreta protección.

—¿No le daréis vuestro nombre?

—¿Podría hacerlo sin publicar mi debilidad?

—¿Y si yo le doy el mío?

—Eso sería deshonorarme por segunda vez. Parecía abatido, y traté de reanimarle.

—Sois joven—le dije con dulzura;—tenéis mil medios de olvidar, si verdaderamente me amáis tanto. Hay muchas mujeres puras que tendrán á dicha aceptar lo que yo rehusó. ¡Adiós!

—¡Adiós, pues!—dijo con voz sorda.

Se inclinó sobre la niña, que seguía durmiendo, preguntándome:

—¿Queréis permitirme que la abrace?

Sin esperar mi respuesta, rozó con sus labios la frente de la niña, tan suavemente, que no la despertó. Después cogió mi mano y la estrechó largo rato entre las suyas, acabando por llevarla á sus labios, interrogándome por última vez con la mirada.

Volví la cabeza y no respondí; pero escuché algunas frases confusas, entre las que distinguí una palabra siniestra: la de *muer-te*. En seguida desapareció sin volver la cabeza.

Esta fué nuestra última entrevista.

En el mes de agosto, cuando acababa yo de volver á París, los periódicos publicaron el relato que no habréis olvidado.

Montevrón era un intrépido pescador. En una excursión por mar en las costas de la Bretaña, donde tenía una hermosa posesión, su yacht fué á pique en un temporal. Sus marineros pudieron ganar la tierra y salvarse: él se ahogó.

Durante algunos días esperé una carta suya, que no llegó. El desgraciado, que en realidad se había suicidado, no me escribió por una delicadeza suprema, para evitarme el remordimiento, haciéndome creer que su fin era debido á un accidente.

Así se realizaron las confusas amenazas de su último adiós.

Al volver á Maillepré, me hallaba aflijida por un duelo profundo; viuda á los treinta años, perseguida por el recuerdo de dos hombres muertos por mí y encargada de dos niñas, hijas del adulterio: la una mia, la otra de mi marido, y si os he de ser franca, no sabía á cual de las dos odiar más; á la primera porque me recordaba la traición del único hombre á quien he amado, á la otra porque me recordaba mi debilidad. ¿Comprendéis?

M. Godet hizo un gesto que revelaba su embarazo y solo acertó á preguntar:

—¿Y después?

Su amor propio de hombre avisado y perspicaz recibió un rudo golpe, sintiéndose humillado por no haber adivinado nada de co-

sas tan graves como las ocurridas, por decirlo así ante sus ojos.

La duquesa concluyó su relato en pocas palabras.

—Ya sabeis por qué he vivido tanto tiempo completamente alejada del mundo, sin iniciar á nadie en mis secretos. Nadie conoce la causa de mi aislamiento y mi reputación ha quedado intacta, por que el duque y Montevrou han sido igualmente discretos, pudiendo pasar veinte años respetada y aún más, amada por mi bondad, mi fidelidad á los recuerdos y mi adhesión á un esposo á quien no he dejado de llevar luto, y por mi caridad con todos los infortunios. Sin embargo, existen dos causas de perpetua tristeza para mí, de dolores cada vez más vivos.

—¿La primera?...—interrogó Mr. Godet.

—Procede de mi hija, á quien por orgullo he ocultado la verdad y apenas si he cumplido con ella los deberes que me impone la naturaleza. Durante ocho años ha vivido entre aldeanos, y después, encerrada en una pensión de París, solo ha recibido las visitas de la mujer que creía su madre, y durante las vacaciones vive como extraña en su propia casa. Os he dicho—continuó la duquesa levantándose,—que solo podía odiarla por las penas de que ha sido causa; pero una madre no puede detestar á su hija. No me descubriré, porque mi orgullo es más poderoso que mi ternura, pero solo Dios sabe lo que me cuesta.

—Esto por lo que hace á mi hija. Por lo

que á la otra se refiere sufro más aun,—dijo la duquesa con aire sombrío.—Me acosan los remordimientos. Mi marido me la recomendó al morir, tuvo confianza en mí, pues por mucho que fuese mi odio hacia una rival, no podía suponer que yo tuviese la crueldad de abandonar á su hija. Si desde el otro mundo se ve lo que aquí sucede, Juan debe maldecirme.

—¿Pues qué habéis hecho?

—He cometido un crimen.

—¿Vos? No lo creeré aunque me lo digáis cien veces.

—Haréis mal. Impulsada por mi resentimiento, hice educar á la hija del duque, á la inocente María Magdalena, como si fuese una pobre, cuando su padre había dejado millones. En su juventud ha vivido abandonada, mientras mi hija al menos sabía que tenía una madre, alguien que velaba por ella, y un refugio abierto. Cuando acabó la educación de María Magdalena, una mano desconocida le envió una miserable suma y quedó entregada á sus propias fuerzas en la edad en que sus compañeras volvían al seno de sus familias.

—¿Hicisteis eso?—murmuró M. Godet.

—Sí.

—Tenéis razón; eso es un crimen.

—¿Acaso lo ignoro?—exclamó la duquesa.—Mi conciencia me lo reprocha sin cesar. Pero ¿qué queréis? ¿No era casi legítima mi aversión hacia ella? Sin ella y sin su madre, nuestra existencia hubiese sido envidiable, y Juan estaría hoy á mi lado.

—Ella es inocente.

La señora de Maillepré bajó la cabeza, murmurando:

—Demasiado lo sé.

—¿En dónde se halla?

—Estaba como institutriz con una familia de la aristocracia rusa. Pero después de la guerra, ha sido imposible saber su paradero.

—¿La habéis buscado?

Por todas partes. Acosada por mis remordimientos, procuré reparar el daño que le había causado. Le escribí, diciéndole que aceptaba una misión de justicia para con ella y que podía venir, ofreciéndole mi protección; dirigí la carta al conde Breskou, en cuya casa ha pasado muchos años, rogándole la hiciese llegar á ella.

—¿Y después?

—En mayo supe que había venido á Francia para alistarse en las ambulancias como enfermera. Se la ha visto en el ejército del Este; pero en Besanzon se perdieron sus huellas. Se cree que volvió á París en busca de trabajo.

—¿Sabéis si recibió vuestra carta?

—Lo ignoro.

—¿Y si viniese?

—La conservaría á mi lado. A mi edad se desvanecen todos los rencores. Me parece que mi hija no será nunca dichosa si soy implacable con la de Juan. Procuraré, si viene, endulzar su existencia, en compensación de las amarguras que ha devorado. Vos me ayudaréis...

—Con toda el alma.

—Ya lo sabéis todo. ¿Verdad que soy muy culpable?

El viejo se mordió los labios.

—Ya sabéis—dijo—cuánto os quiero; puedo, pues, hablar sinceramente. Sí, tenéis que reparar una gran injusticia, porque habéis sido muy cruel...

Y cogiendo las manos de su amiga, añadió:

—Si viene esa desgraciada niña, yo os ayudaré.

—¡Decidme que no me despreciáis!—murmuró la duquesa con voz suplicante.

—¡Despreciaros! ¿Por qué? Hasta ahora os miraba como un ser perfecto, superior, impecable. Ahora veo que sois una mujer como cualquiera otra, con los defectos y las pasiones humanas, y os prefiero así.

Y como viese aparecer una lágrima en los grandes ojos de la duquesa, la atrajo hacia sí y besándola paternalmente en la frente añadió suspirando:

—¡Ah! ¡Cómo os amaría si no fuese ridículo á mi edad!... ¡Qué bien comprendo á los que tanto os han amado!... ¡Pobre mujer!

La duquesa se alejó sin decir más, y el anciano la vió ocultarse entre las sombras del bosque, donde pensaba encontrar á su hija.

Cinco minutos después, el confidente de Blanca vió venir una mujer que no pertenecía á la servidumbre de la casa por la larga avenida que desde el camino de Bourges conducía á la verja del palacio.

M. Godet se entregó á toda suerte de conjeturas sobre la desconocida que se acercaba á paso lento, como si viniese á pesar suyo.

Bajo la influencia de las revelaciones que acababa de hacerle la duquesa, le asaltó de pronto una idea:

—Ella es.

Ella significaba para él la joven abandonada, causa principal de los remordimientos de Blanca; la hija de Juan de Maillepré y de la desdichada á quien sedujo; la María Magdalena, tan cruelmente tratada; la institutriz de los hijos del conde Breskou, la enfermera de las ambulancias francesas, la que la señora de Maillepré desesperaba de encontrar.

El viejo entró en el vestíbulo, tomó un anteojo y lo dirigió hacia la extranjera, pudiendo observar que era una joven como de veinte años, de una gracia y distinción perfectas, y en cuyo semblante se retrataba la angustia. A la vez creyó observar que las lágrimas salían en abundancia de sus enrojecidos ojos.

¿Quién sería esta desconocida?

El tenía ya su idea; pero sus presentimientos le podían engañar. Era necesario adquirir la certidumbre.

III

Engaño

M. Godet se puso un viejo sombrero de paja, cogió una gran sombrilla japonesa, bajó la gradería del pórtico, y ejecutando,

como hábil estratégico, un movimiento envolvente, llegó, atravesando el bosque, al sitio en donde la desconocida, sentada, parecía entregarse á hondas meditaciones. Al mirarla de cerca, el viejo la encontró adorable. Nosotros la conocemos: era Margarita Souvray, pero abatida y melancólica como nunca. Todo en ella acusaba el desfallecimiento y la desesperación.

Cuanto más la miraba M. Godet, más se confirmaba en su primera idea. Para él no había duda: aquella joven era María Magdalena, tal como él la había imaginado; hasta llegó á encontrar muchas semejanzas entre la fisonomía de la joven y la del duque Juan de Maillepré.

Dirigiose resueltamente hacia la joven, que al ser advertida de la presencia de alguien por el ruido de las hojas que aplastaba con su pie el anciano, siguió andando hacia el palacio, pero se detuvo confusa en presencia de aquel desconocido.

M. Godet le dijo con voz afectuosa:

—¿A dónde vais, hija mía? ¿Os causo miedo acaso?

—No por cierto, señor.

—Entonces volved á sentaros y hablemos.

—Escuchadme—le dijo,—y tened desde luego confianza en mí, confianza absoluta.

¿Sabéis en dónde estáis?

—En casa de la duquesa de Maillepré.

—Sois esperada en ella.

—¿Yo?

—Sí, con impaciencia y desde hace tiem-

po. Hay aquí gran deseo de veros, de proporcionaros una vida agradable. Habéis sufrido mucho, hija mía.

—¡Es verdad!

—Pero el mal tiempo ha pasado. Aquí encontraréis una verdadera familia. ¿No conocéis á la duquesa?

La joven indicó que nó con un movimiento de cabeza.

—¿Os ha escrito?—volvió á preguntar el anciano.

—Tengo su carta—dijo ella.

Tal vez iba á añadir algo; pero M. Godet la detuvo.

—Esperad, hija mía: adivino lo que vais á decirme; pero conozco vuestra historia mejor que vos misma y tengo por vos gran interés, por razones que ignorais, y que probablemente sabréis más tarde. Levantémonos. La duquesa se pasea por el parque y puede presentarse de improviso, lo cual me contrariaría, porque quiero serviros de guía en este terreno desconocido para vos.

—En efecto.

—No temais nada. Me llamo M. Godet; tengo setenta y cinco años y soy amigo de todo cuanto se relaciona con Maillepré, una especie de parásito, pero no gravoso. Por lo mismo, me hallaréis siempre dispuesto á serviros del mejor grado. Tengo para ello mis razones, como os he dicho. ¿Queda convenido?

—Sí, señor.

—Perfectamente; ahora hablemos de los demás. El carácter de la duquesa es muy

complejo... Imponente de lejos, dura á veces para los que atacan su amor propio, es en el fondo de una bondad á toda prueba. Su amistad es segura; su indulgencia extrema: lo demás lo apreciaréis con el tiempo. Lo importante es ganarse su voluntad. Ella y yo somos las principales autoridades aquí. A mí me habéis conquistado para vuestra causa. Ahora hablemos de las influencias subalternas. Por de contado, no hay más que dos. Susana Carol, doncella de la duquesa, dotada con todas las cualidades de su empleo, y muy amiga de su señora, es modelo de honradez.

M. Godet miró fijamente á su protegida y añadió:

—Sin embargo, ha cometido una falta para el mundo. Comprendedme bien, y más tarde pensad en lo que os digo. De esta falta ha resultado una hija, que es de la que me falta que hablar. Prestadme toda vuestra atención.

—Sí, señor.

—Esta joven está aquí. Es próximamente de vuestra edad, y seguramente viviréis con ella, que tiene veinte años, salud delicada, espíritu inquieto y nervios excitables. Se llama Blanca, nombre de la duquesa, que es su madrina, y Carol, apellido de la doncella, que es su madre ante el mundo. Es la primera vez que os veo, y, sin embargo, hago traición á un secreto importante, para evitar cualquier desavenencia, que tendría para vos los más graves resultados. Esta joven no es la hija de Susana Carol... tiene más

alto origen... Suponedla hija de una señora del gran mundo, íntima de la duquesa... muerta hace tiempo, y que la recomendó á su amiga... Evitad todo rozamiento; sed para ella una hermana, una consejera. ¿Lo queréis?

—Sí, señor.

—Los otros habitantes del palacio no valen la pena de mencionarlos... Justina Savart, la segunda doncella, una morenita ligera de cascos, con el diablo en el cuerpo; los cocheros, los jardineros, los porteros, los cocineros... poco á poco los iréis conociendo. Se parecen á todos los bípedos de la creación; ni más ni menos... ¡Ah! olvidaba uno, sobre el que debo deciros dos palabras: Pedro de Meillant, el conde Pedro de Meillant, un original que tiene vocación de monje; veintinueve años, sobrino de la duquesa, que le adora en el fondo y riñe sin cesar con él á causa de sus estrambóticas ideas. Sueña con la felicidad del hombre; detesta el mundo, es médico, casi abogado, y quiere hacerse cura: todo esto con ciento cincuenta mil francos de renta por lo menos; un palacio á dos leguas de aquí, Meillant, y sin parientes. Su madre, una santa mujer, murió hace cuatro años, y desde entonces él viaja: se le espera de un día á otro. Se espera también á unos primos, los Lignerés...

Margarita se sobresaltó.

—¿Cómo decís?

—Los Lignerés, madre é hijo. Este fué herido sirviendo en el ejército del Este, y en el invierno pasado acabó su convalecen-

cia en Metz, donde estaba prisionero: deben llegar de un momento á otro.

Mr. Godet se levantó con gran ligereza, á pesar de sus setenta y cinco años.

—A fe mía—dijo—me siento rejuvenecido. Espero que ahora, gracias á vos, tendremos alguna alegría en la casa. ¡Vamos, valor, hija mía! ¡Olvidad el pasado y mirad al porvenir, que será hermoso, creedlo!

—¡Dios lo quiera!—murmuró temblando.

—¿Y vuestro equipaje?

—En Bourges.

—¿Por qué le habéis dejado allí?

—Ignoraba como se me recibiría en esta casa...

—¡Ah! ¿No tenéis fe?

—¡He sido tan desgraciada!—dijo sin poder contener las lágrimas.

Mr. Godet, enternecido, le cogió las manos y las estrechó con fuerza.

—Comprendo vuestros temores—le dijo; —pero dejadme guiaros: fiad en mí, y no tendréis que arrepentiros.

Comenzaron á andar, y al dar la vuelta á uno de los paseos trasversales, se encontraron delante de una mujer que paseaba en sentido opuesto.

Era la duquesa de Maillepré, que no había podido encontrar á su hija en el laberinto del parque.

—Blanca—dijo el anciano en tono solemne,—he aquí la joven que esperabais.

—¿María Magdalena? ¿Sois vos María Magdalena?

Su acento era casi duro.

En presencia de la desconocida, la señora de Maillepré se sorprendió, y sus resentimientos se reavivaron; pero su bondad natural los ahogó por última vez.

Margarita Souvray vaciló un segundo, porque aquel grito la aterró: tuvo miedo de ser rechazada de aquel asilo.

Pero la duquesa extendió los brazos hacia ella, y la desgraciada se arrojó sobre ellos. La señora de Maillepré sintió su mano humedecida por una ardiente lágrima.

IV

Desaliento.

Margarita Souvray acababa de mentir, porque mentir es engañar, y lo mismo se puede engañar hablando que con el silencio. Ella, tan leal y tan recta, acababa de caer en la superchería, haciéndose pasar por otra, ocupando el lugar de una muerta en una familia que le abría los brazos sin desconfianza. Ella, que era el honor mismo, acababa de cometer una falta grave, casi un crimen.

Pero es necesario decirlo todo: si alguna vez puede excusarse la mentira, es en casos como aquel en que la explicación estaba al lado de la falta.

La infortunada acudía á Maillepré como su último refugio: si éste se le cerraba, no había salvación para ella.

Por espacio de dos meses soportó las más terribles humillaciones que pueden llevar la desesperación al alma de una mujer. Des-

pues de su convalecencia, encontróse de nuevo en la situación de que intentó huir afrontando la muerte en los hospitales y en los campos de batalla.

No le quedaba más que un recurso: el de acudir á la benevolencia de la duquesa de Maillepré con la carta que su compañera de la ambulancia, muerta en Chappelle-aux-Ifs, le había dejado como un talisman.

Pero su natural orgullo, el temor de ser rechazada, la hicieron desistir de utilizar este recurso, puesto que de la duquesa solo podía esperar una limosna, que no hubiera aceptado de ningun modo, ó un empleo que la reduciría al rango de criada.

—¡Ah!—decía—¡si yo fuese María Magdalena!

Cuando salió de Bensanzón, poseedora de algunos centenares de francos, restos del billete de mil francos, que su verdugo el asesino de su padre, el ladrón de su fortuna, le había arrojado al salir de San Lázaro como el socorro que se dá á los presos al ponerlos en libertad; conservando las cartas y los recuerdos de su compañera, resolvióse á hacer una última tentativa, creyendo que su enemigo habría sucumbido con el régimen que lo sostenía; que la sangre y los incendios habrían purificado el pasado y que no correría ningún peligro volviendo á su casa de París para procurarse un medio de vida sin deber nada á nadie.

La casualidad, que tan importante papel desempeña en la vida, vino en ayuda de su propósito, poniéndola en relación durante el

merosa de encontrar en ella aquellos hombres que habían ido á buscarla.

Al llegar á la puerta, Margarita tembló al reconocer en un hombre que se paseaba por la acera, á Pablo Bordier, que corriendo alencuentro de la joven, le dijo sonriendo:

—¡Dichoso hallazgo! Ya estamos otra vez en París. Perfectamente; pero hay que llenar ciertas formalidades y aquí estamos nosotros para que no se olvide.

Diciendo esto sacó del bolsillo una orden concebida así:

«La nombrada Margarita Souvray se presentará hoy, á las tres en punto, en el despacho núm. 16. De no hacerlo, se la obligará por la fuerza.»

Presa de un temblor nervioso, preguntó la joven con alterada voz:

—¿Para qué se me llama?

—Yo no sé lo que quieren allí de vos. No seais inocente. No puedo vender los secretos de la policía, mas á una joven tan graciosa como vos, siempre es lícito decirle que cuenta con el favor de un jefe... He cumplido mi misión—agregó haciendo una pirueta.—No dejéis de acudir... y no temáis nada... no os comerán... Hasta la vista.

Y le volvió la espalda.

Margarita, pensativa, roja de vergüenza, entró en su casa y se desplomó sobre una silla.

Una verdadera fatalidad se ensañaba con ella.

Inmaculada, irreprochable, pura como el

lirio, símbolo de la virginidad, había sido arrojada al fango, confundida con lo más vil, tratada como las más despreciables criaturas, ¿debía en vista de todo, desesperar de la justicia de Dios lo mismo que de la de los hombres?

Pasaba el tiempo: había recibido una orden y era preciso obedecer. Revistióse de valor y á los tres minutos entraba en una sala donde esperaban una docena de pretendientes.

Al verla un portero se le acercó, preguntándole en voz baja:

—¿La señorita Souvray?

—Sí, señor.

Entonces el portero le indicó un sitio próximo á la puerta del despacho inmediato, y le dijo:

—Esperad allí. El señor secretario general está ocupado, pero en cuanto despache os recibirá.

Margarita balbuceó:

—¿El secretario general?

—Sin duda. Quiere veros.

—Yo no le conozco.

El portero sonrió.

—Es extraño, porque él parece que os conoce bien.

—¿Cómo se llama?

—Mr. de Serigné.

V

Viento en popa

Era él. Mr. Roland Beroult de Serigné no había zozobrado con el régimen al que lo debía todo.

Su prefecto, el conde de Magny, se había retirado dignamente en el primer instante, muriendo poco después, de un ataque de apoplejía.

Roland Beroult se había asido enérgicamente y sobrenadó triunfante sobre las ruinas del destruido edificio, arrojando al agua todo el lastre de sus amistades antiguas.

Gracias al conocimiento del complicado mecanismo que tenía á su cargo, temible además por los secretos que poseía, los vencedores le conservaron y le halagaron; de modo que Margarita Souvray le volvía á ver más poderoso que nunca y más rico, por haber aprovechado los desastres del país para hacer buenas jugadas de Bolsa.

El asesino del Fresne, el ladrón de la fortuna de Souvray, marchaba viento en popa. Tenía á su servicio al antiguo ayuda de cámara del conde de Magny, Bruno, que al morir su amo, ofreció sus servicios á Roland Beroult de Serigné, y se dispuso á seguirle paso á paso en su carrera, á semejanza del inglés que seguía por todas partes al domador esperando verle algún día devorado por sus leones, como sucedió. Mr. de Serigné aceptó en seguida, lisongeado

do por la preferencia de que fué objeto y satisfecho por tener á su servicio un mozo tan listo, en lo que hizo mal, porque Bruno desempeñaba el papel de la serpiente acogida en el seno que quería morder.

En el instante en que Margarita entraba en la prefectura, Mr. de Serigné conversaba en su despacho con un hombre alto y seco, calvo y de bastante edad.

—¿No tenéis nada que decirme, Michelot?—preguntó el secretario.

—No, señor.

—Bien, os podéis retirar. Tengo que hacer.

Michelot no se movió. Su rostro revelaba gran inquietud; el del secretario general, por el contrario, aparecía radiante.

—Vamos—dijo con el tono bondadoso que puede emplearse con una persona de quien se necesita,—¿os váis á eternizar ahí? ¿Qué esperáis?

—A fé mía,—dijo Michelot—creo que de vez en cuando bien podéis anticiparme alguna cantidad á cuenta de los cincuenta mil francos convenidos. No os molestaria si no tuviese enferma á mi mujer, porque yo tengo pocas necesidades. Sed justo. El negocio está muy adelantado y vos sois el que se aprovechará... Cinco millones por lo menos... y además la señorita...

—Preferiría la fortuna sin ella,—dijo cínicamente el secretario general.

—Eso es imposible.

Mr. de Serigné sacó cinco billetes de cien francos y los enseñó á Michelot, pero antes de entregárselos, le dijo:

—Entendámonos bien. No necesitáis exagerar el servicio que me prestáis y que os recompensaré con largueza, según lo convenido. La casualidad me ha enterado de un secreto, que es el siguiente: En una pensión de Neuilly, cuya directora es muy amiga mía, se educaba una joven llamada Blanca Carol, hija de Susana Carol, doncella de la duquesa de Maillepré. Vuestro principal, el notario M. Champier, iba de vez en cuando á saber noticias de ella. Nos chocó mucho que la hija de una criada se educase con tanto esmero, y que M. Champier se interesara tanto por esta joven, á la que he visto algunas veces en el colegio, llegando á conquistar su amistad. Ahora bien; yo sabía, como lo sabía todo París, que por la época del nacimiento de Blanca, el duque de Maillepré murió en el extranjero, en circunstancias muy especiales; que, por otro lado, el marqués Huberto de Montevrón cortejaba asiduamente á la duquesa. Algunos papeles llegados á mi poder, casualmente, no me han dejado duda acerca de este particular. En una correspondencia reservada entre el marqués de Montevron y su notario M. Champier, vuestro principal, sustraída hábilmente de la casa de campo del notario, el marqués de Montevron expresaba su propósito de legar á esta joven toda su fortuna, que le sería entregada al casarse ó al ser mayor de edad. Esta fortuna la administra M. Champier. Vos me habéis facilitado las pruebas de esta donación y las cuentas de la fortuna de Montevron.,.,

—Que es muy grande.

—Exacto.

—Además, casi puede asegurarse que Blanca Carol es hija de la duquesa. El negocio será soberbio para quien se case con ella, y ese seréis vos.

—No está aún firmado el contrato.

Michelot dirigió á los billetes una mirada ansiosa.

—Lo estará—afirmó.

—M. Roland de Serigné sacó de su bolsillo una carta, y agitándola con cierta vanidad, dijo:

—Ya comprenderéis, querido, que si he trabajado tanto por aclarar esta oscura intriga, no ha sido para ceder á otro lo que podía tomar fácilmente. Puedo, pues, aseguraros los cincuenta mil francos que os ofrecí por olvidar vuestros deberes profesionales.

El rostro del curial se enrojeció.

—Los tendréis—prosiguió su corruptor.

—Esta carta es de la joven, con la que estoy en las mejores relaciones, y de aquí á poco... ¿Comprendéis?... Una pobre muchacha, descontenta de su suerte, humillada muchas veces por sus compañeras, creyéndose pobre, está á merced del primer farsante, dispuesto á representar con ella el sainete del amor y del desinterés. Yo me encuentro en las condiciones deseadas: rico, en elevada posición... puse sitio á esta plaza, que sólo deseaba rendirse. La asedié con apasionadas cartas, contando con la complicidad de la directora, que me entregaba á su discípula

atada de piés y manos; la consolé en sus amarguras, le hablé con apasionamiento, y ella creyó que la amaba por su persona, y que al casarme con ella me sacrificaba por su felicidad, ofreciéndole las perspectivas de un porvenir inesperado. En ese estado se halla el asunto: creo que es hacer bastante en dos meses. Hace pocos días que Blanca ha vuelto al Berry, y ya me ha trasmitido el correo las manifestaciones de su pesar por nuestra separación y sus juramentos de eterno amor. Aquí están consignados extensamente...

M. de Serigné agitó triunfalmente la carta, añadiendo:

—Y firmadas por Blanca Carol. Blanca, mi querido Michelot, es el nombre de la duquesa de Maillepré. ¿Comprendéis?

—Sí, comprendo, comprendo.

—¡Tendréis, pues, vuestros cincuenta mil francos, desconfiado! Los tendréis, á menos de que no ocurra un cataclismo, que me perjudicaría á mí más que á vos.

—¿Y estos?—preguntó timidamente, señalando los cinco billetes.

—Tomadlos y divertios mientras duren. ¿Estáis contento?

—Sí, señor.

—¿Y tranquilo?

—Sí, señor.

—Marchaos, pues.

Michelot se dirigió á la puerta apretando sobre su pecho los billetes con la ternura de los coleccionadores de objetos raros, y al llegar al dintel se volvió para dirigir un

saludo á Mr. Serigné, que le detuvo con un gesto para decirle:

—Si sabéis algo nuevo, no dejéis de avisarme; confío en vos. Y si tenéis algún apuro, no vaciléis en acudir á mi, amigo mio.

Michelot salió encantado.

Apenas franqueó la puerta, cambió el semblante del secretario general.

El asunto que iba á tratar entonces era menos fácil.

Levantóse y dió algunos paseos por el despacho para preparar su exordio: después oprimió el botón de un timbre eléctrico.

Inmediatamente se presentó el portero que tan cortesmente recibiera á Margarita Souvray.

—¿Está ahí?—preguntó el secretario.

—Sí, señor.

—¿Quién hay además?

—Ocho ó diez personas.

—Citadlas para mañana. Hoy no recibo más que á ella.

El portero se inclinó.

—Hacedla entrar.

Margarita estaba prevenida. Sabia que iba á ver al hombre que causaba sus desgracias, y procuró conservar su sangre fría, dominando los sentimientos que agitaban su alma.

Pero los nervios de la mujer vibran á la primera emoción como las hojas del árbol al menor soplo.

Al ver á Roland Beroult, se detuvo temblando como si entrase en una jaula de fieras.

El secretario general, seguro de su superioridad, dijo sonriendo, mientras aproximaba un sillón á su mesa:

—Acercaos.

VI

El ultimatum.

La víctima y el verdugo se contemplaron un instante, agitados por sentimientos contrarios: el secretario general, con la conciencia de su fuerza, revelaba una ironía altanera mezclada con el despecho producido por la resistencia á sus deseos, despidiendo sus ojos los relámpagos de una pasión reconcentrada; Margarita, inquieta, henchido de odio su corazón, preguntábase hasta donde llegaría la audacia de aquel malhechor, dueño de un poder de que abusaba tan cínicamente.

El fué quien rompió el silencio, expresándose con voz imperiosa.

—¿No esperabais volverme á ver, es cierto? ¿Creeríais quizá, y no sin alguna razón, que habia naufragado como todo lo demás? Os habéis equivocado. Todavía estoy en pie, más fuerte que antes, y es necesario contar conmigo. ¿Habíais abandonado á París?

—En efecto—respondió Margarita con voz ahogada.

—¿Adónde fuistéis?

—Muy lejos. Con las ambulancias,

—¡Y para qué!

—Para hacerme matar—respondió la joven sencillamente.

—¿Y no lo habéis conseguido?

—Ya veis que no.

—¿Lo sentiréis quizá?

—Mucho.

Roland cambió de tono.

—Sentaos—dijo á la joven, que permanecía en pie delante de él.—Os engañáis acerca de mis sentimientos hacia vos, que no son los que creéis.

—¿No podremos entendernos nunca?—prosiguió después que la joven tomó asiento, y dando á su voz tono de súplica. Os llamo para ofreceros otra vez la paz que rechazáis... Ya os lo he dicho, soy ambicioso... corro tras la fortuna... quiero el poder... Me lo censurasteis bastante en aquel inolvidable día en que, seguro de vuestro desastre, os pedí vuestra mano. Hubiera renunciado á todo por obtenerla. No quisisteis, y volví á París disgustado, herido en el alma, no tardando en saber los rumores propalados por vos ó por causa vuestra, acusándome de vuestra ruina. Seré franco, porque soy bastante poderoso para no tener miedo á la verdad, y os la diré. El despecho que me produjo vuestra negativa, se cambió en furor; pero en furor frío, capaz de calcular. No era ya solamente mi amor lo que se interesaba en aquella lucha, sino mi ambición, mi porvenir, todo cuanto me quedaba habiéndoos perdido. ¿Qué hubieseis hecho en mi lugar? Yo no vacilé; quiero deciroslo todo para que me conozcáis á fondo y sepáis

lo que vale el odio ó la amistad de un hombre como yo.

Al decir esto hizo una pausa. Margarita le escuchaba inmóvil, mirando al suelo.

—Llegasteis á ser un peligro para mí —continuó él,— un obstáculo levantado en mi camino; quise destruir de un sólo golpe el obstáculo y domar á la mujer desdeñosa, y me puedo vanagloriar de haberlo conseguido. Ya no os temo, porque estáis condenada á ocultaros, á huir de la luz, á buscar las tinieblas. Habéis creído escapar á mi acción, y os habéis engañado. Os he seguido á todas partes, y podría citaros los sitios adonde ibais, lo que haciais, y, si quisiera, hasta vuestros pensamientos. En este momento estáis desesperada, sin saber adonde volver los ojos, fluctuando entre la vida que os es insoportable, y la muerte, que os espanta. ¿No es verdad?

—Sí.

Roland se aproximó á la joven casi con ternura. Ella se horrorizó; pero no hizo un movimiento para retirarse.

—En el estado en que os hallais—continuó diciendo,—consideraríais como un salvador al hombre que os ofreciera sustraeros al oprobio inmerecido que pesa sobre vos, á la miseria, de que no podéis triunfar por vuestro sólo esfuerzo; tomaros bajo su protección y devolveros la libertad y la dicha perdidas. Y no dudaríais en pagar todo esto con vuestro amor, sin retroceder ante este sacrificio...

Margarita abrió los labios, y haciendo un

esfuerzo, no dijo más que estas palabras:

—¡Tal vez!

—¿Aceptaríais hoy lo que antes habéis rechazado?

—Es posible. ¿Adónde queréis ir á parar?

—A esto. Os amo más que nunca; la suerte, que os ha arrebatado vuestra fortuna, ha duplicado la mía; todo me favorece, y seré el más dichoso de los hombres si queréis. En este instante no tengo más que un deseo: sacaros del abismo en que os he arrojado; devolveros más de lo que habéis perdido, siguiendo mi carrera con la secreta alegría de poseer el bien supremo, sin el que los demás no son nada, el amor: y entre todos los amores, el que más me atrae, el vuestro. He aquí lo que habéis rechazado y lo que os ofrezco todavía.

—¿Y si yo no lo quiero?

—Podéis formar idea del porvenir por el pasado.

Margarita bajó la cabeza para ocultar el relámpago que brilló en sus ojos.

—Si aceptais —siguió diciendo él,— será la paz, el porvenir asegurado, la alianza secreta de dos pensamientos y de dos almas, la unión en el misterio y la confianza en el amor, sin otro lazo que nuestra voluntad. Yo aseguraré vuestra dicha y vos me dejaréis satisfacer mis ambiciones... Si no aceptais, será la guerra sin cuartel entre nosotros.

Seré sincero hasta el fin; nada de reservas entre nosotros. Quiero ser rico, poderoso, y lo seré. Existe una joven que no sabe nada

de su origen ni de su riqueza presente ni futura. Me casaré con ella, pero... puedo decirlo todo, su salud está muy quebrantada y es probable que viva poco, y en tal caso no habré enagenado mi libertad más que para conseguirla y disponer de ella cediendo á la atracción que siento hacia vos. Pero que viva ó que no viva, ¿qué puede importaros, por otra parte? Sabéis que no es ella á quien deseo, que reinareis sola sobre el amante cuyo nombre será de otra mientras que su corazón os pertenecerá por completo. ¿Qué preocupaciones pueden aun existir en vuestro ánimo?

Si conociéseis el mundo tan bien como yo lo conozco, sabríais que muchos siguen ese camino, que muchos poderosos tienen en un rincón de este inmenso París el paraíso que les hace olvidar el infierno del hogar creado por el interés; que se perdona todo á los que todo lo pueden, porque poseen lo que yo persigo ávidamente, lo que quiero y lo que tendré, es decir, el dinero, un nombre temido, y el poder, que asegura la impunidad.

Margarita le escuchaba sin que su rostro revelase la emoción que la embargaba.

Había puesto una de sus manos en un bronce colocado sobre la mesa: Roland se apoderó de ella y la joven no la retiró, paralizada por la osada declaración que acababa de oír.

Por otra parte, conocía la necesidad de disimular, porque las amenazas del secretario la aterraban, haciéndole entrever de

nuevo el Depósito, el interrogatorio, el juez inicuo, las puertas de la inmunda prisión de San Lázaro cerradas detrás de ella...

Quería emplear la astucia, pero no pudo dominar un estremecimiento de cólera al oír la voz del secretario general murmurar á su oído como el innoble Laffemas de *Marrion Delorme*:

—¿Queréis?... ¿quiéres?...

Se contuvo, haciendo un gran esfuerzo, y dijo:

—Dejadme reflexionar.

—¿Tanto trabajo os cuesta?

—¡He sufrido tanto por vuestra causa!

—Yo os haré olvidar el pasado.

—¿Podréis conseguirlo?

—Ya lo vereis.

—Concededme lo que os pido.

—¿Un plazo?

—Sí.

—¿Largo?

—De algunos días.

—¿Cuántos?

—Dos... ¿Es mucho?

—Corriente. ¿Pero puedo esperar?

Margarita suspiró sin responder.

—¿Dónde os veré? — preguntó él de nuevo?

—Aquí.

—Bien. El sábado, á la misma hora.

—Sea.

—Pero no tratáis de huir.

—¿Cómo podría hacerlo sin dinero y sin amigos?

La joven se levantó y Roland, cogiéndola

de la mano, la condujo hasta una puerta oculta donde empezaba una escalera que daba á la calle.

Cuando la puerta se cerró, el secretario lanzó un grito de triunfo.

—¡Al fin!—exclamó.—Esto es un hecho. Es verdaderamente adorable esta pobre Margarita, y soy un favorecido de la suerte... El amor con ella... la fortuna con Blanca Carol. Al menos, una vez dueño de ella, no la temeré, no turbará más mis sueños; las noticias de la Turena me tendrán sin cuidado. ¡Victoria en toda la línea!

Volvió á la mesa y sacó de un cajón secreto una carta, que á juzgar por las apariencias no debía de ser de fecha reciente, y leyó con aire displicente y desdenguado:

«Querido Roland:

»¡Cuánto os agradezco que robéis algunos instantes á vuestras ocupaciones para ocuparos de una humilde colegiala como yo!... Sin cesar me acuerdo de vos, como el más tierno, el mejor y el más indulgente de los amigos, y os estoy muy reconocida por el interés que demostráis á una pobre niña sin padre, y casi sin madre; porque vos, que conocéis mis más escondidos pensamientos, no ignoráis las dudas que me asaltan sobre el misterio impenetrable de mi nacimiento, causa de mis tristezas, de mi mal humor, y quizás de la pérdida de mi salud.

»Desde que vinisteis, todo ha cambiado para mí. Mi vida tiene ya un objeto: agra-

daros y amaros. ¿Os acordáis de nuestra primera entrevista, bajo los árboles del pequeño jardín de Neuilly, en que nuestros corazones se entendieron, más con el lenguaje de los ojos que con palabras? Desde entonces habéis venido alguna que otra vez, y no he tenido secretos para vos, porque mi alma os pertenece, y mi mayor deseo, mi única ambición es perteneceros siempre.

»Es una locura lo que digo; pero me ahogo en esta soledad y mi única dicha es hablaros como al confidente más tierno, enseñándoos el fondo de mi alma.

»Si esto es una debilidad, amigo mio, como lo temo, no hagais que me arrepienta de ella.

»Vuestra por siempre,

BLANCA CAROL.»

Roland dobló la carta, mientras se dibujaba en sus labios una sonrisa de compasión.

—¡Credulidad! — murmuraba — ¡ilusión! ¡Amarla yo! Vamos... ¡Ah! ¡Si fuese la otra, Margarita Souvray... ¡Qué mujer!...

Y repitió lo que había dicho al verla salir:

—En fin, esto está arreglado.

Margarita se dirigió á su casa con la idea fija de huir de París para sustraerse á la persecución de aquel miserable, cuyo recuerdo le espantaba. Pero, ¿á quien recurrir? ¿Cómo vivir?

Entonces fué cuando pensó de nuevo en la duquesa de Maillepré, de la que solo sa-

bía que durante la guerra se había retirado á su posesión del Berry, y que era ya su única esperanza.

Tomada su resolución, subió al triste cuarto en donde su hermana Luisa exhaló el último suspiro, recogió apresuradamente algunos recuerdos de su padre, de su hermana, de María Magdalena, de todos los que había amado, el poco dinero que le quedaba y salió aprovechando un instante en que la portera estaba ausente.

Subió en el primer coche que pasó, después de haberse asegurado de que no la vigilaba nadie, y se hizo conducir á la estación de Orleans.

A día siguiente llegó á Bourges, donde el nombre de la duquesa iba rodeado siempre que se preguntaba por ella de elogios y bendiciones.

Un coche que llevaba la dirección del palacio, la condujo hasta allí, dejándola en la puerta, que atravesó temblando, conociendo que iba á decidirse su destino. A medida que avanzaba aproximándose al imponente edificio que se extendía hasta el término de la gran avenida, el temor y la emoción iban en aumento hasta el punto de embargarle las fuerzas, obligándola á sentarse casi desfallecida en un banco en el momento en que Mr. Godet la vió desde la terraza.

Ya sabemos lo que sucedió después.

VII

Señorita de compañía.

Al día siguiente de su llegada á Maillepré, á las diez de la mañana, Margarita daba la última mano á su tocado en la habitación que se le había destinado en el piso principal. Con su sencillo vestido de luto parecía una obrera curiosa y casi elegante; bien es verdad que toda su distinción y sus gracias estaban en su persona y no en los afeites.

Había pasado la noche entregada por completo á sus meditaciones, y estaba dominada por un sentimiento de temor, sin atreverse á salir de su gabinete, mezclándose con los huéspedes de aquella casa, donde no era más que una extraña, censurándose la mentira á la que debió tan benévolo recibimiento.

La duquesa no le había pedido explicaciones de ningún género, ni le había exigido nada, limitándose, al serle presentada por Mr. Godet, á estrecharle las manos con visible emoción, retirándose inmediatamente á pretexto de una indisposición repentina, aunque leve.

Pero ya había dado sus órdenes, y ateniéndose á ellas, Susana Carol instaló á la supuesta María Magdalena en un gabinete inmediato al de Blanca, poniendo á su disposición cuanto una joven puede necesitar y enseñándole las costumbres de la casa.

Parecióle á Margarita que había sido trasportada á otro mundo, á un verdadero paraíso, si comparaba aquello con el infierno de que se había fugado. Apoyada en el balcón, respiraba con delicia; pero temía que se desvaneciese aquel bienestar, no exento de remordimientos.

Efectivamente; hubiera querido poder vivir siempre en aquella mansión, colocada en medio de una naturaleza grandiosa, tranquila y reposada, en la que el alma más combatida debía hallar la calma; pero se decía que todo aquello lo había conseguido gracias á una supercheria, lamentándose de no haber desengañado á aquel anciano que la confundió con otra, con aquella á quien se esperaba hacía tiempo y que no debía llegar nunca. Pero el temor de ser arrojada de aquel refugio, en donde podía, al fin, hallar su reposo, la había contenido, pensando al mismo tiempo que no causaba perjuicio á nadie haciéndose pasar por María Magdalena. Después de todo, ¿no suplicaba esta misma á la duquesa que hiciese por su amiga lo que hubiese de hacer por ella? ¿No le había ayudado la Providencia misma, representada por el excelente M. Godet?

Ella no había hecho más que abandonarse á su destino, como el bajel sin brújula y sin timón se entrega al viento y á las olas.

Ella era María Magdalena y seguiría siéndolo, no con la esperanza de obtener una fortuna que no ambicionaba, sino para poder vivir en paz, segura, desconocida y olvidada.

En estas reflexiones la sorprendió Susana Carol, que iba á rogarle de parte de la duquesa que se presentase á ella.

Margarita, sintiendo que su corazón latía apresuradamente, y conociendo que había llegado el momento decisivo, siguió á Susana.

Después de atravesar largos corredores de elevados techos, y en cuyas paredes desnudas se destacaban á trechos algunos cuadros antiguos, penetraron en un inmenso salón, iluminado por una viva claridad.

—Si la señorita se sirve entrar—dijo Susana, abriendo una puerta,—encontrará á la duquesa en su habitación.

Y desapareció.

Margarita se detuvo, contemplando los preciosos y ricos muebles de aquella suntuosa estancia, cuando oyó en la habitación próxima una voz que decía:

—¿Sois vos, María Magdalena?

—Sí, señora—balbuceó la joven.

—Entrad. ¿Qué esperais?

Avanzó algunos pasos y distinguió en un gabinete tan grande como la sala á la duquesa de Maillepré, sentada delante de una de esas admirables mesas del tiempo de Luis XV, que los ebanistas de nuestros tiempos se contentan con imitar.

La señora de Maillepré tenía la nobleza retratada en el rostro, pero de ordinario, su actitud era imponente. Cuando Margarita le fué presentada por M. Godet, la hija del coronel experimentó una impresión de respeto y casi de temor. Ahora, por el contra-

rio, se sentía atraída por la duquesa, cuyo semblante respiraba afectuosa compasión.

Menos turbada, pudo observar que los ojos de la señora de Maillepré se fijaban en un retrato colocado precisamente en frente de la mesa ante la cual estaba sentada, y le pedía gracia ó consejo. Aquel retrato era el de un hombre en todo el vigor de la vida, de aspecto aristocrático y en traje de cazador: el duque Juan de Maillepré.

La duquesa paseó varias veces sus miradas desde el retrato á la joven, y haciéndole una señal con la mano, le dijo con emocionada voz:

—Aquí, aquí, más cerca... ¿Qué tal os encontráis aquí, hija mía?

—Muy bien, señora, muy bien.

—Habeis tardado en venir. ¿Hace mucho tiempo que recibisteis mi carta?

—Bastante, señora.

—¿Por qué no habeis contestado?

—Me sorprendió... agradecía tanto interés... por mí, pero ignoraba la causa...

Vaciló algunos instantes y la duquesa la miró fijamente.

—¿Y después?—preguntó.

—Temía no ser digna...

—¿Por qué?

—En todas partes he sido considerada como una extraña... ¿Y qué soy para vos? Una extraña como para los demás.

La duquesa palideció. Margarita Souvray, la fingida María Magdalena había dicho esto con una tristeza profunda, desesperada.

La duquesa la miró más detenidamente,

leyendo en su gracioso rostro un desaliento sin límites, un sufrimiento punzante, todos los dolores de su juventud, y su piedad se aumentó por aquella desgracia de que se consideraba causante.

—Sin duda—dijo dulcificando cada vez más su voz—pero puedo tener motivos serios para ocuparme de vos, para conservaros aquí, para devolveros, si no una familia, cariño y hogar, poniéndoos al abrigo de las eventualidades del porvenir. ¿Lo deseais así?

—¡Oh! señora...

—Si yo os lo rogase, ¿consentiriais en vivir á mi lado?

—Eso sería demasiada ventura.

—¿Me tendríais algún cariño, alguna gratitud si yo os dijese: «esta casa es la vuestra, quiero que en ella seais dichosa, que encontréis en ella la paz, el reposo, la seguridad»?

Margarita Souvray juntó las manos, murmurando:

—Os daría mi vida por tanta bondad.

Y al decir esto, hizo ademán de arrodillarse.

La duquesa la detuvo, diciéndole mientras la acercaba hacia sí:

—Para aceptar tan resueltamente lo que os propongo, habeis debido sufrir mucho, ¿es verdad?

—Mucho, en efecto.

—Sin embargo, no os ha faltado nada.

—Me han faltado cariño y protección. El mundo es implacable con las abandonadas. No miremos hacia atrás, os lo suplico...

En realidad Margarita estaba en un suplicio.

Le repugnaba la senda que había tomado porque su alma leal rechazaba la mentira, pero una mentira conduce á otra, y después de aceptar el nombre que el viejo M. Godet le había dado, no podía retroceder.

Su corazón se rebelaba contra aquella farsa por la cual ocupaba el sitio de otra, usurpando también los beneficios y las bondades de que hubiera sido objeto en la hospitalaria morada. Quizás iba á descubrir su secreto, cuando la duquesa, al verla tan turbada, le dijo:

—Vamos, no os atormentéis. Aquí queremos vuestra dicha. Habéis conquistado á mi viejo amigo M. Godet, cosa que es un poco difícil, y conquistaréis también á los demás sin duda alguna. Ahora para ponerlos al corriente de todo, os explicaré cómo entiendo nuestras relaciones. Tendréis aquí, pobre niña, una posición que trataré de dulcificar todo lo posible. Necesito una lectora, una señorita de compañía, en una palabra: ¿queréis servirme?

El rostro de Margarita se iluminó de pronto y la duquesa pudo leer en sus húmedos ojos una verdadera explosión de gratitud.

—¿Qué más podía yo desear?—murmuró.

—La tarea será fácil—continuó diciendo la señora de Maillepré.—Todo el mundo vive en paz á mi lado. La felicidad de los dueños nace, en gran parte, de la de sus servidores; tal es mi opinión. Tendréis siempre

vuestra habitación cerca de las mías. ¿Os gusta la vuestra?

—Seguramente.

—Hablemos de vuestro salario. Os daré mil quinientos francos para empezar. Si es poco, ya veremos....

—Es demasiado, señora.

—No seáis tan modesta. Para lo relativo á vuestro ajuar, os entenderéis con Susana, que tiene mis instrucciones, y os dará cuanto queráis. Gozaréis de toda libertad... Bien entendido que comeréis en mi mesa... Os prevengo que tengo un carácter tenaz; así es que me ocupo poco ó nada de las gentes ni de sus etiquetas. No tendréis que recibir órdenes de nadie mas que de mí, solamente de mí. Respecto del mundo, haced lo que yo; no os ocupéis de él. Yo, casi he roto con él desde hace tiempo; desde la muerte de mi marido. Es aquel—dijo, señalando al retrato.—Miradlo bien... Se llamaba Juan; era el mejor y el más noble de los hombres... Y, basta por hoy—dijo, después de un suspiro.—Poco á poco iré poniéndoos al corriente de lo que debais saber.

—Desde luego—añadió de pronto, como recordando algo que se le olvidaba—he de hablaros de una cosa... Podeis prestarme un gran servicio.

—¿Yo, señora?

—Sí. Tengo otra protegida, una niña que está á mi lado desde la infancia... ¿Qué queréis?... no he tenido hijos y siento una necesidad de amar á alguien... Esta joven se llama Blanca Carol, hija de una mujer que

me es adicta en cuerpo y alma, Susana Caról... Hija de un extravío de la juventud...; pero hay faltas excusables, y en este número se cuenta la de Susana, á la que no quiero menos... ó á la que quizás quiero más por eso mismo, porque ha llevado hasta el heroísmo su amor por esta niña. Blanca es nerviosa, inquieta, enfermiza, descontenta, quizás, de su suerte y con aspiraciones poco en armonía con su origen, nacidas, seguramente de su educación... ¡y yo soy quien se la he dado!... Prometedme—añadió como quien suplica—ser para ella una amiga, una consejera, un apoyo, una hermana....

—Sí, señora.

Una lágrima asomó á los ojos de la duquesa.

—No sabéis cuanto os lo agradeceré.

La duquesa se levantó.

—Ahora, dijo—estais las dos bajo mi protección.—No temais nada: vuestro porvenir está asegurado.

Margarita se apoderó de la hermosa mano de la señora de Maillepré y la besó.

Diez minutos más tarde, Mr. Godet entraba á ver á su amiga y la encontró radiante.

—¡Ah!—le dijo la duquesa—¡qué niña tan encantadora!

—¿Estais contenta?

—Más que contenta.

—Entonces se realiza lo que yo pensaba ayer.

—¿Qué pensabais, amigo mío?

—Que toda buena acción lleva en si misma la recompensa, y que María Magdalena

es la felicidad que viene á vuestra casa.

La duquesa no contestó, pero dirigió una tierna mirada al retrato de su marido.

VIII

A falta de una... otra.

Algunas horas después, Margarita paseaba sola por las arboledas del parque, pensando en su conversación con la señora de Maillepré.

La joven se consolaba diciéndose que podía aceptar sin remordimientos la modesta posición que la duquesa le ofrecía, en cuyo servicio pondría todo su cuidado, ya que no hacía con ello daño á nadie: por primera vez descendía la paz á su alma atribulada.

En aquel instante se desarrollaba en París una escena bien diferente.

Roland Beroult de Serigné se paseaba á lo largo de su gabinete presa de gran preocupación.

Había pasado la hora en que debía presentarse Margarita, pero él la esperaba aun, y esperándola reflexionaba que iba á tocar el fin de aquella lucha tan penosa, triunfando de la víctima tan infamemente torturada por su salvaje ferocidad.

Y en esa hora del triunfo, en el instante en que su victima se le sometía, vibrando sus nervios de cólera, herido profundamente su corazón, pensaba él que le debía una reparación y que se la daría cumplida, comprometiendo á proporcionar una existen-

cia dulce á quien le debía horas tan tristes, que se esforzaria en hacérselas olvidar.

Acariciando estos proyectos, consultaba el reloj, que señalaba lentamente el tiempo que pasaba sin que Margarita apareciese.

El secretario general sentia los primeros sacudimientos de la impaciencia, cuando se abrió la puerta del despacho y entró el portero.

—¿Qué hay?—preguntó tranquilizándose.—¿Una señora?

—No, señor.

—No recibo hoy.

—Pero...

—No admito observaciones. Salid.

El portero insistió.

—Es un señor que dice que cuando vea su tarjeta el señor secretario general, dará orden para que sea introducido.

—¡Ah!

—Esta es.

Roland Beroult tomó la tarjeta, y cuando leyó el nombre que contenia, cambió de actitud.

—Hacedle entrar.

Enseguida salió al encuentro del visitante.

—¡Querido Mr. Giraud! ¡Cuánto gusto de veros!

Era efectivamente Mr. Giraud, el juez de paz de Serigné, que acababa de ser nombrado juez del tribunal de Saumur, y se consideraba en condiciones de subir muy alto en poco tiempo.

—¿Vos en París?

—Es natural. He sido nombrado ayer y hoy debía venir á demostraros mi gratitud. ¡Ah! Sois hombre de palabra.

—Aun falta lo mejor—dijo el secretario.

—Así lo espero,—contestó Mr. Giraud, como si se tratase de una cosa muy natural.

—Entretanto—añadió—aprovecho mi viaje para daros noticias del país.

No eran ciertamente muy favorables; el juez de paz lo dijo francamente. Se continuaba hablando de las jóvenes Souvray, sobre todo de la muerte miserable de la menor en París, que era muy lamentada, recordando sus bondades con todo el mundo.

Peschard recorría la ciudad y las granjas propalando astutamente rumores perjudiciales y aparentando saber cosas enormes, haciendo alusiones muy transparentes á los Beroult, sin que hubiese manera de reducirlo al silencio.

El mismo juez de paz lo habia llamado á su casa y le habia reprendido severamente, amenazándole con un proceso; pero el viejo se echó á reir, diciendo:

—No temo nada, señor, porque los calabozos no se han hecho para los hombres honrados y se sabe muy bien que yo no he robado á nadie.

Añadiendo en tono de mofa:

—¿Será por ventura el señor Beroult quien se haya quejado?

Este Peschard era una lengua viperina; pero qué hacer? Cuando por casualidad le veía Brígida, que apenas salía y estaba hecha un esqueleto, daba grandes rodeos para

no encontrarlo frente á frente y huía de él como del cólera.

El juez de paz, al hacerse eco de estas novedades, estaba á la vez jocosos y compasivo, y no parecía sino que amparaba al secretario general con su protección.

En el fondo, se hacía cargo de la situación, aspirando á sacar de ella el mejor partido posible.

Así, sin descubrirse demasiado, dejaba entender á su joven amigo que sabía mucho, adivinando lo que ignoraba, y que entre los dos, Roland era el obligado.

Por lo demás, no ocultaba su alegría por el nombramiento, alegría turbada únicamente por la idea de que su cara mitad no encuadraba muy bien en el marco de grandezas con que él soñaba.

—¡Ah!—pensaba muchas veces.—¡Si tuviese por mujer á la hermosa Margarita Souvray!

De pronto, siguiendo el curso de sus ideas, preguntó por el paradero de la huérfana.

—No sé—dijo Roland Beroult con afectada indiferencia.

—¿Lo ignoráis, siendo vuestra misión saberlo todo?

—Pues lo ignoro—repitió el joven levantándose.

El juez de paz hizo como que no entendía la advertencia y continuó arrellanado en su sillón.

Y observando que Roland miraba al reloj, dijo:

—Verdaderamente, querido amigo, os veo impaciente. Si os incomodo, decidlo con franqueza.

—No me molestais. Es que espero una visita.

—Entonces estoy de más aquí.

—De ningun modo...

El acento desmentía las palabras de Roland.

Mr. Giraud se levantó.

—¡Ah, libertino!—dijo con familiaridad.

—Ya caigo... Alguna niña...

—Quizás.

—Vaya, tranquilizaos, os dejo; pero tendría curiosidad por verla.

—Imposible.

Mr. Giraud tomó su sombrero y se retiró lentamente esperando que se abriese la puerta y apareciese en ella la dama misteriosa; pero se equivocó en sus cálculos: la puerta solo se abrió para darle paso.

Al quedarse solo Roland, dió libre curso á sus inquietudes primero y después á su cólera.

Había pasado hacía tiempo la hora convenida y presintió que había sido engañado al recordar ciertos gestos y miradas de Margarita y lo que había vacilado antes de consentir en volver. ¿Cómo la dejó escapar teniéndola en sus manos?

A medida que pasaba el tiempo, se desvanecían sus dudas. Margarita había debido decidirse á conitnuar la lucha y esquivar huyendo el compromiso de cumplir una promesa arrancada violentamente.

Rolanú se acusaba de no haber tomado las precauciones más sencillas y de haberla librado de su vigilancia. Entónces su irritación llegó al furor.

A las nueve de la noche envió á su fiel Bordier á enterarse.

A las diez volvía para decir á Roland Beroult que la joven había desaparecido hacía cuarenta y ocho horas de su casa, según los informes del portero, y que registrada la habitación no se encontró rastro alguno de su itinerario.

—Es preciso encontrar á esa joven: lo quiero. ¿Podréis conseguirlo?

—Lo procuraré...

—Se pagará espléndidamente. Cincuenta luises si me decís en dónde se halla, muerta ó viva.

El secretario general sacó quince luises de su caja y los entregó al agente, que se guardó lentamente el dinero y salió.

Roland Beroult no tardó en seguirle. Su decepción había sido enorme. Por espacio de algunos días estuvo casi loco. Todas las tardes, Bordier, con la cabeza baja, iba al despacho de su jefe como un perro que corre inútilmente el monte durante todo el día. Al cabo de tres semanas, Bordier se declaró vencido; todos sus esfuerzos, todas sus tretas, todas sus averiguaciones habían sido inútiles. Margarita no parecía por ninguna parte. A su juicio, la desgraciada joven había debido suicidarse; el Sena guardaba, de seguro, su cadáver en sus más ocultos fondos.

Con esta horrible información, el secretario recobró en parte su tranquilidad. Sin duda, era un desastre para su amor, pero una vez muerta, ni ella sería de otro, ni tenía por qué temerla. Esto era ya un éxito.

Si no tenía la amante carnal, le quedaba otra, á la que podía ligarse libremente: la fortuna, que se le aparecía personificada en Blanca Carol.

Una tarde escribió esta carta:

«Mi bien querido:

»No podría vivir mucho tiempo sin vos. Escribidme, os lo ruego, y decidme el medio de que podamos hablar nada más que un instante. Una sola palabra, y estaré á vuestro lado. Mi pensamiento vuela hacia esos sitios, llevándoos mil besos. Os ama.

»R. DE S.»

Encerró esta carta en un sobre, metió éste en otro, y escribió esta dirección:

«Señorita Justina Savart, doncella en el palacio de Maillepré. Bourges (Cher.)»

IX

Días de calma.

Justina Savart era una criada de treinta años escasos, morena, vivaracha y complaciente, de ojos vivos y de modales desenvueltos, casi fogosos, de boca pequeña y manos bien cuidadas, que se había dejado tentar

más de una vez por el diablo, y que era, á su vez, capaz de tentar á cualquiera.

Nacida en una granja de Maillepré, se distinguió desde sus primeros años por lo gentil de su figura. La duquesa la tomó á su servicio al cumplir los quince años para elevarla gradualmente al rango de segunda camarista, bajo la férula de la fria y severa Susana Carol; así vinieron á juntarse dos naturalezas tan distintas como el agua y el fuego.

Susana Carol no quería á Justina; más de una vez había dicho á su ama que aquella muchacha era una loca y una casquivana, que le proporcionaría muchos disgustos, lo cual no dejaba de ser exacto. ¡Pero era tan triste Maillepré! ¡Y Justina era tan alegre, tan ocurrente y tan graciosa! Justina completaba, pues, el parque de Maillepré, y por esta razón la duquesa había tenido que perdonarle más de una escapatoria, conservándola á su lado como conservaba los corpulentos árboles, cuyo ruido le era grato, y como las flores de sus jardines. Verdad es que la duquesa ignoraba muchas cosas que hubieran seguramente despertado su cólera, porque Justina era maestra en el arte del disimulo. Poseyendo todas las condiciones apreciables de los graciosos de comedia, Justina tenía también todos los defectos, ó por mejor decir, los vicios de aquellos. Además había tenido la desgracia de tropezar en su camino con un genio maléfico: este angel malo era M. Roland Beroult de Serigné.

Quando este descubrió el secreto de la ig-

norada fortuna de Blanca Carol, tuvo necesidad de un auxiliar ó de un cómplice para realizar sus planes, cómplice que no era difícil de hallar.

Justina era la encargada de acompañar á Blanca cuando iba á pasar algunas horas en Maillepré.

Al verla Beroult, conoció el partido que podía sacar de ella y le costó poco trabajo convertirla en su aliada, representando ante ella la comedia del amor, cuidando de advertir que era rico, obstinado en sus empresas y dispuesto á pagar á cualquier precio la ayuda que se le prestase.

Hacia tiempo que Justina olfateaba un misterio en el origen de Blanca, y si no hubiera sido por el respeto que le inspiraba la duquesa, habría pensado que entre la madrina y la presunta madre de la joven estaban invertidos los papeles; porque la severa y glacial Susana era tan inaccesible á la seducción, así fuese por el hombre más hermoso, como capaz de todos los sacrificios, incluso el de su honor, por ayudar á su dueña á salir de un mal paso. Quizás esto contribuyó en parte á facilitar su inteligencia con Roland Beroult, mediante una prima pactada previamente, en caso de éxito; es decir, de matrimonio. Por su causa, pues, se cernía una nube, invisible todavía, en aquel horizonte sereno y hermoso de Maillepré, transformado desde la llegada de Margarita Souvray.

Al día siguiente de aquel en que Roland Beroult había dirigido una carta á Blanca

Carol por conducto de Justina, M. Godet encontró, al terminar su paseo matinal, á la duquesa de Maillepré, que había rejuvenecido diez años lo menos.

M. Godet la examinó, admirado, de pies á cabeza.

—No necesito preguntar por vuestra salud—dijo,—al veros fresca como la aurora, radiante como el sol de mayo. Teneis la felicidad desde el día en que vino María Magdalena..

—Es verdad.

—¿Sois dichosa ahora?

—Casi dichosa.

El rostro de Godet expresó una satisfacción profunda.

—No podéis comprender—dijo—el placer que me proporcionais, por dos razones.

—¿La primera?

—Porque soy vuestro amigo.

—¿La otra?

—Porque se realizan mis previsiones. María Magdalena es una hada en la casa. Ya ha conquistado á todo el mundo, hasta á Blanca.

—Tenéis razón, y sin embargo, me admira que esa pobre joven tenga momentos de mortal tristeza.

—Eso no tiene nada de extraordinario. No se opera una metamorfosis en veinticuatro horas. Después de una juventud difícil, se encuentra bien acogida, objeto de atenciones y cuidados que han debido faltarle; pero esto no es una razón para que esté riéndose á carcajadas ó bailando á todas horas.

Yo, por mi parte, la encuentro cien veces mejor con su gracia melancólica y su grave dulzura: es la expresión que mejor cuadra á su belleza.

—¿Es graciosa, verdad?

—¿Cómo graciosa?—gritó entusiasmado Mr. Godet.—Si yo tuviera cuarenta años menos, depositaria á sus pies mi fortuna, mi nombre y mi vida. Decid, adorable, duquesa, hechicera... Un sueño.

En aquel instante dibujóse en el extremo de la avenida una silueta abultada, confusa en aquel momento, que subía la escalinata del parque. Conforme se aproximaba iba tomando formas precisas, y pronto se pudo distinguir una blusa azul, y un kepis con cintas rojas.

Era el cartero. Al aproximarse al banco, llevó la mano á la visera haciendo un saludo militar, abrió su baliya y sacando algunos periódicos y cartas los entregó á la duquesa, que le dijo con familiaridad:

—Buenos días, Miraud; hace mucho calor, amigo mío, id á que os den para refrescar.

Miraud se limpió el sudor de la frente con la mano y no se hizo rogar. Cada oficio tiene sus gages: el de cartero es rudo; pero es raro que no tengan todos una silla á la lumbré y su cubierto en la mesa en dos ó tres buenas casas. Maillepré era la mejor etapa del buen Miraud.

Momentos después de saludar á la duquesa estaba instalado en la cocina, al lado de Justina Savart, á la que cortejaba con promesa de matrimonio, porque le convenían la

graciosa muchacha y sus ahorros, los ahorros más que la muchacha. Los mozos de la cuadra y los marmitones de Maillepré se burlaban del pobre diablo; pero en el fondo nadie conocía los sentimientos de Justina. Esta perseguía un fin, y cualquiera que fuese, aquella mañana hablaba con Miraud como si hubiese querido positivamente volverle loco. Le asediaba con miradas homicidas, dejándole disfrutar de sus privilegios de pretendiente en el ejercicio de sus funciones, permitiéndole besarla en las mejillas.

—¿No hay cartas hoy?—dijo la criada á su problemático futuro.

—Sí.

—Dámelas.

Miraud sacó de la balija la carta de Roland, exclamando:

—¡Vaya un endiablado oficio que tengo, Justina.

—¿Por qué?

—Porque...

—¡Trae esa carta, imbécil!

Miraud sonrió como un tonto.

—Ya te he dicho que quiero ser obedecida.

—Eso es lo que hago—dijo el cartero, humilde como todos los pretendientes.—Sin embargo, estas cartas vienen de París, y son quizás cartas de amor.

—¿No te he dicho ya que no son para mí?

—¿Para quién son entonces?

—Para alguien que debe hacer un buen matrimonio—dijo ella bajando la voz,—gra-

cias á esta correspondencia. Es todo lo que sabréis, y, por tanto, basta de cuestiones. ¿No es así?

Justina suavizó esta orden con una caricia, y al ver que empezaban á entrar los marmitones en la cocina, guardó la carta en su bolsillo.

Miraud se bebió un gran vaso de vino para prepararse á hacer el resto de su carrera, y salió.

Entre tanto, la duquesa repasaba en el parque su correo.

—Mirad—dijo á M. Godet;—todas las felicidades á un tiempo.

—¿Qué felicidades?—preguntó el viejo, engolfado en la lectura de un periódico.

—Lignerés está ya curado...

—Tanto mejor.

—Y viene.

—¿Solo?

—No, con su madre.

—¡Ah! Tanto peor—dijo M. Godet, volviendo á su lectura.

Pero la duquesa no le dejó.

—Nunca habéis simpatizado con mi prima de Lignerés—le dijo.

—Desde luego—añadió el viejo.—Siempre ha sido fea... Grande, huesosa, seca de cuerpo y de carácter; maldiciente, afectando ridícula severidad y un desprecio profundo para todo lo que no es de su clase, y, por fin, un respeto extravagante á las convenciones y reglas del honor, según el Evangelio del barrio de San Germán...

—Exagerais, amigo mío,

- Nada absolutamente, ya lo sabéis.
 —Sea; os la abandono; pero su hijo...
 —El hijo sería perfecto si estuviese menos apegado á su madre, si fuese más hombre en su presencia...
 —Es valiente...
 —No digo lo contrario.
 —Se portó admirablemente en la guerra.
 —Sin duda; pero no fué el único.
 —Su herida fué de las más graves.
 —Espero que no nos mortificarán los oídos á toda hora con esa noticia.
 —Es probable.
 —No; es seguro... Conozco á la marquesa.
 ¿Van á estar aquí mucho tiempo?
 —Hasta el otoño.
 —Mucho es... ¿Los Lignerés son parientes vuestros?
 —Primos segundos.
 —Se les recibirá bien... Pero la marquesa me ataca los nervios. Me recuerda á un viejo obispo que conocí. No sé por qué, cuando la veo, me entran ganas de pedirle la bendición...
 —Pero—añadió interrumpiéndose,—¿no hablabáis de otra noticia?
 —En efecto, leed—dijo la duquesa mostrándole una carta.
 —¡Hombre! es de Pedro.
 —Del mismo.
 —De nuestro buen sobrino,—dijo monsieur Godet, poniéndose los quevedos.

«Mi querida tía:
 «Os escribo desde Alejandría. Llegaré á

Marsella casi al mismo tiempo que esta carta y á Maillepré algunos días después; y escuso decir la dicha que me proporcionará el volver á veros. Esperemos que el fin de este año sea menos triste que sus comienzos, señalados para mí por dos grandes pesares, la pérdida de mi madre, vuestra hermana, que tanto os quería, y la malhadada guerra conque se ha visto afijido nuestro país.

»Siguiendo vuestros consejos y los de Mr. Godet, he viajado para desvanecer mis ideas de reclusión; pero estas no me han abandonado. Vuelvo, por consiguiente, indeciso, como partí. Esperaré hasta octubre para adoptar una resolución definitiva...; pero puedo deciros, á riesgo de causaros profunda pena, que ya casi la tengo tomada en mi espíritu.

»Quiero retirarme del mundo, porque no le amo y me encuentro mal en él. ¿Qué queréis? Esto puede más que yo. Por los demás, ya hablaremos á mi vuelta.

»Os agradecería que diérais una vuelta por Meillant, lo que os servirá de paseo, á fin de ver si se han seguido mis instrucciones y está todo en buen orden.

»Hasta bien pronto, mi querida y buena tía. Permitidme abrazaros con ternura filial y decid á nuestro buen amigo que también le abrazo.»

El viejo se interrumpió.

—¡Cómo querría yo á la mujer que se hiciera amar de él, arrancándole esas deplorables ideas!

Después de decir esto, acabó la lectura de

la carta, que terminaba expresando afectuosos recuerdos para Blanca y para todos, firmando:

«Vuestro sobrino,

PEDRO DE MEILLANT.»

Mr. Godet arrugó la carta despechado, diciendo:

—Ya lo veis... Siempre el mismo.

La duquesa alzó los ojos al cielo.

—¡Siempre!—murmuró.—La guerra causó mucha impresión en su ánimo, y la muerte de su madre le abrumó. Temo que su resolución sea irrevocable.

—Será preciso que yo intente convencerlo—dijo M. Godet.—Cuando una persona se llama conde de Meillant y es sobrino de la duquesa de Maillepré, y tiene cincuenta mil libras de renta, me parece que está obligado á algo más que á enterrarse en un agujero para catequizar á los naturales de Berry ó á los salvajes de París. Meillant y Maillepré son dos nombres gloriosos y me exaspera el pensar que puede extinguirse la raza con este estrambótico Pedro. Por consiguiente, todavía no se ha dicho la última palabra sobre este asunto.

—¡Dios os escúche!—murmuró la duquesa poco convencida.

—Me entenderá si no es sordo.

Godet tenía su idea y decía para sí:

—Conozco á alguien que podía triunfar de él mejor que yo.

Y la imagen de María Magdalena se pre-

sentaba á su espíritu junto á la de Pedro de Meillant.

Cambiando bruscamente el curso de sus ideas preguntó:

—¿A qué hora llega la imponente señora de Lignerés con su querido hijo?

La duquesa no tuvo necesidad de responder, porque en aquel instante se escuchó ruido de cascabeles hacia el camino de Bourges.

X

Caprichos del amor y de la suerte.

A las once de la mañana, dos jóvenes se dirigían al palacio, siguiendo las orillas del Cher. La más joven, que iba materialmente cargada de flores silvestres, dijo á su compañera.

—Vamós á llegar tarde para el almuerzo y la duquesa es muy impaciente.

La mayor sonrió y apretó el paso. Era Margarita Souvray.

Blanca no tenía ya el aire sombrío y trágico de antes, y departía amistosamente con Margarita, hacia la que en un principio sintió envidiosa desconfianza, desvanecida enteramente por la gracia melancólica de Margarita.

No habían llegado aún á esa intimidad que abre los corazones para dar salida á los secretos más íntimos; pero se había salvado el paso más difícil por la simpatía que naturalmente debía inspirar á Blanca Carol,

hija de una falta que ella presentía, hiriendo su orgullo, aquella otra joven sin familia, tan castigada por el infortunio.

Margarita consideraba como un deber, que al mismo tiempo era una alegría para su corazón, el cumplir las instrucciones de la duquesa, quien al observar las atenciones delicadas de que Blanca era objeto por parte de su compañera y sus esfuerzos por devolver la calma y la serenidad á su alma herida, sintió aumentarse su cariño por la que creía hija natural de su esposo.

Las dos jóvenes caminaban apresuradamente por un sendero muy pendiente.

De pronto Blanca se detuvo sofocada, llevándose la mano al pecho.

—¡No puedo más!—balbucía.— Tanto peor; almorzarán sin nosotras.

Margarita se detuvo también, observando el subido carmín que coloraba las mejillas de Blanca, acometida de aquella tos que más de una vez había ya notado en ella la hija del coronel.

—¿Os duele algo?—preguntó á su compañera.

—No—dijo Blanca.—El mal lo tengo aquí—dijo señalando con el dedo la frente.

En estas palabras estaba compendiado todo el secreto de aquella juventud, rebelada contra la medianía en que se ahogaba.

Margarita, admirada, guardó silencio.

—Vamos—dijo Blanca trascurridos algunos minutos,—démonos prisa. No siempre la duquesa está de humor. Ya lo conoceréis á costa vuestra.

—Os quiere mucho—murmuró Margarita.

—Sí, como á todo lo que le pertenece, lo mismo que al perro de aguas que se murió hace dos años, y que enterró allá abajo, bajo aquel macizo de árboles.

—No debéis hacer esas comparaciones... La duquesa me ha hablado de vos con tanta ternura como si fuéseis su hija.

Blanca palideció.

—Porque no tiene hijos—replicó encogiéndose de hombros—y nosotras somos para ella una distracción: en algo ha de ocuparse y gastar el dinero. Lo mejor de la casa es ese buen viejo M. Godet.

—M. Godet es bueno, efectivamente; pero sois injusta con la duquesa.

—Es natural que no penséis como yo... porque os mima. No sé lo que le habéis hecho; pero el caso es que nunca le he visto hacer con nadie cosa parecida. Yo no he tenido esa suerte: siempre me está riñendo. ¿Queréis también reñirme como ella?

Margarita dirigió á la joven una mirada tan dulce, que Blanca Carol acercóse á ella, y enlazando su brazo con el de la hija del coronel, le dijo con zalamería:

—No es necesario reñirme. No procedo bien; pero hay en mi alma un rencor más poderoso que yo misma. ¿Contra quién es este odio? No podría decirlo; no lo sé; pero he sido desgraciada toda mi juventud; lo soy todavía; lo seré siempre...

—¿Por qué?

—Porque es mi destino—murmuró Blan-

ca, con los ojos arrasados de lágrimas. Margarita iba á replicar; pero habían llegado ya al palacio: contentóse, pues, con apretar el brazo de Blanca, diciéndole al oído:

—¡No! Seréis dichosa; yo lo quiero con todo mi corazón: lo veréis.

Casi todas las ventanas del primer piso estaban abiertas, y se veía á las criadas ir y venir con mucha prisa.

—Mira—dijo Blanca, repuesta de su emoción,—parece que tenemos huéspedes.

—¿Quiénes?

—Sin duda los Lignerés: los esperaban.

Margarita experimentó un estremecimiento, como siempre que oía pronunciar aquel apellido, que le recordaba la noche funesta de Chapelle-aux-Ifs.

¡Cómo se alegraba entonces de no haber dicho su nombre al oficial que se lo preguntaba con tanta insistencia!

M. Godet apareció en una de las ventanas del comedor llamando á las jóvenes.

Al dar la vuelta á uno de los corredores, Blanca, quieta detrás de su amiga, notó que una mano nerviosa depositaba en la suya un papel, mientras le decían al oído:

—Una carta... para vos... de él.

Blanca se apoyó en el muro, sintiendo palpar violentamente su corazón. Haciendo después un esfuerzo, continuó andando y guardó la carta en el bolsillo sin que nadie hubiese observado nada.

Cuando Margarita entró tímidamente en la gran sala cuyos huecos daban al parque,

experimentó una sorpresa violenta, á pesar de ir prevenida. M. Godet, la duquesa y sus huéspedes estaban allí reunidos. La hija del coronel conoció en seguida á Roger de Lignerés, que hablaba con la duquesa y con su madre cerca de una ventana.

El antiguo oficial, hombre apuesto y simpático, de ojos azules y pelo rubio, de maneras distinguidas, revelaba á primera vista cierta indecisión de carácter, sobre el cual ejercía un dominio absoluto su madre, señora de pocas carnes que carecía de toda gracia femenil y acusaba en los rasgos de su cara una voluntad indomable. Los que la habían conocido treinta años antes aseguraban que poseía el brillo que atrae y la severidad que mantiene á distancia á las gentes: perdido el brillo, solo había quedado la severidad repulsiva.

Margarita se detuvo en actitud modesta á la entrada.

La marquesa de Lignerés fué la primera que la vió, y preguntó á su prima tocándole en la espalda.

—¿Quién es aquella joven?

La duquesa se volvió rápidamente.

—¡Ah! ¿Ya habéis venido?

Y llamándola con la mano, la presentó á sus huéspedes diciendo:

—La señorita María Magdalena, mi protegida y á la que os ruego que tratéis como amiga.

—¿Vuestra protegida?—repitió la señora de Lignerés dirigiendo una mirada impertinente á la joven;—yo sabía de una, querida.

—Bien, pues ahora son dos—contestó con voz firme la duquesa.

Casi al mismo tiempo, el antiguo oficial que se había fijado atentamente en Margarita, exclamó en el colmo de la alegría:

—¡No me engaño! ¡Sois vos!

La marquesa lanzó á su hijo una mirada recelosa y le preguntó:

—¿Os conociais?

—Cierto, es mi desconocida, mamá; la joven de quien tantas veces os he hablado, á la que debo la vida.

Margarita estaba colorada como la púrpura.

—Exagérais, señor, — dijo melancólicamente. —Vuestra vida no estuvo nunca en peligro... Me podéis deber á lo más algunos cuidados, pero esto es ya una cosa tan lejana que no me acuerdo de ella.

—Pero yo me acuerdo siempre! —dijo Roger de Lignerés apoderándose de la mano de Margarita y estampando un beso en ella, mientras murmuraba:

—¡Si supiéseis cuán feliz soy al encontraros!

La señora de Lignerés interrumpió esta escena de ternura, acercándose á Margarita.

—Efectivamente — dijo, — Roger me ha hablado mucho de vos, señorita, asegurándome que os debo el tenerle vivo. Os estoy agradecida en el alma.

El tono con que pronunció estas palabras no estaba quizás completamente de acuerdo con el significado de ellas; pero M. Godet,

que conocía á la marquesa, interrumpió diciendo:

—¡Basta de palabras, y á la mesa!...

La señora de Lignerés estaba en el fondo descontenta por aquel encuentro inesperado que la indispuso con la joven, temerosa de su influencia con su hijo, á quien le había oído lamentarse muchas veces de ignorar el paradero de la joven, al tiempo que se deshacía en hiperbólicos elogios de ella.

La marquesa, al contrario que Roger, no la consideraba sino como una de tantas aventureras é intrigantes, merecedoras únicamente del desprecio; porque en su egoísmo no comprendía que nadie expusiese su vida por cuidar la ajena, ni toleraba su orgullo que una persona de mediana educación se prestase á seguir á un ejército para cuidar á los enfermos, aunque llevase al brazo la cruz roja.

Al cabo de algunos instantes de silencio, su voz agresiva lo rompió, preguntando á la joven.

—¿De modo, señorita, que habéis sido enfermera durante la guerra?

La hija del coronel respondió sencillamente:

—Sí, señora.

La marquesa apretó los labios en señal de desaprobación:

—Ciertamente, habéis dado una prueba de gran entusiasmo; pero me permitiréis una pregunta.

—Marquesa — interrumpió M. Godet, — mejor harías probando este vino, que os re-

comiendo... Es de primera calidad... del año 1857.

—Estad tranquilo; ya os daré mi opinión después.

Y dirigiéndose á Margarita, prosiguió:

—No creo que estuviérais autorizada por vuestra familia para semejante...

Iba á decir para semejante escapatoria; pero se contuvo á tiempo.

—No tengo familia, señora—contestó la joven.

—¡Ah! Eso es otra cosa. ¿No pensasteis en que exponíais vuestra vida por salvar la de los demás?

—No tenía apego á la existencia.

—¿Por qué?

—Porque era desgraciada.

M. Godet hubiera apaleado á la marquesa.

La señora de Maillepré sintió escalofríos al oír de labios de la joven aquellas palabras tan sencillas, después de todo.

—Sois cruel—dijo á su prima con alterada voz, y hacéis mal evocando esos recuerdos; olvidémoslos, si es posible, y entreguémonos á la alegría de habernos vuelto á ver.

—¡Bravo!—dijo el excelente M. Godet con la boca llena, al mismo tiempo que con una amistosa mirada indicó á su favorita que debía despreciar aquellas maliciosas insinuaciones, que, dicho sea en verdad, produjeron sobre el joven Lignerés un efecto contrario al que se proponía la marquesa, reavivando en él violentamente los deseos

que despertó en su alma la aparición de la joven en Chapelle-aux-Ifs, y decidiéndole á desafiar las iras maternas.

El almuerzo terminó sin más incidentes.

La duquesa estaba descontenta de su amiga, aunque disimulaba guardando silencio; M. Godet dirigía á la marquesa epigramas, con el exclusivo fin de desagraviar á su protegida; Roger se esforzaba en reparar el rigor de su madre, haciendo discretas alusiones al sublime entusiasmo de Margarita en Chapelle-aux-Ifs.

De pronto pregunta á Margarita:

—¿No teníais allí una amiga?

La joven se cubrió el rostro con la servilleta para ocultar su rubor.

—Una mujer encantadora—prosiguió el marqués,—hechicera, que se os parecía mucho; cualquiera os habría tomado por hermanas. ¿Cómo se llamaba?

Margarita estuvo á punto de desfallecer á la brusca evocación del recuerdo de aquella cuyo lugar ocupaba. Aparentando hacer memoria, guardó silencio.

—¿Os queríais mucho?—siguió preguntando Roger de Lignerés.

—Sí—balbuceó la joven, apelando á todo su valor. Nos queríamos como dos hermanas... más que si fuéramos hermanas.

—¿Qué ha sido de ella?

Margarita tuvo que hacer un supremo esfuerzo para contestar con voz segura:

—Dispensadme... pero acabais de renovar uno de los más grandes dolores de mi vida. Sí; yo quería á aquella pobre mujer, tan

desgraciada como yo, porque era el único ser que se interesó por mí... desde que me ví... sola. Nos encontramos en la guerra, impulsadas por un mismo sentimiento, por el de encontrar un fin honroso á nuestra insostenible existencia de soledad y abandono. Vivimos seis meses sin separarnos un solo instante hasta una noche en que, como recordareis, dijo dirigiéndose al marqués, atacada por los alemanes la casa donde se había establecido la ambulancia, un proyectil que estalló en la misma habitación donde estábamos, hirió mortalmente á mi amiga...

—¡Y yo no lo supe!—exclamó el antiguo oficial.

—Ocurrió aquello en la confusión de la retirada, y bastantes angustias y sufrimientos experimentabais para agravarlos con aquella noticia. Un viejo sacerdote del pueblo que se encontraba allí, se encargó de dar cristiana sepultura á los restos de aquella infeliz cuando los alemanes me expulsaron de la casa. Al salir de allí caí gravemente enferma, y mi primer cuidado cuando sané, fué visitar la tumba de mi compañera, cuya suerte envidiaba.

—¿Y la encontrásteis?

—Sí. El venerable sacerdote cumplió religiosamente mi encargo, y pude rogar ante aquel sepulcro antes de abandonar el país.

Hubo un instante de silencio que la duquesa rompió diciendo á la joven:

—No me habeis hablado de esa amiga.

—¿Para qué? No la conocíais. Además,

hay recuerdos que se guardan en el fondo del corazón.

Margarita pareció sumida en indefinible tristeza.

M. Godet acudió en su auxilio.

—Brr, hizo. Esta conversación ha hecho bajar la temperatura muchos grados. Por mi parte tengo el alma helada. Debíamos ir á calentarnos un poco al sol.

El consejo era bueno y fué seguido.

La duquesa de Maillepré dijo á Margarita con ternura cogiéndola del brazo:

—Venid, querida niña.

Y añadió en voz baja:

—Creedme, ese pasado cuyo recuerdo es tan penoso para vuestra alma, está ya muy lejos y no volverá.

Margarita la miró con ojos suplicantes, murmurando:

—¡Ojalá acerteis, señora!

XI

El veneno del amor.

A las diez de la noche, Blanca Carol volvió á su cuarto dejando á los demás habitantes del palacio en el salón.

Por las abiertas ventanas, una especie de huracan musical se desencadenaba por el parque, poniendo en fuga á los conejos que se paseaban al resplandor de la luna por los alrededores del palacio, y subía hasta los pisos superiores en cascadas de notas espe-luznantes. Era que la marquesa de Lignerés

tocaba un vals de Strauss con la misma fuerza que un leñador cortaría un árbol á hazos.

Las aficionadas de esta especie son verdaderamente temibles: lo golpean todo sin piedad, lo mismo los instrumentos que los oídos.

El hijo de la marquesa aprovechó la coyuntura para entablar con Margarita una conversación, que su madre no podía oír. La joven le escuchaba con visible malestar.

Afortunadamente, aquel vals ejecutado con el estrépito de un regimiento cargando á la bayoneta, no podía durar mucho.

La duquesa y M. Godet se entregaban á la inocente distracción de jugar al jacquet.

La señorita de compañía evadió las declaraciones de su herido de la Chapelle-aux-Ifs, retirándose sin ser notada.

Blanca Carol la oyó entrar en la habitación inmediata á la suya, envidiando el valor con que la hermosa joven soportaba las incertidumbres de su condición, mientras ella se revelaba contra el extraño misterio de su existencia.

«No, Susana Carol no era su madre, pensaba, porque siempre la había tratado con la frialdad de una extraña, y casi con la misma ceremoniosa deferencia que á su señora, sin manifestar nunca la ardiente ternura que una madre siente por sus hijos. ¿Cuál era aquel secreto? ¿Quién se lo revelaría? En estas dos preguntas se encerraban por lo común sus pensamientos; pero aquella noche sus ideas tomaron otra dirección.»

Blanca leía por la vigésima vez la carta que le había entregado Justina.

«Yo quiero veros: no sabré vivir fuera de vuestro lado.»

Frases vanas, lugares comunes que el seductor había arrojado sobre el papel al correr de la pluma, pero que producirán eternamente su efecto sobre las almas jóvenes que se abren al amor como las flores al sol de la primavera.

—Quiere verme—repetía la joven.—Es decir, que él no la olvidaba, pensaba en ella á pesar de todo lo que debía separarles. El era rico, ella pobre; él ocupaba un puesto importante en París; ella estaba admitida por caridad en la casa de una extraña que subvenía generosamente á sus necesidades. Todo hablaba en favor de aquel amante que, pudiendo elegir entre las herederas parisienses poseedoras de grandes dotes, se unía á la que carecía de todo, hasta de padre. ¡Y aun si ella poseyese una de esas hermosuras que equivalen á la riqueza y son un incentivo para la vanidad del hombre!... Pero Blanca se hacia justicia; conocía que era tan fea como pobre. Por consiguiente, el amor que había inspirado aquella lacónica carta que hacia vibrar las más secretas fibras de su alma, era un amor desinteresado y puro.

Pediále una cita. ¿No era, después de todo, su sola esperanza en el mundo, su único sostén, su porvenir, en una palabra? ¿Qué podía negar á aquél hombre?

Después volvía de nuevo á sus meditaciones.

Susana Carol no era su madre: imposible.

A despecho de todas las apariencias, nunca había creído en aquella maternidad. ¿Por qué desde que llegó á la edad de la razón se había apoderado ésta duda de su espíritu?

Esta pregunta, tantas veces formulada en lo íntimo de su pensamiento, surgía en el instante en que luchaba consigo misma bajo la influencia del tentador que iba á atormentarla en aquel refugio donde podía haber encontrado el reposo y el olvido, la curación de la fiebre de ambición y envidia que la devoraba, si él no hubiese estado allí para atizarla.

Con la cabeza inclinada bajo la luz de las bujías, la frente apoyada sobre la mano izquierda, teniendo delante de sus ojos la hoja de satinado papel destinada á la respuesta, meditaba sola lo que iba á decir.

Hasta entonces, no estaba comprometida irrevocablemente en la intriga fraguada con mano maestra por aquel artista de supercherías llamado Roland Beroult; pero el peligro de que sucediese era inminente; lo conocía, no obstante su inesperienza.

¡Ah! Si la duquesa de Maillepré hubiese penetrado á aquella hora decisiva en la habitación de la desgraciada á quien sacrificó ante el altar de su orgullo, y en una explosión del alma la hubiese tomado en sus brazos y le hubiese dicho, como estuvo muchas veces á punto de hacerlo:

—¡Mírame!... ¡Soy tu madre! He callado hasta ahora por el mundo, en cuyo nombre se cometen tantas infamias y bajezas; pero

el amor es más fuerte que el orgullo, y cedo....

Si esto hubiese sucedido, Blanca se habría salvado.

Pero la duquesa no debía venir, y la pobre Blanca seguía pensando lo que había de contestar. Comprendía lo grave del compromiso en que iba á aventurarse acudiendo al llamamiento del amor; conocía que era su perdición; pero cuando el corazón sucumbe, la razón no triunfa.

Al cabo de una hora de lucha, escribió, exhalando un suspiro de resignación, una larga carta, en la que razonaba, como antes había razonado en su mente, aquel amor demostrado por un hombre joven, rico, en elevada posición oficial, que á las grandes y hermosas herederas de la gran ciudad, entre las que podía elegir, prefería la joven pobre, humilde y desprovista de esos dones de la naturaleza que pueden cautivar á los hombres. Debía considerar un amor así como un afecto puro y desinteresado. El quería verla, y esto sería para ella el colmo de sus más vehementes deseos; pero esto era imposible de día en aquel palacio de Maillepré, donde á todas horas había gente que iba y venía sin cesar, y luego el obstáculo de María Magdalena, joven recién venida, que se hacía querer por su bondad y seducía por su hermosura, y á la cual estaba ligada por la semejanza de origen y destino, desconocido aquel, misterioso este en ambas... A menos que Roland no se dirigiese á la duquesa exponiéndole sus deseos... Pero no quería im-

poner á su amigo aquella línea de conducta.

—«Volvamos—añadía después de una digresión—al asunto. No nos podemos ver de día; queda la noche, es decir, las tinieblas. Creo que debía negaros esto. Vos mismo me despreciaríais. ¿Qué hacer? Entre mi corazón que me aconseja acceder, y mi razón que se rebela, no vacilo: obedezco al corazón. ¡Venid, pues, cuando queráis!

»Creo que atravesaría un incendio para reunirme con vos; pero no es preciso tanto. No conocéis á Maillepré y voy á tratar de pintarlo.

»Es una aldea de pocas casas. La iglesia se levanta en lo que puede llamarse la plaza; en esta hay una posada llamada del *Corzo*. La conoceréis por la muestra, donde se figura un pequeño cuadrúpedo cuya especie no se podría precisar. Después sigue el presbiterio y la escuela. Al poniente, la plaza está cerrada por un gran muro que no se puede franquear mas que con una escala, si una mano bienhechora no se encuentra á punto para abrir una puerta falsa medio oculta por el follaje que desciende desde lo alto de este muro, y que da acceso al parque de Maillepré. Allí ya no hay nada que temer.

»Me fío en vos. ¡Ay! ¿para qué ocultaroslo? Os amo cien veces más de lo que podéis amarme. ¡Os he entregado mi alma porque habéis sido bueno para mí!

»Venid, pues, cuando queráis. Acudiré, á una señal vuestra, á la puerta de que acabo de hablar, y os conduciré bajo estas sombras

en las que paso horas enteras pensando en vos, repitiendo vuestras palabras y recordando vuestras promesas.

»Hasta bien pronto. Venid. Os espera y os ama siempre

»BLANCA.

XII

Bajo los árboles.

La llegada del marqués de Lignerés y de su madre al palacio de Maillepré, fué causa de gran contrariedad para Margarita Souvray, que creyó hallar la paz y el olvido, ocultándose allí bajo el nombre de la muerta de Chapelle-aux-Ifs. Sin embargo, á esta contrariedad se mezclaba cierta alegría, porque no podía ser indiferente á la simpatía de Roger de Lignerés.

Este, á su vez, sentíase dominado por la pasión que concibiera al recibir en su lecho ensangrentado los solfeitos cuidados de Margarita, y aprovechaba todas las ocasiones para mostrarle el fondo de su corazón. Ella parecía evitarlas.

Sin embargo, un día, después del almuerzo, Margarita se paseaba por la orilla del río, sola, inquieta y dominada por crueles incertidumbres, ocasionadas por la causa que vamos á decir.

La señora de Maillepré sentía viva afeción por su sobrino el conde de Meillant, de cuyo regreso se hablaba á todas horas, cam-

biándose entre los huéspedes sus opiniones sobre las ideas de aquél, que á los ojos de la señora de Lignerés era un ente original, una especie de filántropo que se había hecho médico y quería ser sacerdote para consolar á la humanidad doliente. La altiva señora no escaseaba sus sátiras contra el desgraciado Pedro de Meillant, á quien defendían calurosamente la duquesa y su amigo Godet, ávido de romper lanzas con la viuda, á quien detestaba.

Estas discusiones, repetidas á cada paso, habían hecho reflexionar á Margarita, y poco á poco, á consecuencia de ellas, fué asaltada de un nuevo temor.

El desconocido que le había hablado una noche en la plaza Clichy, se llamaba Pedro, y, según le dijo, era médico, añadiendo que no había renunciado al mundo obedeciendo á su vocación, por las súplicas de su madre. El conde Pedro de Meillant era bueno, según afirmaba Mr. Godet; era rico; y bueno, generoso y rico debía ser el joven que había asistido á su hermana en sus últimos instantes, y le había pagado una sepultura. Temerosa de verle aparecer, Margarita se preguntaba si el conde Pedro de Meillant el sobrino de la duquesa de Maillepré y el desconocido á quien debía tanta gratitud no eran la misma persona.

Si era así, si iba á Maillepré y la reconocía como la había reconocido el marqués de Lignerés, se descubriría su superchería. ¿Cómo impedir que hablase á la duquesa y que ésta la arrojase de allí, justamente in-

dignada por su audaz mentira? Ante esta idea se le oprimía el corazón, llegando á pensar en confesarlo todo á su protectora, antes que exponerse á las angustias que sufría y á la afrenta de una expulsión. ¿Pero y si la duquesa no la creía? Perdía de un golpe la estimación y la amistad de los que le rodeaban, incluso la del bueno y afectuoso Mr. Godet. ¿Qué hacer?

No se atrevía á hablar ni á callar. Creyéndose sola en aquel sitio, dió rienda suelta á su dolor, dejardo escapar profundos suspiros, sin acabar de decidirse. Era la imagen de la desolación.

De pronto se levantó asustada, porque oyó el ruido de las hojas secas al ser holladas por alguien, y al volver la cabeza vió al marqués de Lignerés, que se dirigía hacia ella sonriendo.

—Estaba allí—dijo, señalando un rincón del bosque,—os ví llegar y me oculté temeroso de asustaros. ¿Por qué huís de mí?

—¿Yo? ¿huir de vos? ¿Por qué habia de huir?—dijo esforzándose por aparecer serena.

—¿Qué se yo? Pero ese es el hecho. Hace días que busco todas las ocasiones de hablaros y las evitais con empeño.

—Por eso—añadió bajando la voz,—he tenido que emplear la astucia y os he espionado... Estais triste y buscáis la soledad. Me creéis dichoso tal vez, como todo el mundo y sin embargo...

—¿A quien le hareis creer que no lo sois?

—A vos.

—No lo esperéis.

—Sí, á vos á quien busco para contaros mis penas, para que os apiadéis de mí.

—Ya me las contaréis en otra ocasión.

—No,—dijo cerrando el paso á Margarita,—es preciso que me oigais. Si, soy joven, soy rico, llevo un nombre ilustre, todo eso que dice la gente y por lo cual me consideran feliz, pero estoy encadenado, como el preso que lleva el grillete al pie.

—Sin embargo, os creo tan libre como el aire.

—¿Libre? Bien, sí; ¿y mi madre?

—Vuestra madre os idolatra. Esta misma mañana lo decía M. Godet.

—M. Godet se burla de mí. Sin duda, mi madre me idolatra, pero á su manera, que no es de las mejores, por cierto. Me idolatra con celo feroz, con despotismo... El shah de Persia y los más famosos tiranos son cerdos en comparación suya. Estoy bajo un yugo de hierro que trato en vano de sacudir.

—¿Os burlais!

—¿Queréis una prueba? Antes de la guerra, había pensado en casarme... En el aburrimento de la vida del campo se experimenta cierto vacío que yo quería llenar con el matrimonio, para no hallarme aislado, y tener un rostro joven que contemplar en la inmensa morada en donde estamos reclusos, como en una clausura... Me importaba poco quién fuese la mujer; lo esencial era casarme. Pero mi madre no encontró ningún partido á su gusto entre todas las here-

deras de Normandía ni de la Bretaña. Entonces estalló la guerra y la aproveché para ir en busca de la muerte, única esperanza ya de emanciparme de la tutela maternal... Pero ya lo sabéis, no logré más que sustraerme temporalmente á ella mientras estuve en el hospital... Después he vuelto á quedar sometido.

Hablando así el joven, examinaba con satisfacción mal contenida el rostro á la vez triste y apacible de la joven, que le atraía como ninguna otra mujer. Además, lo que había oído desde su llegada á Maillepré, reavivaba sus sentimientos hacia Margarita.

M. Godet no cesaba de elogiarla con un entusiasmo sin límites.

—¡Ah!—decía á Roger delante de su madre—¡si yo tuviese treinta años! ¡Qué tesoro! A lo que respondía la marquesa.

—Pero convendría saber de donde procede ese tesoro.

M. Godet abría su tabaquera y decía aspirando un polvo:

—¡Qué delicioso tabaco! ¿No sería un bestia quien tratase de averiguar en qué campo se ha cultivado?

Era una batalla continúa entre el viejo y la orgullosa viuda.

La marquesa tenía siempre el mismo argumento en los labios.

—María Magdalena es una hija natural indudablemente.

—¿Acaso son artificiales las demás?—exclamaba M. Godet.

—Vois sois filósofo y yo no: hay leyes de que no puede prescindirse.

—Quisiera saber quien las ha hecho.

—¿Quién? El mundo.

—Sí, el mundo vuestro.

Roger vaciló algunos días entre ambos combatientes.

Al lado de Margarita, su amor crecía por momentos, por que la hija del coronel no tenía mejor defensor que ella misma.

En aquel paseo por la orilla del rio, caminando cerca de ella, admirando su talle flexible, su triste sonrisa, sus ojos negros, su pálido semblante, se esforzaba inútilmente por contenerse.

Durante algunos minutos, los dos jóvenes caminaban en silencio bajo la sombra de los árboles.

La joven quiso tomar una calle que subía hasta el palacio y Roger la detuvo.

—Quedaos—le dijo con tono de súplica.

Y expresándose con gran calor, habló largo tiempo de la adoración que sentía por la joven, que le escuchaba distraida.

Cuando concluyó le dijo:

Pensad en lo que soy y en lo que sois vos. Yo, una pobre que trabaja para vivir, que carece de familia y de amigos... Vos, rico, hijo único, heredero de grandes riquezas y de un nombre respetable...

—¿Qué importa?

—...¿Creéis que me puede ser permitido escuchar semejantes proposiciones del hijo de la marquesa de Lignerres?...

—Entremos, porque notarán nuestra au-

sencia—dijo volviéndose hacia el palacio.

—La última palabra, os lo suplico.

—Sea.

—¿Qué suponéis?—dijo Roger con voz vibrante de pasión. He reflexionado bien lo que os he dicho. Al hablaros de amor, no se trata de un amor efímero, de una de esas pasiones que brillan unos días para extinguirse en seguida, sino de un compromiso formal, del único lazo que me atrevería á ofrecereros, de un matrimonio que deseo con toda el alma.

Las miradas de los jóvenes se encontraron y Margarita bajó los ojos, como si la deslumbrase el destello de los del marqués. ¿Qué podía decir?

Siguió un silencio solemne.

—Y bien, ¿qué decis?—preguntó Roger.

—¿Qué queréis que os diga? Vuestras palabras me han conmovido... las creo sinceras...

—No lo dudéis.

—Pero son hijas de la irreflexión, creedme. Esos proyectos son hijos de una fiebre pasajera.

—Una fiebre incurable—dijo él suspirando.

—¿Me conocéis siquiera?

—Sí, puesto que os amo.

—Ilusión de un momento, quimera, delirio.

—¿Sois hermosa!

—¿Cuántas no lo son más que yo pueda serlo?

—Pero no las amo, y á vos sí.

Entonces trató de cogerle las manos, y ella le rechazó suavemente.

—Serenaos —le dijo.— Nos pueden sorprender, y si se dudase de lo que vos me decís, estaría perdida.

—Si os quedo yo, ¿no es bastante?

Margarita le miró cara á cara.

—¿Qué diría vuestra severa mamá? ¡Pensadlo bien!

Roger se mordió los labios.

—Ya lo veis —prosiguió Margarita sin darle tiempo para reponerse,— no os atrevéis á responderme; estáis espantado. Hablemos seriamente. Vuestra madre se irritaría con razón. He procurado hacerme agradable á ella; pero no lo he conseguido. Ahora, oid mi respuesta: me pedís un imposible, yo no puedo ser vuestra esposa. ¿Sabéis lo que soy? ¿Conocéis mi origen? ¿Os han dicho por qué me alisté entre las enfermeras que con riesgo de su vida iban á cuidar de las víctimas de la guerra? ¿No sabéis que era la desesperación la que me impulsaba á aquel sacrificio, del que esperaba la muerte?

—Hay aquí —prosiguió poniendo la mano sobre el corazón,— uno de esos secretos que no se pueden confesar. Entendedme bien; aun cuando yo quisiera escucharos, y vuestras palabras despertasen en mí el amor al impulso de una pasión sincera y generosa, el decoro me impondría el deber de cerrar á vuestras declaraciones mis oídos y mi corazón.

Se detuvo, revelando una exaltación que

realzaba su belleza. El joven la devoraba con los ojos.

—¡María Magdalena! —exclamó,— lo que decís es imposible... no sostendréis vuestra negativa.

—Es irrevocable,—dijo ella visiblemente turbada por la evocación del nombre de su compañera.— Si me amais, dejadme en paz en mi humilde posición; no turbeis inútilmente mi corazón, que quiere permanecer cerrado á las alegrías permitidas á los demás. Todo cuanto ambiciono es el olvido en este refugio: os lo pido y no temo que me lo negueis, si os inspira alguna amistad la que antes os cuidó y consoló, y si quereis tener para con ella algo de la caridad que ella tuvo para vos.,,

Se inclinó llorando ante el joven, y tomando un sendero que empezaba en aquel sitio, se dirigió hacia el palacio.

Roger de Lignerés quedó pensativo. ¿Qué había querido decir la protegida de la duquesa? ¿De qué misterio hablaba? Decidido á arrancarle su secreto, se disponía á seguirla cuando oyó la voz desagradable de la marquesa de Lignéres, que se dirigía hacia él.

—¿Que le habeis dicho á esa joven, que vá tan turbada?

—¿Yo?... —balbució el joven, sorprendido *infraganti*.— No sé verdaderamente...

—Vaya —dijosu madre— no trates de mentir: ya sabes que sería inútil conmigo. Entremos, porque la interesante conversación te ha hecho perder la noción del tiempo.,,

ya es hora de comer. Si esa joven, añadió irónicamente, es tan espiritual como hermosa, su compañía debe ser muy agradable.

—¿Es más espiritual que hermosa, madre mía!

—Me parece que llevas tu admiración por ella tan lejos como M. Godet.

—Más aún—dijo Roger.—Creo de mi deber decíroslo.

—¿Abrigas proyectos respecto de ella?

—Sí.

—¿Qué me dices?

—La verdad. Desde que estamos en Maillepré, buscaba ocasión de hablarle y no la encontraba: ella lo evitaba cuanto podía.

—Es una táctica muy hábil.

—No, es que no quería verme. Entonces la espíe...

—¡Bonito papel!

—Proceder de enamorado.

—¿Y después?

—La he seguido, logrando sorprenderla sin que ella lo pudiese evitar. He aprovechado entonces la ocasión...

El joven vacilaba.

La marquesa concluyó la frase:

—Para declararte á ella, ¿no es eso?

—Precisamente.

—¿Y te ha escuchado?

—Con resignación nada más.

—Me alegraría saber lo que le has dicho.

—Le he dicho que la amo y que deseo hacerla mi esposa.

Roger había pasado el Rubicón.

—¿Casarte con ella?—preguntó la marquesa admirada.

—Sin duda.

—¿Serías capaz de hacerlo?

—Con entusiasmo.

—¿Crearás tal vez hallarte en tu juicio después de decir eso?

—Seguramente. Y la prueba es que creo que me pondréis vuestro veto.

—Puedes estar seguro de ello—dijo la marquesa sonriendo;—pero será por tu propio interés.

—Estoy irrevocablemente decidido.

—¿Aun sin mi consentimiento?

—Espero que me lo otorguéis de buen grado.

—No lo esperes.

—Sea—dijo tranquilamente el joven;—no iré contra vuestra voluntad...

—Enhorabuena.

—Pero como soy mayor de edad y dueño de mis actos, abandono para siempre á Lignerres.

—¿Y adónde irás?

—A París, como todo el mundo.

—¿Para arruinarte?...

—Mejor quiero arruinarme que morir de tedio.

—Para frecuentar los círculos, el juego; sostener mujeres...

—Puesto que no me permitís sostener á la única que amo...

El rostro de la marquesa estaba teñido de púrpura, señal de una agitación extraordinaria.

—Veamos—dijo, cambiando bruscamente de táctica y afectando un tono conciliador, —te ruego que me pongas al corriente de todo... Ya sé lo que has dicho á esa joven, pero ignoro lo que te ha contestado.

—Muy sencillo: que no me podía escuchar.

—Eso es hablar como la misma razón.

—Dice que no se casará nunca, para lo cual tiene sus razones.

—¿Te las ha dicho?

—No.

—Entonces, querido Roger—dijo la marquesa casi radiante,—nuestra disputa es superflua. Todo está arreglado, ó por mejor decir, todo ha concluido.

El joven sonrió.

—Creo—dijo—que me rechaza solo por delicadeza, comprendiendo ó adivinando vuestra oposición; pero espero convencerla...

—¡Ah! ¿Esperas eso?

—Y convencersos también, madre mia. El día en que os convenzáis de que ninguna mujer puede asegurar como ella mi felicidad y la vuestra...

Nunca habia mostrado Roger de Ligneres tanta fuerza de voluntad ni tanta firmeza delante de su madre.

Esta, reflexionando que seria peor oponerse abiertamente, se decidió á vencerlo con la estrategia.

—Bien, esperemos—le dijo.—Yo no quiero más que tu dicha; pero mi corazón de madre me dice que no está en ella, Roger,

Este no respondió, satisfecho del éxito de su primera tentativa y confiando en que Maria Magdalena realizaria la difícil conquista de la viuda.

La joven habia llegado al palacio, refugiándose en su habitación, flotando su espíritu entre el temor y la esperanza. La proposición de Roger la halagaba, pero le parecia irrealizable, porque para acceder á sus súplicas tenia que llevar la farsa hasta el fin. ¡Imposible!

La campana avisó para comer.

Arregló su vestido un poco y se asomó un instante á la ventana del parque. Blanca Carol leía á la sombra de los tilos una extensa carta que deslizó entre sus ropas, al percibir á su amiga, á la que hizo una señal para que bajase.

—¿Estabais leyendo?—preguntó al llegar junto á ella.

—Una carta de una compañera de colegio—respondió Blanca.—Esta tarde os he buscado inútilmente.

—¿Qué queriais?

—Un consejo.

—Aun puedo dároslo.

—No. ¡Es demasiado tarde!—murmuró Blanca.

—¿Se trata de algún asunto grave?

—¡Muy grave!

—¡Oh!—dijo interrumpiéndose bruscamente—¿sabéis que tenemos otro huésped?

—¿Quien?

—Mr. Pedro, el sobrino de la duquesa, el que quiere ser cura.

Margarita sintió un sacudimiento.
 —¿No le conocéis?—preguntó Blanca.
 —No.
 —Vedle allí.

XIII

El conde Pedro de Meillant.

Las dos jóvenes estaban en aquel instante en la terraza, adornada con sillones rústicos y bancos que se extendían delante de la fachada principal del palacio. Los huéspedes de la duquesa, reunidos en el salón, se agrupaban en los huecos de las ventanas abiertas sobre el parque.

—Venid, señoritas—gritó Mr. Godet, sacando su reloj,—nos hemos cansado de esperar.

—¡Oh! Por unos minutos...—dijo Blanca.

—Se os perdona—dijo paternalmente el viejo,—pero entrad.

La duquesa se apoyaba en el marco de una ventana, y cerca de ella había un joven con quien conversaba.

Al ver á Margarita el joven experimentó cierta turbación.

—¿Quién es esa mujer?—preguntó á la duquesa.

—La misma de quien te he hablado.

—¿Vuestra lectora?

—La misma. Pero ¿qué te sucede? ¿Por qué esa sorpresa?

—Por nada—dijo riendo.—Un simple re-

uerdo... una semejanza, muy vaga en verdad... muy confusa.

La turbación del joven no era nada al lado de la emoción de Margarita, que permanecía como clavada en el suelo, sin atreverse á dar un paso. La fisonomía del joven le produjo el efecto de cabeza de Medusa.

No había duda: era el desconocido que le había hablado en el boulevard Clichy. Era él.

La duquesa hizo la presentación de las jóvenes.

—Querido sobrino—dijo,—Blanca, á quien conoces, y María Magdalena, á quien no habías visto nunca.

Margarita dirigió al conde una mirada suplicante, y pudo leer en los ojos del joven una gran expresión de bondad.

—¿No me abrazais?—dijo á Blanca.

Esta le presentó su frente.

Pedro saludó á Margarita, inclinándose sin decir una palabra.

La hija del coronel respiró, creyéndose salvada: el conde no se acordaba de ella.

La comida acabó sin incidentes, y los convidados volvieron al salón.

La duquesa cogió del brazo á su sobrino y le preguntó en voz baja:

—¿Qué te parece mi nueva protegida?

—Muy bien. ¿Cómo decís que se llama?

—María Magdalena.

—¿María Magdalena?—repetía él, como buscando en su memoria.—¿Y qué más?

—Nada más.

—¿Entonces será una hija bastarda?

—Casi.

El conde hizo un movimiento que denotaba la duda.

—¿En qué piensas? — preguntó la duquesa.

—En nada.

—Sí, tú piensas en algo...

—En nada; os lo aseguro. ¿Os agrada esa joven?

—Más que eso: me encanta. Es un carácter adorable: sumisa, dócil, previsora, con un atractivo que se hace amar de todo el mundo.

—En una palabra: un dechado de perfección—dijo el conde.

—Al menos, de todas las buenas cualidades.

—¿De dónde procede?

—Ya te lo contaré después... Es toda una novela... Ahora no podríamos entendernos.

—En efecto, la marquesa de Lignéres acababa de sentarse ante el piano y preludiaba el huracán.

—Tened cuidado—dijo Pedro,— os estropea el instrumento.

Era verdad: el piano sonaba con terrible violencia. La señora de Lignéres debía estar en el más alto grado de excitación, porque nunca había tocado un vals con tan formidable energía; pero este ruido tenía una ventaja para algunos.

Roger de Lignéres se aprovechó de él para acercarse á Margarita, que contemplaba el parque asomada á una ventana,

—¡María Magdalena! — murmuró á su oído.

—¿Os habeis propuesto perderme?— preguntó ella en voz baja.

—He jurado haceros dichosa y ser dichoso por vos.

—¡Os lo ruego!—dijo viendo que la duquesa y Pedro la miraban, volviendo á sumirse en sus contemplaciones.

Roger de Lignéres y Pedro de Maillant formaban el mayor de los contrastes. El primero era el tipo seductor que tanto agrada á las mujeres; el segundo, por el contrario, grave y severo, aunque rebosando bondad en su rostro y modales, con ojos penetrantes capaces de escudriñar en el fondo de las almas, parecía casi refractario al amor. La presencia de éste aumentaba el malestar de Margarita, que se apresuró á pedir permiso á la duquesa para retirarse. Al salir, el conde le dirigió un saludo amistoso, siguiéndola con la vista hasta que traspuso la puerta. Después reanudó la conversación con su tía.

—No me habeis dicho de dónde ha venido esa joven.

—Es toda una historia.

—¿En dónde estaba ántes de venir aquí?

—En Rusia.

—¿Hacia mucho?

—Dos años. Era institutriz en casa del conde Bresków, cerca de Moscou. Después volvió á Francia al estallar la guerra, y se alistó en las ambulancias. Ella asistió á Roger en las inmediaciones de Besanzón.

—¿Fué allí dónde se enamoró de ella?

—¿Has notado algo?

—Sin vanidad, yo lo observo todo...

—Verdaderamente, creo que el pobre Roger está muy enamorado de ella... y yo lo apruebo.

—¿Cenoceis bien á esa joven?

—Sin duda, ¿por qué lo preguntais?

—Por nada, por curiosidad. ¿Y su familia?

—No la tiene.

—Ni una hermana...

—Ninguna.

—¿La ha perdido acaso?

—No le ha tenido nunca.

—¿Estáis cierta?

—Completamente.

El conde hizo un gesto de admiración.

—Es sorprendente—dijo.—No sé lo que digo... Debe ser esa música endiablada que me turba la cabeza.

La marquesa de Lignerés, en efecto, tocaba furiosamente el piano.

Exasperada por la idea de que su hijo se uniese á una expósita como Maria Magdalena, maduraba sus planes, y mientras tanto, desahogaba su odio y su cólera golpeando á más no poder sobre el miserable instrumento.

Aquel ruido espantoso despertó á monsieur Godet, que hacía dormitando la digestión, tendido muellemente sobre un diván: levantóse y dirigiendo una mirada rabiosa á la concertista, que no le veía, salió tapándose los oídos y se encerró en su cuarto.

Roger de Lignerés siguió su ejemplo, pa-

ra evitar las homilias de su madre. El conde besó en las mejillas á su tía y se retiró á su vez. Ultimamente la señora de Lignerés, advirtiéndole que su auditorio se había dispersado, abandonó el taburete y después de cambiar algunas palabras con la duquesa, se retiró como los demás.

La duquesa de Maillepré quedó sola, y se puso á pasear por el salón, espléndidamente iluminado, pensando en la situación de las dos jóvenes que tenía bajo su amparo.

Al poco tiempo abrióse una puerta disimulada por la tapicería y se oyó una voz que preguntaba:

—¿Estáis sola?

La duquesa se volvió con un movimiento rápido.

—¿Sois vos, Blanca?

—Sí.

—No estabais en vuestra habitación?

—Sí; pero he salido.

—¿Por qué?

La joven se acercó con resolución.

—Porque quisiera hablaros...

—¿A mí? ¿Con qué motivo?

—Escuchadme: os lo voy á decir.

XIV

Madre é hija.

La señora de Maillepré observó un momento el semblante de su hija, admirándose de aquel atrevimiento.

Estaba acostumbrada á los caprichos de

aquella niña, á su carácter sombrío, irritable y visionario; pero nunca la había oído expresarse en aquel tono firme y casi rebelde.

—¿Qué tienes?—le preguntó.—Nunca te he visto así.

—En efecto—dijo Blanca sordamente;—pero llegan instantes en que falta la paciencia, en que el esfuerzo es demasiado, en que el secreto pesa tanto que no se puede sufrir. Yo estoy en este caso, y por eso me he decidido... y como no conozco á nadie que pueda decírmelo más que vos, vengo á preguntároslo.

—Pero ¿qué me preguntas?

—Lo que quiero saber.

Blanca llevó el pañuelo á los labios, tan ardientes y secos que apenas le permitían hablar. Le acometió un golpe de tos, y la duquesa, cogiéndola en sus brazos, la llevó al diván que Mr. Godet había abandonado poco antes.

—Veamos—dijo asustada,—aquí sucede algo extraordinario y quiero saberlo á mi vez. Habla.

Blanca movió la cabeza y respondió bruscamente:

—No sucede nada nuevo. Sufro, es verdad; pero mi sufrimiento viene desde que que tuve uso de razón. Así es que quiero concluir de una vez; conocer la verdad que se me oculta... ¿Quién soy yo?—dijo mirando de frente á la duquesa.

Como ésta, en su estupor, no acertase con la respuesta, Blanca siguió diciendo:

—¡Oh! Sé lo que vais á contestarme, lo de siempre: que soy hija de Susana, de padre desconocido; que Susana no ha querido decir el nombre de su amante; que murió hace mucho tiempo, y otras invenciones por el estilo. Pues bien, es inútil, os lo prevengo. No se me engañará más, y si os he de ser franca, no se me ha engañado nunca... ¡Susana mi madre!... ¡No, eso es mentira!

—¡Blanca!—murmuró la duquesa.

—No, Susana no es mi madre... Pero, ¿quién es? Eso es lo que yo continuamente me pregunto sin poder responderme. Y eso es lo que vos debéis saber.

La señora de Maillepré, turbada, sorprendida por aquella explosión de cólera más que de dolor, tuvo un instante de desfallecimiento y estuvo á pique de descubrirse. Pero el tono altanero é irritado de su hija le devolvió su sangre fría.

—¿Y creéis que debéis dirigiros á mí?... ¿Por qué?

—Porque algo me dice que teneis la clave de este enigma; porque creo que si quisierais podiais aclarar estas tinieblas de mi espíritu; porque á veces he creído adivinar que sentiais algún afecto por mí; porque, en fin, sois buena y con una sola palabra podiais sostenerme, consolarme, salvarme quizás...

—¿Salvarte?—dijo la duquesa repitiendo aquellas palabras, que aunque dichas por lo bajo llegaron distintamente á su oído, despertando su ternura maternal.—¿Salvarte?... ¿Corres algún peligro?

—No sé; pero la verdad es que me siento triste hasta más no poder.

—¿Tú?...—dijo la duquesa atrayendo á la joven hacia sí.—Pues ¿qué te falta?

—Todo, puesto que no tengo familia.

La duquesa la abrazó.

—¿Y yo?—le dijo.—¿Es que yo no soy nada? ¿Es que consiento que te falte algo?

¿Tienes caprichos que no puedes satisfacer?

¿No puedes contar conmigo para todo?

—No sois mi madre... Me otorgais la limosna de vuestro cariño, lo cual es mucho, sin duda, puesto que nada os obliga, y yo os lo debo agradecer; pero... ¿Queréis que os lo confiese todo?

—Habla: ten confianza en mí, que no te abandonaré nunca.

—¿Me amais verdaderamente?

—¿Puedes dudarlo?

—Eso es lo que os iba á confesar... Sí, dudo de todo; de vuestro cariño, del de Susana....

—Dí de tu madre.

Blanca continuó, sin pararse en esto.

—De todos, sin excepción. No he encontrado hasta aquí mas que una amiga, una sola... ;pero hace tan poco que la tengo!...

—¿María Magdalena?...

—Sí; nuestra situación es la misma... Cuando veo á los demás, me parece que me humillan con sus miradas... hasta los pobres, hasta los criados. ¿Qué soy yo para ellos?... Una bastarda... una hija sin padre... Blanca Carol. Si Susana fuese mi verdadera madre, la querría... Y no la quiero, aunque

hago por quererla, porque me engaña. Y, como ella, me engañan todos aquí... ;hasta vos misma, que no queréis decirme la verdad!

Y se levanto, diciendo con inmensa amargura:

—Os dejo. Ya veo que nada conseguiré... Si me amais, como decís, debiais tener piedad de mí; porque creed que, desde hace dos años, vivo en un martirio.

La señora de Maillepré lo sufría también y en su hermoso semblante aparecían las señales del abatimiento de su alma, que podían hacerle traición ante aquella niña á quien quería ver dichosa; pero en cuyo obsequio no se resolvía á sacrificar su honor.

Si Blanca se hubiese arrojado á sus pies suplicándole con el acento del dolor, la duquesa no hubiera tenido fuerzas para resistir; pero aquello era una lucha más que una confidencia entre madre é hija.

—Ya veis—añadió la joven triunfante—que existe un misterio, puesto que á pesar de lo que he dicho, no os atrevéis ni á echarme ni á contestarme.

La duquesa se enderezó, y mirando fijamente á su desgraciada hija, le replicó:

—No sabéis lo que decís. Si callo, es porque me pregunto con dolor hasta dónde llegará vuestra ingratitud. Desde vuestro nacimiento he tenido cuidado de vos, sin dejar un solo día de velar por vuestra juventud, queriendo haceros el presente feliz y sin privaciones y aseguraros el porvenir. No tenéis nada que temer de la miseria. Hay muchos

ricos envidiados que no tienen una situación como la vuestra... Porque cuando la duquesa de Maillepré protege á una joven como vos, es para darle una fortuna. Decís que existe un misterio en vuestro nacimiento... Yo no necesito saber nada... Quiero á vuestra madre... os quiero por ella... y quizás por otras razones...

—Decidlas, pues.

—No puedo. Es un secreto. Llegará día en que lo conozcáis.

—Muy tarde, tal vez.

—¿Qué queréis decir?

—Puesto que vos os calláis, ¿por qué he de hablar yo?

—Sois cruel, Blanca.

—¿No lo son conmigo?

—Acabemos. Comprendo que estéis descontenta de vuestra suerte, y por eso os perdono.

Y cogiendo las dos manos de su hija, la estrechó contra su pecho.

—Miradme—dijo—es preciso que mi afecto hacia vos sea muy profundo, puesto que tolero lo que otras considerarían como ultrajes. ¿No os basta esto para que estéis segura de mi amistad y de mi protección?

La joven guardó silencio, y la duquesa continuó:

—¡Habláis de misterio! Si por acaso existiese, ¿os atreveríais á condenar á una madre que sufriera la tortura de no conocer á su hija, obligada á ello por el honor?

Blanca no despegó los labios.

La señora de Maillepré, presa de gran

agitación, estrechaba contra su pecho las manos de su hija, que al cabo de un instante preguntó con tono impasible:

—¿Es eso todo lo que me respondéis?

—Todo, sí.

—¿Susana es mi madre?

—¿Llevaríais su nombre si no lo fuese?

—Bien.

Y desasiéndose de las manos de la duquesa, Blanca salió lentamente, cerrando la puerta detrás de sí.

Cuando la señora de Maillepré quedó sola, murmuró con desesperación, cubriéndose la cara con las manos:

—¡Me odia, Dios mío! ¡Qué expiación!

Blanca en tanto volvía á su cuarto descontenta, henchida de rencor, diciendo á su vez con acento iracundo:

—Nunca sabré nada.

Y en la oscuridad de sus dudas, solo veía un punto luminoso: la idea que se había posesionado de su espíritu hacía tiempo, fija como una pesadilla:

—¡Si fuese ella!

Ella, es decir, la duquesa, á quien acababa de interrogar, sin más resultado que la negativa de siempre.

Blanca presentía su secreto, y sentíase halagada en su orgullo; pero las vacilaciones de la duquesa le hacían vacilar á ella.

Si era su madre, ¿por qué renegaba de ella? ¿Qué fuerza la obligaba? Para la desventurada joven todo era oscuridad é impotencia: únicamente sacaba en claro de todo que la señora de Maillepré conocía el secre-

to de su nacimiento y no se lo quería revelar.

Pues bien, ella se bastaría á sí misma; obraría por sí, confiando en el único ser que le había demostrado un cariño verdadero, en su amante.

Al entrar en aquella habitación fresca y perfumada, en donde todo atestiguaba la ternura y el cariño que velaba por ella, se miró al espejo, temblando de pies á cabeza al influjo de emociones desconocidas.

Se lavó, trenzó su magnífica cabellera, cubrióse la cabeza con un velo y se puso sobre el vestido un abrigo de piel oscura, que una marquesa del siglo pasado llevó orgullosa á un baile. ¿Cómo podía creerse hija de una mujer como Susana Carol, cuando tenía un ajuar de millonaria?

Cuando terminó su tocado, se sentó delante de su secreter, y sacando una carta que tenía cuidadosamente guardada, la leyó atentamente.

Era de Roland Beroult, que á vueltas de mil juramentos de amor, le decía:

«Mañana á las once en punto de la noche estaré en el sitio indicado. Espero que sabreis burlar la vigilancia que os rodea y me abrireis esa puerta, que será la de nuestra dicha. Las sombras de la noche nos protegerán.

»Os revelaré un secreto para probáros la sinceridad de mi cariño, que será eterno...

»Hasta mañana... ¿Para qué tantas pala-

bras cuando una sola basta para deciros cuanto siento por vos?

»Os amo... te amo.

»ROLAND.»

XV

Lo irreparable

La joven permaneció algunos instantes todavía complaciéndose en aquella música que la encantaba, mientras veía delante de sí la imágen de su seductor.

¡Era amada! Esta idea la sumía en un arrobamiento sin límites. Y su adorador, el hombre desinteresado á sus ojos que se había apoderado de su alma, iba á venir, quizás se aproximaba, tal vez esperaba la señal. Fija la mirada en el reloj, seguía con los ojos la marcha de la aguja en el cuadrante y aplicaba el oído como si pudiese oír el rumor de sus pasos sobre la arena.

Aquellos instantes eran solemnes para ella: conocía que iba á decidirse su porvenir. Y no se equivocaba.

Roland Beroult, hombre que no dejaba nada á la casualidad, tenía sus razones para exigir aquella entrevista secreta.

Blanca estaba próxima á ser mayor de edad, y entónces debía serle revelado el secreto de su fortuna, según la postrera voluntad del conde de Montevrón.

El tiempo apremiaba, y Roland quería que le perteneciese por entero para que no

podiese volver sobre su consentimiento contenido en las cartas cambiadas entre los dos.

El reloj señaló las once menos diez minutos.

Blanca escuchó por última vez los rumores de fuera y miró con inquietud á todos lados.

En el salón se apagaron las luces; en los corredores las puertas se abrian y se cerraban sin ruido; la ventana de al lado estaba á oscuras, señal de que María Magdalena dormía como la mayor parte de los moradores de Maillepré; en el parque no se oía ni un murmullo.

Abrió y cerró la puerta sin hacer el menor ruido y deslizóse silenciosamente hasta llegar á una escalera de servicio, por la que desapareció como un fantasma, llegando á una puerta situada junto á la cocina. Una vez fuera se detuvo un instante bajo los árboles próximos al palacio; tenía miedo. ¿De qué?

La mujer verdaderamente enamorada que va en busca del objeto de su amor, no experimenta temores; pero el amor de Blanca era más bien fascinación, el resultado de un plan diabólico, no la obra de la naturaleza. Blanca iba al encuentro de Roland como el pájaro fascinado se adelanta hacia la serpiente que la acecha.

Si algunos momentos antes, su madre la duquesa de Maillepré, hubiese pronunciado la frase esperada, Blanca se hubiese arrojado á sus piés y habria retrocedido ante el abismo. Había, pues, también más despecho

que pasión, más desesperación que cariño en aquella funesta imprudencia.

Ocultándose en la sombra, llegó hasta el muro de cerramiento, y acercándose á la puerta preguntó:

—¿Estais ahí?

—Sí, abrid.

Blanca obedeció, dando paso á un hombre envuelto en largo gaban, que la estrechó contra su pecho, mientras le decía al oído:

—¡Qué buena sois por haber venido!

Blanca no tuvo fuerzas para contestar ni para defenderse.

El hombre cerró la puerta y avanzó hacia el fondo del parque, sintiéndose orgulloso al penetrar en aquel dominio sobre el cual esperaba adquirir derechos.

La joven le condujo por una arboleda, diciéndole:

—¿Alejémonos? ¡Si nos vieses!...

—¿Quién?

—¡Qué se yo!

El la seguía distraído por el espectáculo encantador que se presentaba á sus ojos en aquel dédalo de bosques.

De pronto observó que el brazo de la joven temblaba.

—¿Qué tienes?—le preguntó.

—Siento frío.

Habían llegado cerca de un pabellón rústico, construido, como todos los de su clase, con troncos sin labrar y cubierto por un techo de paja.

—¿Entramos?—preguntó él sonriendo.

Ella dudaba. Se oía el castañeteo de sus

dientes y se la veía temblar de piés á cabeza.

—¿Qué temes?—le preguntó, estrechándola con sus brazos.

Y sin esperar respuesta, la levantó y penetró con su ligera carga en el pabellón, cuyo interior conservaba el calor del día. A lo largo de sus paredes se destacaban asientos, divanes y otomanas: mesas de bambú y pabellones japoneses completaban el mobiliario, con una lámpara suspendida del techo.

La joven quiso encenderla para disipar las tinieblas que le oprimían el corazón.

—¿Qué imprudencia!—exclamó su compañero cuando vió arder la pajueta en manos de Blanca, apagándola de un soplo.—¿No nos basta con la luz de la luna?

El seductor se sentó á su lado en uno de los divanes, saboreando la idea de su fácil triunfo.

La infeliz conoció en seguida toda la extensión de su falta, pero ya no era tiempo de remediar aquella gran imprudencia. No se atrevió á dar un grito, ni intentó resistir siquiera. Lo que debía suceder, sucedió.

Cuando sonaron las doce de la noche, Blanca, fijos sus grandes y lánguidos ojos en los de su amante, le preguntaba con emoción:

—¿Me amarás siempre?

—¿No te lo he jurado? Siempre.

—Si me engañas, me moriré.

El se levantó, acercó una de las mesas á la puerta, á la luz de la luna. Sobre aquella

mesa había papel de cartas con las armas de Maillepré, tintero y plumas.

—Aquí os escribo—dijo ella.—Amo este retiro porque nada me distrae en él cuando pienso en vos.

En seguida él escribió con grandes caracteres, sobre dos hojas de papel, estas palabras: «Amor eterno.» Después puso la fecha: «13 de agosto de 1871.» Y firmó: »Roland de Serigné.»

Después alargó la pluma á Blanca, diciéndole:

—Firma á tu vez: esta es nuestra acta de matrimonio.

La joven obedeció automáticamente, plegó una de las hojas y la guardó en su pecho como un talismán.

—¿Estás ahora tranquila?

—Sí—murmuró Blanca con voz débil. Y acordándose de pronto, preguntó:

—¿Y ese secreto de que hablabas?

—No quiero arrebatarte el placer de la sorpresa: los periódicos te lo revelarán dentro de algunos días, mañana tal vez.

Y cubriéndola de besos, fingiendo como un actor consumado una pasión delirante, le dijo:

—Lo he sacrificado todo por aproximarme á tí. Me perteneces... y no te abandonaré: ahora podremos vernos todos los días.

La joven, sonriendo y llorando á la vez, le miró con expresión de confianza.

Roland, sentado junto á ella, cogiéndole las manos, le dió cuenta de sus proyectos. Pasados unos días se establecería en el país,

cerca de ella; hablaría á su madre; le repetiría lo que le había dicho tantas veces á Blanca, que no amaba más que á ella, y que su deseo más ardiente era el de obtener su mano, dándole su nombre y su vida.

¿Qué prueba mayor de sinceridad podía exigirle?

--¿Has oído?--dijo Blanca de pronto.

--¿Qué?

--Un ruido.

--¿En dónde?

--Ahí--dijo Blanca, señalando á un mazo de arbustos, próximo al pabellón.

El salió y registró, pero no encontró á nadie ni oyó ningún ruido.

Cuando volvió á entrar en el pabellón, Blanca se había puesto precipitadamente su abrigo, sin tomarse el trabajo de recoger sus cabellos, extendidos desordenadamente por la espalda.

Su amante se esforzó por tranquilizarla, pero en vano. La desgraciada, presa de terror, no se atrevía á salir ni á quedarse.

--¡Alguien está ahí!--balbuceaba temblando.

Creía ver la irritada faz de la duquesa, que enterada de su falta venía á sorprenderla, y la arrojaría después de su casa como á una mujer indigna. Esta idea la aterraba.

Al cabo de un rato, viendo que la duquesa no asomaba, mas segura de haber escuchado el ruido que la alarmó, se repuso, pero sin desechar la idea de que alguien los espía.

Al fin miró á su amante, que sonreía.

--¿Qué temes?--le dijo.--¿No estoy aquí para defenderte? ¿No eres ya la señora de Serigné?... Ven, y no tengas miedo.

Después de todo, Blanca pensó que su amante tenía razón. Ahora ya no estaba sola, tenía un amigo, un amparo, un protector.

--Vamos--dijo.

Atravesaron de nuevo el parque hasta llegar al muro.

Blanca abrió la puerta.

La plaza de la iglesia de Maillepré estaba silenciosa y oscura. Todo dormía.

Roland se separó de la infeliz á quien acababa de engañar. Ella le despidió con estas palabras:

--¡Hasta muy pronto!... ¡Hasta muy pronto!

Roland desapareció en las sombras, después de haberse vuelto diez veces, enviándole besos con la mano.

Cuando oyó, á lo lejos, el ruido de un carruaje que se alejaba, Blanca cerró la puerta y se dirigió al palacio, siguiendo un camino sesgado para evitar una sorpresa, y examinando la sombría fachada.

A través de las cortinas de la habitación inmediata á la suya, se trasparentaba una claridad apenas perceptible.

María Magdalena velaba todavía.

--¿Por qué velaba á aquella hora?--se preguntó Blanca.

De pronto la débil claridad se extinguió.

Transida de frío, tiritando, Blanca Carol subió la escalera por la que había salido. La

puerta estaba entreabierta, como ella la dejó al salir. Nadie, pues, la había seguido.

Redoblando sus precauciones, pasó ligera como una sombra. Algunos minutos después, tendida muellemente en su gran lecho, un lecho de marquesa, veía desvanecerse todos sus temores. Su imprudencia quedaría ignorada, puesto que no había encontrado á nadie; así lo creía al menos.

Se equivocaba: su caída tuvo un testigo y éste se hallaba cerca de ella.

En la habitación inmediata, Margarita Souvray reflexionaba sobre lo ocurrido aquella noche, y oyó el leve rumor de los pasos de Blanca, tan leve, que creyó haberse engañado; pero este incidente y las preocupaciones que agitaban su espíritu, espantaron el sueño de sus ojos.

Se levantó, acercándose á la ventana, cuyas persianas estaban entreabiertas, y allí permaneció inmóvil, apoyada en el respaldo de un sillón, dejando vagar sus ojos por las encantadas perspectivas del parque. ¿Cuánto tiempo permaneció en aquella actitud? No lo sabía ella misma.

De pronto le pareció ver en un claro del bosque una pareja que se dirigía al fondo del parque.

Las sospechas despertadas en su ánimo por las extrañas maneras de Blanca, por los esfuerzos que hacía para dominarse reprimiendo confianzas que querían salir á sus labios, por las cartas que leía, creyéndose sola en las solitarias calles de árboles, aque-

llas sospechas, vagas hasta entonces, tomaron cuerpo en aquel instante.

Impulsada por irresistible curiosidad, rodeó á su cuello una mantilla y salió, observando que la puerta de Blanca estaba entreabierta. Tocó suavemente con los dedos y no contestaron; adelantó después la cabeza, llamó en voz baja á Blanca por su nombre, obteniendo el mismo silencio.

No había duda, Blanca era la que acababa de ver á lo lejos. Pero, ¿quién iba con ella?

Impulsada, no por un sentimiento de envidia ó de malevolencia, sino por su piedad para con la joven que la duquesa le había recomendado con tanto calor, quiso tener la evidencia. Siguió el mismo camino que Blanca Carol, encontró entreabierta la puerta de la escalera de servicio y fuera la huella de los pasos de la fugitiva. Pero más adelante desaparecieron todos los indicios y tuvo que caminar á la ventura por el espeso bosque, mirando y escuchando por todas partes.

Ya iba á renunciar desalentada á su exploración, cuando se acordó del pabellón rústico á donde había visto á Blanca retirarse muchas veces, y se dirigió hacia él siguiendo camino distinto que el que debía seguir la pareja.

Al aproximarse al pabellón llegó hasta ella un confuso murmullo de voces en el que se distinguían fácilmente una voz de hombre y otra de mujer.

Margarita se ocultó temblando detrás de los arbustos que rodeaban el pabellón. Ha-

ría cinco minutos que se encontraba en su escondite cuando experimentó una conmoción parecida á la que puede producir un golpe de maza.

La voz que oía era una voz seca, hecha para las amenazas, no para la súplica, una voz que, á pesar de todos los esfuerzos para suavizarla, resultaba dura é imperiosa.

Sin embargo, no la reconoció desde luego porque en aquel instante Blanca y su amante hablaban bajo, pero de pronto la voz del hombre se elevó en el silencio y Margarita escuchó distintamente estas palabras: «Te amo.»

Entonces desfalleció: El hombre de quien huía, su verdugo, el ladrón de su fortuna estaba allí.

Margarita se asió á una rama para no caer al suelo y la rompió; produciendo el ruido que alarmó á Blanca y obligó á Roland á salir del pabellón.

La joven ahogó un grito de cólera y permaneció muda, pegada á los troncos de los arbustos que la ocultaban.

Los que están acostumbrados á caminar de noche por el campo conocen las fantásticas apariencias que suelen ofrecer los objetos más inofensivos, sobre todo los árboles, y saben lo fácil que es disimular la presencia de una persona permaneciendo inmóvil.

Margarita Souvray lo hizo así y Roland pasó casi rozando sus ropas si verla; pero ella le reconoció desde luego.

En presencia de aquel ser odiado, una cla-

ridad súbita iluminó su pensamiento, recordando los planes que el mismo Roland le revelara en su despacho de la prefectura, de enriquecerse por un casamiento con una joven enfermiza, ignorante de su riqueza.

Aquella joven no podía ser otra que Blanca Carol. La casualidad ponía en sus manos los hilos de la infernal trama.

Pero ¿qué podía hacer ella?

Vió salir á la joven del pabellón apoyándose en el brazo de su amante, les vió entrar en las alamedas, dirigiéndose hacia aquel postigo, por donde había entrado como un ladrón, y, por último, estuvo observando á Blanca, mientras ésta, apoyada en la pared, oía alejarse los pasos del miserable. Entonces se dirigió precipitadamente á su cuarto.

A los diez minutos regresó Blanca, en el momento en que Margarita meditaba sobre aquel problema irresoluble del origen de su compañera.

—Si Blanca no era hija de Susana Carol, ¿quién era su madre?

Una voz secreta le respondía:

—La señora de Maillepré.

Todo, efectivamente, lo confirmaba: las recomendaciones de la duquesa, mil circunstancias que le habían llamado la atención, y después las revelaciones de aquella noche triste.

Quería salvar á la culpable, abrir sus ojos á la verdad, aunque se perdiese ella misma, todo por gratitud hacia la generosa duquesa; pero la misma voz misteriosa que se de-

jaba escuchar en el fondo de su conciencia, le decía:

—¡Es tarde!

XVI

Las ideas de Pedro Meillant.

El conde de Meillant estaba dotado de una excelente memoria, que no le engañaba nunca. Una vez apoderado de un nombre, de un hecho, de cualquier detalle, por insignificante que fuese, lo retenía para siempre.

Pero entre todos los hechos coleccionados por la memoria del joven doctor en quince ó veinte años de estudios, había uno que brillaba entre los demás como una estrella de primera magnitud en medio de una nebulosa: este hecho era su encuentro con la desconocida de la plaza de Clichy un año hacía.

Al salir del cementerio de Montmartre de enterrar á Luisa Souvray, volvió á la calle de Douai, sin encontrar á la joven desaparecida, cuya ausencia le parecía más inexplicable cuanto que creía en la virtud de aquella.

Una carta de su madre, llamándole precipitadamente á su lado, le arrancó de aquellas preocupaciones que le atormentaban. Después estalló la guerra, se alistó en el ejército y la suerte le llevó lejos de los lugares en donde pudo haber encontrado á la desconocida.

La muerte de su madre le hizo abandonar

á Francia, viajando para olvidar y afirmar su decisión para el porvenir. Pero la imagen de la joven le seguía obstinadamente á todas partes.

De pronto la encontró delante de él, pero con otro nombre. No era Margarita Souvray, era María Magdalena: lo afirmaban la duquesa, M. Godet y todo el mundo.

El misterio rodeaba su origen.

Pedro de Meillant llegó á creer que era juguete de una ilusión, pero sin embargo, Margarita le había producido esa impresión que no permite engañarse, equivocando con otra á la mujer amada.

¡Amada! El conde sonreía al pronunciar involuntariamente esta palabra. ¿Se puede amar á una mujer á quien se ha visto un solo momento, con quien solo se han cruzado algunas frases vanas y de la que se ha estado separado meses enteros por las causas más tristes que pueden abrir un abismo entre el pasado y el presente? La razón decía: «no:» el corazón respondía: «tal vez.»

Pedro de Meillant no había podido desechár de su espíritu la imagen de aquella desgraciada joven á quien solo vió durante algunos minutos. Verdad es que al cumplir la obra de misericordia en que se empeñó á consecuencia de aquel encuentro, había oído hablar de ella. ¡Y de qué manera!

Luisa Souvray tenía siempre este nombre en sus labios: «Margarita,» pronunciándole con cariño en medio de sus mortales angustias. Y cuando él se mostraba indignado por la ausencia en tales momentos

de la que llevaba aquel nombre, Luisa la defendía en términos que atestiguaban su ardiente cariño y á la vez una profunda admiración.

—¡Es preciso que haya muerto... no la conocéis... Es un modelo de virtud!

Y ahora aquella Margarita estaba allí, como una aventurera, con nombre supuesto.

¿Cómo desapareció? ¿Qué fatalidad la había alejado del lecho de muerte de su hermana? ¿Es que había dos seres tan semejantes en el mundo, que podían confundirse en la estatura, en la cara y en la voz?

¿Cómo saberlo? ¿Cómo salir de aquella duda que le atormentaba?

Pedro Meillant creyó haber encontrado el medio de conseguirlo, acordándose de Mr. Godet, que tenía verdadera predilección por aquel heredero de Maillepré, á falta de hijos del matrimonio del duque Juan y de la duquesa. La ocasión era fácil de encontrar.

Al día siguiente, paseándose á caballo por el bosque Mr. Godet y Pedro, le preguntó éste:

—¿Quién es esa señorita de compañía que tenéis en Maillepré?

Al hacer esta pregunta, no sabía que llevaba á Mr. Godet á su terreno favorito.

—¡Ah!—contestó sonriéndose Mr. Godet, —¡ah! señor abate! ¡Hemos fijado la atención en esa bonita persona! ¡Mi enhorabuena! ¡Será una deliciosa penitente, eh!

—Deliciosa, en efecto, pero no os pregunté cómo es...

—¡Un tesoro!... ¡Una perla!...

—Os pregunto de dónde viene.

—¿Y qué te puede interesar que una joven venga de este ó del otro lado cuando piensas tomar las órdenes sacerdotales?... Hay que evitar las tentaciones, joven neófito, y María Magdalena es una tentación furiosa.

Pedro de Meillant puso la mano sobre el brazo del viejo.

—Miradme bien—dijo;—no soy accesible á la tentación; soy frío como el hielo. Pero soy curioso, y esa joven ha picado mi curiosidad.

—No ha sido á tí solo. Mira á Lignerés, que está perdidamente enamorado. ¡Ah! ¡Si ella pudiese arrancarte tus estúpidas ideas!...

—Volvamos á Lignerés.

M. Godet bajó la voz, como si se tratase de revelar un secreto grave.

—En confianza, te diré que ha querido encargarme de una misión... de interceder en su favor cerca de María Magdalena, y he rehusado.

—¿Por qué?

—Por que no me agradaba... Está loco... quiere casarse.

—¿Con ella?—exclamó Meillant,

—¿Por qué no?

—¿Y qué piensa ella?

—No quiere oír hablar de matrimonio.

—¿Os lo ha dicho ella misma?

—No, me lo ha dicho Lignerés.

—Eso me extraña...—dijo sencillamente Pedro Roger;—sería un partido inesperado

para ella que, después de todo, no tiene nombre, ni familia, ni un céntimo.

—¿Eres también como los demás?—gritó Godet casi colérico.—¿Eres como esa vieja Lignerès, llena de preocupaciones? ¿No encuentras hermosa á esa joven? ¿No vale quizás más no tener padres conocidos, es decir, ser tal vez hija de príncipes, que serlo de cualquiera de los muchos estúpidos que conocemos? ¡Ah! ¡si yo fuera joven! Pero no tenéis sangre en las venas.

—Yo no os pedía tanto—dijo el conde aparentando indiferencia.

—¿Pues qué queréis saber?

—Sencillamente, dónde estaba esa joven antes de venir á esta casa.

—¿No te lo ha dicho tu tía?

—Sí, pero me agradecería que lo confirmáseis.

—¡Vaya una idea! Estaba en Rusia!

—¿Desde cuándo?

—Hacia dos ó tres años.

—¿Por qué salió de allí?

—Porque se aburría. Después se alistó como enfermera durante la guerra.

—Ya lo sé. ¿Buscaba la muerte?

—Tal vez.

—¿Era desgraciada?

—Sin duda.

—Os lo ha dicho ella?

—No. Es un rumor que ha llegado hasta mí, no sé cómo.

—Sabeis si ha vivido en París?

—No lo creo, á no ser de muy niña, cuando estaba en el colegio.

—¿Es eso todo lo que sabeis de su historia?

—No, caballerito, no es eso todo. Sé mucho más, y si quisiera, os admiraría.

—¿Cómo?

—Diciéndote que María Magdalena no es una advenediza, que viene de buen origen...

—¿Tendrá algún protector poderoso?

—Tal vez.

—Que velará por ella, y que después, cuando ménos lo espere, le caerá de las nubes una fortuna.

—Es probable.

—¿Y creéis que ella lo ignore?

—Absolutamente; estoy seguro de ello.

—Esto es muy novelesco.

—Hay muchas novelas en la vida, señor abate en ciernes,—dijo el viejo poniendo su caballo al trote largo.

Los dos amigos no pronunciaron una palabra hasta llegar al palacio.

El conde reflexionaba después de haber almacenado cuidadosamente en su memoria las noticias suministradas por M. Godet, haciendo las deducciones naturales de aquellos datos.

Empezaba á dudar de que la protegida de la duquesa fuese su antigua conocida.

Recordaba haber oído hablar á su madre de disentimientos en el matrimonio Maillepré y de la separación de los esposos, á la que siguió la muerte del duque en el extranjero.

Las insinuaciones de M. Godet, relativas á la posibilidad de que María Magdalena se

encontrase el día menos pensado poseedora de una fortuna, sus reticencias sobre el origen de esta muchacha, le hicieron sospechar que esta protegida de la duquesa, fuese hija del duque y de alguna joven seducida por él. Su viva imaginación forjó en seguida la novela de aquella existencia ignorada.

La mujer seducida muerta, el fruto de la seducción educado secretamente, la duquesa conoedora de todo, levantando tempestades en el lugar. Así se explicaba la separación y la muerte, accidental ó voluntaria, en lejanos países. ¡La eterna historia de los amores adúlteros!

Las frases ambiguas de M. Godet, su entusiasmo por María Magdalena, no se explicaban sino como un efecto del cariño que siempre había profesado á los Maillepré, y la ternura de la duquesa no era más que el cumplimiento de la última voluntad de su marido, porque la señora de Maillepré no tenía amigos ni parientes que le hubieran podido confiar semejante misión.

Pedro de Meillant, con la lógica de su espíritu sereno y recto, reconstituía el pasado con tanto acierto como el sabio arqueólogo reconstruye una ciudad desaparecida con algunos fragmentos desenterrados al cabo de los siglos, ó un animal antidiluviano con una parte de su esqueleto.

Pero lo que le torturaba era la certidumbre, que en vano trataba de desmentir en su ánimo, de que María Magdalena era la misma joven que encontró en París, llamada Margarita Souvray, y que, por lo tanto, era

una intrigante, una embustera que usurpaba un lugar que no le pertenecía. Este era el punto oscuro que necesitaba aclarar.

Cuando llegaron al castillo, M. Godet se retiró inmediatamente á su cuarto, mientras el conde, absorbido en la resolución de aquel problema, vagaba por el parque. Al dar la vuelta á una de las alamedas, se detuvo ante un banco, en el que estaba sentada Margarita con un libro en la mano.

El conde estuvo á punto de llamarla por su verdadero nombre, empleando ese recurso infalible de la policía para sorprender á los criminales. Es muy raro que el culpable no se haga traición á sí mismo por un movimiento involuntario, al oír pronunciar su verdadero nombre; pero el joven no consideró digna de él semejante extratagema.

—Señorita...—le dijo, aproximándose á ella.

Margarita levantó la cabeza.

—¿Vos aquí, señor conde?

—Me considero dichoso por haberos encontrado. ¿Estais sola?

—Ya lo veis. Blanca acaba de abandonarme.

—¿En dónde está?

—En el pabellón... en el centro del parque...

—Ah!... Bien... Ya sé. ¿Qué haciais por aquí?...

—Poca cosa. Este calor es abrumador.

—¿Dormiais?...

—No faltaba mucho.

—Vamos, animaos un poco... Un sol tan

hermoso no puede engendrarla melancolía. Parece que habéis sido desgraciada....

—Es verdad...—murmuró la joven.

—Y que habéis sufrido mucho por causas que ignoro....

—¡Ay!...

—¿Queréis pasear un rato?—preguntó el conde, sonriendo.

—No tengo dificultad—contestó la joven, sintiendo oprimirse el corazón, en la duda de lo que iría á decirle.

—M. Godet me ha hablado mucho de vos—dijo, después de caminar un corto trecho silenciosos.—¿Por qué estabais tan afligida cuando os encontró M. Godet, que tiene á orgullo el haber sido el primero que os vió cuando llegábais á Maillepré?

—Como llegaba á un país en donde no conocía á nadie....

—¿No habeis sido enfermera en las ambulancias del ejército?

—En efecto, lo fui.

—Pudimos habernos encontrado, porque yo era médico en el ejército de Metz... ¿En dónde habeis estado?

—En Orleans, en Beaugency, en Dijón y en las cercanías de Besanzon...

—¿Teníais una amiga?...

—Sí, una joven á quien lloraré siempre... Murió... ¿Por qué no moriría yo en su lugar?...

—¡Vos! ¿Y por qué?

—Porque yo era más desgraciada que ella, que al menos podia tener confianza en el porvenir,

—¿Y vos?

—Yo, no,—dijo moviendo la cabeza.

—¿Era de vuestra edad?

—De la misma. Si la hubiéseis conocido, la habríais admirado. Era un ángel de bondad y de hermosura.

—¿Rubia ó morena?

—Ni rubia ni morena: tenía el cabello castaño claro.

—¿Como el vuestro?

—Es verdad.

—¿Y su talla?

—Parecido al mio. Había entre las dos muchos puntos de semejanza: sus ojos especialmente eran del color de los míos.

Pedro de Meillant no desperdiciaba uno solo de estos detalles, registrándolos en su memoria.

—De modo que aquella joven murió...

—Herida por un proyectil de obus.

—¿En dónde?

—En un pueblo del distrito de Ornans, hacia la frontera de Chapelle-aux-Ifs.

—¿Y fué enterrada allí?

—Sí, gracias al cura...

El conde sabía bastante sobre el particular, y no creyó oportuno por entonces preguntar más á la joven, cuya turbación era bastante. Quería conocer toda la verdad, pero sin avergonzarla y evitándole torturas inútiles. Su rostro manifestaba tanta indulgencia, que Margarita Souvray, sintiéndose atraída por él, iba recobrando poco á poco la confianza.

—¿No fuisteis á París—preguntó después

de un instante de reposo—algunos meses antes de la guerra?

Margarita contestó con un gesto equívoco, que lo mismo podía tomarse por una afirmación que por una negación.

—Yo estuve allí—dijo él sin insistir en su pregunta.—Por cierto que me sucedió una singular aventura. Una noche volvía de casa de un compañero por la plaza de Clichy, ya tarde, cuando pasó á mi lado una joven alta como vos... Le dirigí la palabra. No sé, la verdad, cómo me atreví, porque soy muy tímido con las mujeres; pero la joven me había impresionado mucho, y me pareció muy interesante... Es imposible que tengais idea del desaliento de aquella pobre muchacha: era la desolación en persona. Quizás esto me dió valor. ¿Me escuchais?

Diciendo esto, dirigió una rápida mirada á la hija del coronel, que se había puesto lívida.

—Me dijo—continuó el conde—que vivía en la calle de Douai... que tenía una hermana menor agonizante. Yo adiviné un infortunio inmenso; le ofrecí mis servicios como médico y me permitió ir á verla al día siguiente. En efecto, fui, y encontré á la enferma en un estado de agitación indecible... Su hermana no había vuelto... y la infeliz enferma se entregaba á toda suerte de conjeturas. Me acordaré toda mi vida de la sublime confianza con que la pobre niña defendía á su hermana ausente, á la que no debía volver á ver. Estas dos jóvenes habían tenido mejores tiempos... Su padre era un honrado militar que debía tener alguna

fortuna... La enferma, llamada Luisa Souvray, me hizo algunas confidencias que he olvidado después...

El conde mentía en esto, pero tenía sus razones para callarse respecto á aquel punto.

—Continuad—dijo como en tono de súplica la joven.

—¿Os interesa mi aventura?

—¿No le interesaría á cualquiera lo mismo?

—Tal vez. La fortuna de las dos hermanas había desaparecido no se sabe como, sin quedar de ella más que algun que otro vestigio en la triste habitación en que agonizaba la más joven, víctima de la implacable tísis... En fin; estuve veinticuatro horas al lado de aquella pobre niña, que me habló como si hubiese sido su hermano, contándome su infancia, la de su hermana, que nunca se había separado de ella y á la que adoraba, sus desdichas. Al caer la tarde espiró puedo decir que en mis brazos. Yo había llegado á ser su amigo... Esperé un día más y su hermana no pareció. ¿Qué le había sucedido? No he logrado saberlo.

Acompañé solo el cadáver al cementerio, en donde le compré una sepultura, haciendo grabar en la piedra su nombre, y después volví á mi casa pensando en tan extraña aventura. Poco á poco llegué á formar mi juicio, convencíendome de que algún miserable debió robar á aquellas niñas, reduciéndolas á una miseria tanto más cruel, cuanto que habían tenido una posición desahogada. Después... ¡quién sabe! Quizás se suprimió á

la víctima que hubiera podido quejarse... ó ella misma, desesperada... buscó en la muerte un consuelo á sus penas.

—¿Y después?...— preguntó ávidamente Margarita.

—En seguida volví á mi vida ordinaria, y olvidé esta historia, que no sé por qué os he contado.

El conde no miró á su compañera, adivinando quizás las lágrimas que derramaba en silencio, y los suspiros que se esforzaba por contener, dejándola en la creencia de que nadie la había visto llorar ni oído sus suspiros.

En esto se presentó M. Godet, acompañado de las señoras de Lignerés y Maillepré y de Blanca, y agitando un periódico, dijo dirigiéndose á la pareja:

—¡Hay novedades! Tenemos otro prefecto en Bourges.

—¡Bah!—dijo Pedro con indiferencia.—¿Qué prefecto será?

—Algún jacobino, ó peor todavía... algún renegado. Un esbirro de la alta policía.

—¿Cómo se llama?

M. de Serigné.

Pedro de Meillant volvió la cabeza.

—¿Cómo decís?

—Un tal de Serigné. ¿Le conoces acaso?

El joven conocía perfectamente aquel nombre, guardado en una de las innumerables celdas de su cerebro: se lo había enseñado la pobre Luisa Souvray. Pero no retrocedió ante una segunda mentira, tan inofensiva como la primera, al ver temblar á Margarita.

—Esperad... no... no le conozco. ¿Cuándo llega?

—Dentro de una semana.

—Bien—pensó Pedro para sí.—Tengo tiempo.

Y añadió en voz alta:

—No tardaremos quizá en vernos honrados con su visita.

Mr. Godet balbuceó algunas frases que no debían ser muy favorables para el nuevo prefecto del Cher.

Blanca Carol entre tanto experimentaba una verdadera explosión de alegría y pensaba:

—Me lo prometió... y viene. No me engaña. Todo lo hace por mi.

Y aproximándose á Margarita la miró, vió sus ojos húmedos y cogiéndola del brazo le dijo:

—¿Llorais? ¡Ahora que soy dichosa!

—¿Dichosa?—murmuró la joven.

—Sí.

—¿Por qué?

Blanca se empinó sobre las puntas de los pies y dijo á su compañera al oído:

—El viene, y le amo. ¡Silencio! Ya os lo contaré todo.

XVII

Madre é hijo.

Roger de Lignerés había visto al conde de Meillant en conversación con Margarita y les siguió con la mirada en su paseo por el

parque. Cuando la joven llegó á la gran avenida, el antiguo oficial estaba al lado de monsieur Godet, á quien acompañaban la señora de Lignerés y la duquesa, y á las cuales se unió Blanca después.

Roger advirtió la turbación de Margarita; pero no conociendo la causa, sintió celos del conde, bien que estos celos no pudiesen tener funestas consecuencias entre dos hombres que se estimaban y se querían como ellos, no teniendo más resultado que avalorar á los ojos de Lignerés el mérito del objeto de su amor y decidirle á asegurar la posesión de él.

Pero necesitaba, ante todo, convencer á la marquesa de la necesidad de aquel matrimonio para conservar la armonía entre ella y su hijo, y después obtener el consentimiento de la principal interesada, de María Magdalena, rebelde al matrimonio.

No habría el grupo caminado cincuenta pasos cuando Roger llamó á su madre, diciéndole:

—¿Me queréis conceder cinco minutos?

La marquesa miró á su hijo antes de contestar. Desde las confidencias de Roger, madre é hijo vivían, por decirlo así, en una especie de paz armada.

—¿Tienes algo que decirme?

—Sí.

—¿Es asunto grave?

—Bastante.

—Soy contigo.

Roger añadió:

—Si la señora de Maillepré quiere escu-

charme al mismo tiempo, se lo estimaré mucho.

La viuda frunció el entrecejo, porque conociendo el afecto de la duquesa por la joven María Magdalena, no dudaba de que ayudaría á su hijo; así es que la recusó con empeño. Pero como Roger había pronunciado de intento en alta voz sus últimas palabras, la duquesa las oyó y dijo:

—Soy todo oídos, querido Roger. ¿De qué se trata?

—De lo siguiente: Creo no deciros nada nuevo al manifestar que no pienso permanecer soltero toda mi vida.

—Me parece muy bien—dijo la duquesa.

—He resuelto, pues, casarme, y pronto.

—Os felicito con toda el alma—dijo la duquesa.

—Bueno es casarse—rectificó la de Lignerés,—pero es necesario saber con quién.

—No ignorais mis intenciones....

—¿Y persistes en ellas?...

—Y aun pudo afirmaros que no cambiarán nunca.

—Perfectamente. ¿Y tu pretendida, insistes en las tuyas?

—Por desgracia. Por eso precisamente deseaba que la duquesa asistiese á nuestra conversación, para rogarle que intercediese en favor mio....

La duquesa miraba á los dos interlocutores, observando el desagrado y la exasperación que producían en su prima la señora de Lignerés los propósitos de su hijo.

—Duquesa,—añadió Roger—concededme lo que os pido.

—Desde luego; pero olvidáis lo más interesante; es decir, darme á conocer á vuestra pretendida.

—¿No la conocéis?

—Quizás, pero por conjeturas,—dijo la duquesa sonriendo.—¿Será, acaso, María Magdalena?

—La misma.

—¿Ha tenido el talento de convenceros tan pronto de sus méritos?

Roger de Lignerres habló entonces con la elocuencia y el fuego del amor, recordando la escena en que le habia dicho: «No tengo más que un nombre, me llamo la Caridad», exponiendo á la duquesa las malas tentaciones que le inspiraba la soledad de la vida campestre, en que le recluía su madre; su deseo de conciliar el respeto debido á la autora de sus días con las distracciones propias de un hombre de su posición; sus gestiones para encontrar mujer, y por último, su encuentro con María Magdalena, sus instancias y la oposición de la joven al matrimonio, concluyendo con esta palabra, que era la fórmula de su porvenir:

—Ella ó nada.

Las dos mujeres se miraron en silencio.

La madre de Roger lo rompió, exclamando:

—¡Eso es una insensatez!

La marquesa replicó sencillamente:

—No lo creo así. Si te opones por cuestión de dinero, eso se arregla.

—¿Qué me importa el dinero?—exclamó Roger.—No es una dote lo que quiero, sino una mujer, y entre las mujeres solo quiero á una: á ella.

—Yo,—dijo á su vez la marquesa—no desprecio el dinero indispensable para sostener el rango; pero hay una cosa que pongo sobre todas las demás: ¡el honor!

—¿De qué honor habláis?—dijo Roger.

—Del honor de un nombre que debe conservarse sin mancha.

—Las tiene el sol.

—En la familia de Lignerres—prosiguió la viuda—no he visto que ninguno de nuestros abuelos se haya decidido á casarse con una mujer sin nombre... Nuestros padres eran personas de buen juicio—siempre los he juzgado así—pero...

—¿Qué?—preguntó el enamorado joven.

—Pero tú eres mayor de edad, dueño de tus actos... Eres libre para elegir... No quiero que me acuses un día de haberte hecho desgraciado: he cumplido mi deber.

—¿Y no os opondréis?

—No, si los hechos os dan la razón contra mis presentimientos.

—De modo—dijo la duquesa—que solo falta el consentimiento de María Magdalena.

—Yo os ruego que lo obtengais.

—¿Y tú? querida—preguntó la duquesa á su prima.

—Puesto que es preciso... dijo suspirando.

Se alejaron en silencio, encaminándose hacia el palacio.

Desde el fondo de la Avenida, M. Godet, acompañado de las dos jóvenes y de Pedro Meillant, no había perdido de vista á Roger, su madre y su tía, lanzando furiosas miradas á Meillant, que se dejaba arrebatarse aquel diamante sin disputarlo.

Al llegar á la terraza, Roger estrechó las manos de la duquesa, repitiendo:

—No lo olvidéis... me lo habéis prometido.

—Descuidad... yo le hablaré.

La señora de Lignerres arrugaba su frente, haciendo para sí este juramento:

—¡Una bastarda como ella! ¡Nunca!

XVIII

Revelaciones.

M. Godet no estaba satisfecho: las cosas tomaban un giro que no le gustaba, porque él también tenía sus proyectos acerca de María Magdalena, y no era al marqués de Lignerres á quien quería ver enamorado de la hija del coronel. No odiaba al joven, pero aborrecía á la madre. Cuando se enteró de la concesión que ésta había otorgado á su hijo se trastornaron todas sus ideas sobre el carácter de la marquesa.

Desaparecía el obstáculo más insuperable, á juicio suyo, para la unión de Roger y María Magdalena, porque ésta seguramente no rehusaría un partido como el que le ofrecía el joven y apuesto heredero de la fortuna de Lignerres.

El candidato de M. Godet—porque lo tenía, y es excusado añadir que este candidato se llamaba el conde de Meillant—podía considerarse derrotado, ó, por mejor decir, el derrotado era el mismo M. Godet, porque no hay vencimiento sin lucha, y el protegido del anciano confidente de la duquesa no había pensado, ostensiblemente al menos, en disputar á nadie la posesión de la joven, y hasta eludía la conversación sobre ella.

Aquella tarde renunció M. Godet á su paseo por el bosque, lo cual era en él síntoma de una agitación extraordinaria. En cambio estuvo horas enteras en la terraza, en el lugar donde algunas semanas antes escuchó las confidencias de la señora de Maillepré. ¿Qué esperaba allí? Al conde de Meillant, que, en efecto, pasó por allí en compañía de Blanca, con quien se había paseado familiarmente después de almorzar.

Allí se separaron, y el viejo detuvo entonces al conde, cogiéndole del brazo.

—¿Sabes lo que sucede?—le preguntó.—María Magdalena ha encontrado marido.

—¿Sí?

—Como tengo el honor de deciroslo, caballero—dijo el viejo con ironía.

—Tanto mejor para ella—dijo el joven, aparentando indiferencia.—No me admira, después de todo.

—Ni á mí. Lo que me sorprende es que la marquesa de Lignerres se humanice hasta el punto de autorizar el casamiento de su hijo con María Magdalena.

—Harán una hermosa pareja—dijo Pedro

de Meillant sin perder la calma;—pero...

—Pero... ¿qué?

—Que todavía no se ha realizado.

—¿Quién lo podría impedir?—preguntó M. Godet en un raptó de alegría, que duró poco, pues el conde contestó:

—No seré yo, por cierto.

—¿Quién entonces?

—¡Quién sabe!

El viejo frunció las cejas.

—Me has dado una falsa alegría—dijo.—

Yo suponía que eras tú quien trataba de oponerse...

—¿Con qué derecho?

—Te creía bastante inteligente para comprender tus intereses.

—No os entiendo.

—Cuando se tiene un tesoro al alcance de la mano y se abandona á otro, se comete una tontería.

—Bien; ¿pero quién prueba que María Magdalena es un tesoro?

—¿Quién lo prueba, desdichado?—gritó M. Godet.—¿Eres ciego?

Pedro procuró calmar á su amigo, diciéndole con amabilidad:

—Vamos, no os incomodéis, tío mío.

Era una frase cariñosa con la que solía lisonjear al buen señor.

—Convengo—añadió—en que es una joya adorable...

—Esa es la palabra.

—Físicamente...

—Por todos estilos—amplió M. Godet.

—No la conocéis más que algunas semanas.

—¿Y no es bastante?—pregúntale á Ligeres, que está loco por ella.

—¡Oh! eso es diferente. La ha visto en la guerra, le debe cuidados solícitos, y eso es un lazo suficiente.

—Puede muy bien ser un tesoro, como decís, para él más que para otro, sobre todo si aspira á casarse...

—Mientras tú prefieres otra cosa... la sotana, por ejemplo,

—Quizás.

—¿Dices «quizás»?—preguntó M. Godet, notando una señal de indecisión en el joven.—¿No lo sabes, pues, de cierto?

El tranquilo semblante de Pedro mudó de color:

—Nada es cierto mientras está por hacer—respondió.

—¡Ah! ¡Si eso que tu piensas fracasase del todo!...

—¿Seríais dichoso?

—Por lo que me resta de vida.

—Pues bien, puedo daros una satisfacción con una sola palabra: «Esperad.»

—¡Oh! si dijeras la verdad, habría aquí dos seres que te bendecirían.

—Vos desde luego...

—Sin duda.

—¿Y el otro?

—La duquesa. ¿Es que no se puede hacer el bien por todas partes, cuando se tiene tu fortuna, tu corazón, tu bondad?... ¡porque tú eres bueno!

—Veremos; pero oid una palabra... entre nosotros, quiero hacerlos una confidencia.

Yo mismo no puedo asegurar en este instante si romperé ó no con el mundo, si renunciaré ó no renunciaré á mis ideas; esto dependerá...

—¿De qué?

—¿No lo diréis á nadie?

—¿Por quién me tomas?

—Pues bien, dependerá de un problema científico, cuya solución persigo, ó por mejor decir, de un problema que me he propuesto y que aun no estoy en estado de resolver.

—Un poco oscura es la confidencia.

—Mejor, así no descubriréis el secreto.

—¿Y el secreto es indispensable para tu operación?

—Un secreto absoluto.

—¿Será larga?

—No mucho.

—Procura apresurarte, porque si dejas marchar tu tesoro, no hallarás otro semejante.

—Sí.

—Repito que no. ¿Ves como no lo conoces? Desde luego vale más que tú piensas, aun desde el punto de vista del interés material.

—Eso no me preocupa.

—Se dice, pero en el fondo á nadie le desagrada encontrar en el bolsillo de la mujer amada una buena suma.

—¿Y se encontraría en el bolsillo de María Magdalena?

—Eso es.

—Me admirais.

—Reflexiona. Desde luego me agrada...

—Lo cual quiere decir que será vuestra heredera.

—A alguien he de dejar mi modesta fortuna: no tengo parientes.

—Ya parecerán; estad tranquilo.

—¡Que vayan al diablo! Quiero más á una joven que alegre mis ojos que á los parientes á quienes no he visto nunca. Pero no es esto todo.

—¿Qué más?

—Esta joven tuvo un padre... como todos lo hemos tenido... Este padre pudo haberla dejado algo...

—Faltaba que lo tuviese.

—Era muy rico.

—¿Lo conocíais?

—Es posible.

—¿Por qué no decís su nombre?

—No puedo... he prometido callarlo... Pero puedo decirte: «Sí le conozco.» ¿Quién te dice que esta no sea una de las causas de mi afecto hacia la joven?

—¿Era amigo vuestro su padre?

—Lo era, y yo sentía por él profundo afecto, que le ha sobrevivido.

M. Godet se detuvo un momento después de pronunciar solemnemente y muy emocionado estas palabras.

Pedro de Meillant reflexionaba sin alterar su aire indiferente. Era increíble el número de datos que le proporcionó esta entrevista.

—Entonces, María Magdalena ¿será un gran partido?—exclamó.

—Excelente, sin disputa.

—¿Lo sabe ella?

—No. La pobre ha sido víctima de un sentimiento que comprenden los que saben lo que es la vida. El porvenir le reserva una compensación, tanto mayor cuanto que la persona que ha podido ser culpable para con ella, lamenta amargamente su dureza, ó mejor dicho, su falta, y quiere repararla.

Con que al buen entendedor...

El viejo se encerró después en un absoluto silencio.

Pedro de Meillant aparentó que no comprendía las explicaciones de M. Godet. Era la tercera mentira que se permitía desde que le presentamos al lector, porque había comprendido perfectamente.

Los dos amigos guardaron silencio un largo espacio. El viejo le interrumpió para repetir su frase final:

«Al buen entendedor...»

Amaba á Pedro con cariño verdaderamente paternal, y este cariño le llevó quizás demasiado léjos.

El joven aparentaba seguir los giros de las golondrinas que volaban alrededor del palacio; pero su pensamiento estaba en otra parte. No dudaba ya de que Maria Magdalena era hija del duque de Maillepré.

Esto era evidente para él; pero en seguida surgía la oscuridad con el mismo problema de siempre: «¿Cómo la hija del duque había sido reemplazada por otra al lado de la duquesa? ¿Qué movíl impulsaba para realizar esta sustitución á la joven del boulevard Clichy? ¿Cuál era su excusa? Porque, forzoso es

decirlo, Pedro de Meillant no se resolvía á considerarla culpable.

M. Godet lo observaba.

De pronto le dijo el joven:

—¡Ah! se me olvidaba. ¿Sabeis que me voy mañana?

—¿Tú?—preguntó sorprendido el viejo?

—Sí, me ausento.

—¿Por mucho tiempo?

—Por algunos días.

—Entónces todo se ha consumado. Cedes á otro tu lugar.

—¿A quién?

—A Roger de Lignerés ¡pardiez!

—¡Oh! no pretendo disputar á nadie la plaza. Y además, si se aman...

El viejo se apretó la cabeza desesperadamente con las manos.

—Bah—le dijo Pedro,—calmaos. Todavía no hay nada hecho. Y si quereis que os diga más, oidme: creo que ni Lignerés, ni otros se casarán jamás con Maria Magdalena.

XIX

La voz de la conciencia.

Indudablemente se había turbado la paz de los huéspedes de Maillepré.

La duquesa se había retirado temprano al salón en que había recibido á Margarita al día siguiente de su llegada.

Comprometida á hacer la causa de Roger, le faltaba la resolución con que se acometen las empresas que agradan.

Susana Carol esperaba las órdenes de su señora.

—¿Y Blanca?—preguntó la duquesa.

—La señorita se ha retirado á sus habitaciones.

—¿Qué te ha dicho?

—Nada. La señora duquesa ha debido observar que aparenta no acordarse de la escena de ayer.

—En efecto.

—Y que parece menos agitada que antes.

—Eso es buena señal—suspiró la señora de Maillepré.—¡Ah, mi querida Susana! ¡qué de pesares nos están quizá reservados aún!

—Es preciso esperar...

—¡Deseo tanto la felicidad de esta niña! Susana guardó silencio.

—Vamos á la otra—dijo la duquesa haciendo un gesto de resignación.—¿Por que se ha enamorado Roger de ella? ¡Hubiera querido conservarlas siempre á mi lado, conservarlas á las dos, Susana.

—¿Ama M. de Lignerés á la señorita María Magdalena?

—Como un loco.

—Si la señora duquesa me permite advertirle una cosa...

—¿Necesitas acaso permiso?

—Ese matrimonio no se realizará.

—¿Crees eso?

—La señora de Lignerés no lo consentirá nunca.

—Es posible... tanto mejor... pero he prometido hablarle. Llama á María Magdalena.

—Sentaos—dijo á ésta la duquesa, cuando

entró.—Tengo que hablaros seriamente.

Margarita estaba cien veces más turbada que la duquesa, esperando á cada momento oír de sus labios los reproches que merecía.

—M. de Lignerés—continuó diciendo la duquesa—me ha hecho partícipe de sus sentimientos: ha creído poder declararse á vos, y, en efecto, sois libre, y sólo dependéis de vos misma.

La hija del coronel murmuró:

—Yo pienso de otro modo, señora. He escuchado á M. de Lignerés á mi pesar, porque no podía hacer otra cosa. Tenía mi resolución formada de antemano.

—¿Cuál era vuestra resolución?

—La de permanecer como estoy..... si puedo.

—¿No tenéis otra ambición?

Margarita levantó hacia la duquesa sus ojos, impregnados de tal expresión de reconocimiento y tan suplicantes á la vez, que la señora de Maillepré experimentó una fuerte emoción.

—Podéis, sin embargo, aspirar á más—dijo la duquesa emocionada.

—¡Oh! No, señora.

—Estáis en un error, y para probároslo no tengo que decir más que una palabra.

Margarita palideció, creyendo que la duquesa iba á descubrir el misterio del nacimiento de su compañera en el hospital, de la muerta en Chapelle-aux-Ifs, y en tal caso su conciencia le ordenaba confesarlo todo, porque si había ocupado el lugar de una infeliz como ella, el honor le prohibía aceptar

el puesto de una privilegiada. Se dispuso á escuchar á su bienhechora; pero con tales muestras de temor y de ansiedad, que aquélla le dijo:

—Tranquilizaos, porque lo que voy á decirnos no tiene nada de temible para vos. Si no os lo he revelado antes, es porque quería conoceros, estudiaros, y lo he hecho. Os conozco, querida niña, y os amo. El hombre que os conduzca al altar, se llevará, no sólo una mujer buena y hermosa, sino una fortuna... Vuestro padre era rico...

Margarita cerró los ojos, murmurando:

—No necesito riquezas, señora; me basta vuestra protección.

—Mientras que viváis conmigo, quizá; pero ¿qué será de vos el día en que yo falte? Pero, en fin; esto me pertenece á mí. No temáis: los bienes de Maillepré son suficientes para contentar á todo el mundo...

—Pero...

—Si yo quiero ser generosa con vos, y esta generosidad no es sino justicia, por la alegría que habéis traído á esta casa, ¿por qué habíais de rechazar esta generosidad mía?... Pero dejemos estas cuestiones de intereses, que me son enojosas, y vengamos á nuestro asunto. Roger de Lignerés me ha encargado que os hable y que interceda por él... Os quiere por esposa, como os ha dicho.

—Es verdad...; pero he creído que se trataba de un entusiasmo pasajero, irreflexivo...

—No, muy serio: he hablado á su madre y ésta accede.

—¡Imposible!

—¿Por qué? ¿No valeis por todos los Lignerés del mundo? Y aquí, para entre nosotros, quien sale ganando en este matrimonio es Roger.

—¡Oh, señora!

—Parece que os ama hace tiempo, desde que fué herido... El corazón—añadió sonriendo,—es lo que más ha sufrido, según dice, y cree que solo vos podeis curárselo. ¿Consentís?

—Ya he dicho que no, señora.

—Por qué lo rechazais?

—Porque tengo el deber de hacerlo.

—¿El deber?... No lo entiendo. No lleveis la delicadeza hasta la exajeración. Creéis que sois pobre...

—Lo soy.

—Dejemos ese detalle... que es secundario... Lo que el marqués desea no es la dote, sino la mujer que le ha enamorado: en eso demuestra un desinterés loable.

—No tengo familia...

—¿Son esas todas vuestras objeciones?

—No.

—Decid las demás.

Margarita permanecía en silencio.

—Vamos—dijo cogiéndole las manos, interpretando mal la emoción que impedía hablar á la joven,—respondedme como á vuestra mejor amiga, como á una madre. ¿Teneis otro afecto?

—No.

—¿Os disgusta Roger?

—No.

—Es preciso que sienta por vos una pasión verdadera para atreverse á afrontar las iras de su madre, como lo ha hecho.

—No quisiera ser motivo de discordia entre ellos.

—Tranquilizaos. La marquesa no tiene otro hijo... y después de todo, una madre puede luchar, defender ciertas ideas, obedecer á preocupaciones, pero acaba siempre por ceder. Más tarde conocerá lo que valeis... Yo estoy casi celosa de mi prima.

—Pues bien, señora, conservadme á vuestro lado, os lo suplico. Al decir esto Margarita hizo ademán de arrodillarse ante la duquesa. Esta la detuvo y la llevó hacia sí, profundamente afectada por aquel grito del corazón de su protegida.

—Yo lo quisiera así, hija mía—dijo dulcemente besando á la joven;—pero no tengo marido que ofreceros... ¡Ah! ¡Si tuviese uno!

Y levantándose—dijo vivamente.

—En resumen: ¿qué digo á ese desgraciado Roger?

Pensad que M. de Lignerés os dá la prueba más grande de amor que puede dar un hombre...

—Pues bien—contestó Margarita—decidle que quiero reflexionar y que ya le contestaré...

—¿Cuándo?

—Dentro de un mês. ¿Es mucho?

—No, no—dijo la duquesa—satisfecha por este aplazamiento.
Convenido.

Después besó á su protegida y la condujo hasta la puerta.

Al quedarse sola, pensaba:

—Su frente estaba inundada de sudor... ¡Es extraño! ¿Qué tendrá?

Margarita, al llegar á su habitación, se arrodilló.

—¡Dios mío!—exclamó.—¿Por qué he venido á esta casa? ¿Quién me salvará?

XX

Las tres estaciones de Pedro Meillant.

A las siete de la mañana vió Margarita Souvray desde el balcón donde admiraba las hermosas perspectivas de Maillepré, un coche que se detuvo cerca de la escalinata, al tiempo que el sobrino de la duquesa, con una maleta en la mano, salió del vestíbulo, examinó la fachada, saludó á la joven, que se puso roja como la grana, y montó en el coche, que siguió la gran avenida y el camino de Bourges.

¿A dónde iba? Nadie lo podía decir; ni siquiera su amigo Godet, ni la duquesa misma; no lo había dicho á nadie, contentándose con advertir que su viaje duraría una semana.

En Bourges, el conde tomó billete para París, llevando en el alma la imagen de Margarita y el afán de esclarecer el enigma de su estancia en Maillepré con distinto nombre que el suyo.

Su instinto le advertía que en todo aquello palpitaba un drama sombrío, cuyo desenlace trágico se aproximaba.

El nombre del nuevo prefecto de Bourges, que ya había oído en la calle de Douai de labios de la inocente víctima, le parecía una amenaza. ¿Qué sucedería?

Iba en busca de armas para defender á los que amaba.

Su primera visita en París al salir del Gran Hotel, en donde se hospedaba, fué para la calle de Douai. Al llegar á la puerta de la casa donde vivieron las dos hermanas, tropezó con un individuo de mala traza y repulsivo aspecto. Era nuestro conocido Pablo Bordier, que había concluido por conquistar la confianza de la portera, y solía ir de vez en cuando á la casa.

—¿Podrías darme noticias—dijo el conde á la portera—de la señorita Souvray?

—No está aquí, señor.

—Desde cuando?

—Hace cerca de seis semanas.

—¿Estais cierta?

—Segurísima.

—¿Seis semanas!... Precisamente el tiempo transcurrido desde la llegada de María Magdalena á Maillepré.

—¿No tiene aquí su cuarto?

—Sí—dijo la portera, haciendo un gesto;—pero para lo que lo habita, mejor haría en dejarlo... Una joven á quien no se la ve quince días en seis meses... No sé para qué conserva el cuarto.

—¿Sabéis dónde está?

—No puedo deciroslo, porque á nadie da cuenta de sus asuntos.

El conde apeló al argumento decisivo en semejantes casos. Dió un luis á la portera, y gracias á él supo que después de la guerra Margarita había estado en París tres semanas por el mes de junio, que volvió un día ó dos después de la muerte de su hermana y que buscó con empeño á su desconocido bienhechor; que se marchó al siguiente día, permaneciendo ausente un año, impidiendo la portera que el casero le vendiera los muebles; que la joven tenía un carácter enérgico y no gastó nunca confianzas con su portera, y que no era él solo quien la buscaba, sino otros, entre ellos el agente de policía Pablo Bordier.

Pedro de Meillant salió después de dejar otro luis á la complaciente Argos.

Pablo Bordier, que oculto en una esquina esperaba la salida del joven, volvió á la portería, enterándose allí del objeto que llevaba al conde á aquella casa, y de que la portera le había dicho el nombre del agente, como uno de los que iban en busca de Margarita Souvray. En seguida pensó que podía explotar el interés del desconocido, poniéndose de su parte, con más ventaja para él que siguiendo al lado de M. de Serigné, que al abandonar la prefectura para trasladarse á Bourges, dejaba de ser su jefe. Además no hubiera sido el primero á quien derrotase un simple subalterno.

Entretanto Pedro de Meillant se dirigía á su hospedaje, decidido á aprovechar el tiem-

po y á utilizar, como último recurso, al agente de que le había hablado la portera, temeroso de comprometer sus designios si se dirigía á él desde luego, creyéndole á la devoción de Roland. Llamó, por lo tanto, primero á otras puertas, y al cabo de cinco horas de investigaciones, sabía las señas personales, las cualidades y la filiación del nuevo prefecto de Bourges, que había obtenido, como privilegio especial, autorización para unir á su nombre el de Serigné.

A las siete y media Pedro de Meillant abandonaba á París por el camino de hierro de Lyon, satisfecho de su estancia en la gran capital y de los datos obtenidos, conformes con los de la desventurada Luisa Souvray.

XXI

Segunda estación.

El cura de Chapelle-aux-Ifs volvía á su casa á las once de la mañana, después de recorrer la gran campiña, en la que se habían ya borrado las huellas sangrientas de la guerra.

Al poco rato un coche se detuvo á la puerta, y de él bajó un joven desconocido, de buen porte y distinguidas maneras. Era el conde Pedro de Meillant, como habrá reconocido el lector.

Al ver al joven, el cura le invitó á entrar saludándole afectuosamente, pero el recién venido dijo, señalando un banco á la sombra de un copudo árbol:

—No quisiera obligaros á dejar un sol tan hermoso, si os parece nos quedaremos aquí. Y sin más preámbulos, abordó el objeto de su visita.

—¿Habeis tenido aquí á los alemanes en el último invierno, señor cura?

—Sí—dijo suspirando el anciano—y nos causaron mucho daño.

—¿No se dió una acción en el mismo pueblo?

—Efectivamente, una noche.

—Precisamente vengo á pedir os algunas noticias sobre aquel hecho.

—Si puedo facilitaroslas...

—No será difícil. Cuando se dió la acción había aquí una ambulancia de la Cruz Roja.

—Sí, señor,—dijo el sacerdote, señalando hacia una pequeña granja, cuya techumbre recién colocada despedía los reflejos del sol, allí.

—¿Sabeis quien asistía á los heridos en aquella ambulancia?

—No puedo asegurarlo. Había un joven médico, cuyo nombre ignoro, á quien ayudaban algunos soldados; después vinieron dos jóvenes, enviadas desde Ornans, sino me equivoco.

—¿Eran parecidas aquellas jóvenes?

—Mucho, parecían dos gemelas.

—¿Sabeis sus nombres?

—No los oí nunca.

El viajero hizo un gesto de contrariedad.

—El motivo que me impulsa á informarme de vos es muy grave. ¿Era realmente exacto el parecido entre las jóvenes?

—Casi perfecto. No las ví más que un instante, y me hubiera sido imposible distinguirlas después. No ignoraréis, seguramente, que una de ellas murió aquella misma noche, herida por los proyectiles alemanes.

—Lo sé. ¿Visteis á la muerta?

—Y á su hermana; quiero decir, á la otra. Puesto que venís desde lejos, por causa de ellas, á lo que creo...

—Efectivamente.

—¿Tal vez desde París?

—Justo.

—Puedo enseñaros el sitio donde ocurrió la desgracia.

El sacerdote interrumpió el curso de la conversación para preguntar al joven:

—¿Venís de Besanzón?

—Salí de allí esta mañana.

—El camino es largo... y seguramente no habréis almorzado. ¿Me permitís que os ofrezca hospitalidad?

—La aceptaré muy agradecido, señor cura.

El viejo llamó á su criada, una vieja delgada, diciéndole:

—El señor me dispensa la honra de almorzar conmigo.

Después cogió el bastón y el sombrero; mandó al cochero que desenganchara y entrase los caballos al patio, y se dirigió con su huésped hacia la granja, donde el cura y su acompañante fueron recibidos afectuosamente.

El sacerdote mostró al conde de Meillant los sitios en donde ocurrieron los principa-

les episodios de aquella tragedia, y le refirió su llegada cuando todos habían huido, encontrando á una de las dos jóvenes arrojada ante el cadáver de la otra; la resistencia de la superviviente á retirarse, hasta que los enemigos la obligaron, y el encargo que le hizo de dar sepultura á su compañera, después de decir con una expresión que el sacerdote no olvidaba nunca: «¿Por qué no he sido yo la muerta?»

—Entre los heridos que cayeron en manos de los alemanes—prosiguió el cura,—había un oficial...

—El marqués de Lignéres,—dijo el joven.

—¿Le conocíais?

—Es pariente mio...

—Pues bien, antes de ser trasladado, no sé si á Metz, me preguntó el nombre de las jóvenes, que, según os he dicho, yo no conocía. Me dijo, que sentía gran admiración por ellas, sobre todo por la superviviente, á la que hubiera querido volver á ver.

El anciano habló algunos instantes con la mujer que habitaba en la granja, y llevando hacia afuera á su acompañante, le dijo:

—Habeis visto la casa en que murió: vais ahora á ver su sepulcro.

Al pié de los muros de la iglesia, en un ángulo, detúvose el sacerdote ante una gran lápida, diciendo:

—Aquí está.

Pedro de Meillant leyó esta inscripción:

UNA ABANDONADA

No vió ningún nombre.

—¿Meditaba ya entonces Margarita el fraude?

El conde esperaba encontrar sobre la tumba el nombre de María Magdalena. Evidentemente era ella la que dormía el eterno sueño en aquel rincón, en donde las flores, cuidadas por una mano piadosa, cubrían la sepultura de la mártir ignorada.

Pedro se arrodilló, como Margarita tres meses antes, y oró.

Al levantarse, le dijo el cura:

—Ya lo sabéis todo. Por mi parte, siempre he creído que en el sacrificio de estas dos jóvenes tan bellas y tan virtuosas se escondía uno de esos dramas íntimos, cuyo secreto, de seguro, ni vos ni yo conoceremos nunca.

El conde no contestó al sacerdote; pero pensaba así, mientras una lágrima humedecía sus párpados:

—Yo lo conoceré, tal vez lo conozco ya.

Una hora después el joven estrechaba con efusión la mano del cura y subía al carruaje.

Sobre la chimenea del presbiterio había dejado un billete de mil francos, para cuidar las flores de la sepultura de la abandonada.

—No tiene nombre—dijo al sacerdote;—pero espero deciros algún día el que se ha de inscribir en la losa.

Diciendo después para sí:

—Que si no me engaño es uno de los más ilustres de Francia.

XXII

A polizonte, polizonte y medio.

En el instante en que el conde Pedro de Meillant se esforzaba para conocer lo que podía llamarse con razón el misterio de Maillepré, Roland Beroult preparaba el viaje para su nuevo destino.

Bruno, el antiguo ayuda de cámara del conde de Magny, y ahora de M. de Serigné, y, como todo buen ayuda de cámara, el confidente de su dueño, le adulaba diciéndole:

—Ya lo había predicho el señor conde. Más de veinte veces me lo había anunciado. «Este mozo será prefecto cuando quiera.»

Ya se ha cumplido la profecía. Esto es el principio...

Mr. de Serigné abandonó la calle de Jerusalem con una carga de documentos y de secretos que le hacían el hombre más temible de París, y él se envanecía por ello.

A las cinco de la tarde del mismo día en que Pedro de Meillant había almorzado con el cura de Chapelle-aux-Ifs, Roland Beroult entraba en su despacho del lujoso entresuelo que había alquilado en el boulevard Hausmann.

Tocó un timbre y se presentó Bruno.

—Vamos á partir, Bruno.

—Yo creía que estaríamos aún algunos días en París.

—Orden del ministro,

—¡Ah!

—Y si he de decir verdad, estoy muy satisfecho é impaciente por llegar á Bourges.

—Bourges no vale lo que París.

—Eso es según—dijo Roland con intención.

—¿Y qué tiene el señor prefecto para hallarse tan satisfecho? Yo, por mi parte, creo que no hay como París para hacer una fortuna completa.

—Te engañas. Se puede hacer fortuna también en otras partes y la mejor prueba es que precisamente por eso voy al departamento del Cher.

—¿Y el señor espera conseguirlo?

—Más que esperar: tengo la certidumbre.

—¿Y cómo tiene el señor la seguridad de hacer esa fortuna? ¿Acaso por un matrimonio?

—Lo has acertado, Bruno.

—¡Oh! El señor es demasiado joven para apelar á ese recurso, que solo se debe utilizar en un caso extremo.

—Se trata de dos millones, Bruno.

—Muy bien. Entónces no es la mujer, sino el dinero lo que desea el señor.

—Con el dinero se consigue todo—dijo cínicamente Roland.

Bruno no manifestó entusiasmo, contentándose con decir para sus adentros:

—¡Vaya un galopin! ¡Y cuántos de éstos hay en el mundo!

Después añadió en voz alta:

—¿El señor empieza ya á consolarse?

—¿De qué?

—De la desaparición de aquella joven de que el señor me hablaba alguna vez, de la hija del coronel Souvray.

El rostro de Roland se demudó.

—Vaya—dijo—me nublais el día. He tomado sobre este particular mi resolución, y ya sabes que te he prohibido pronunciar ese nombre delante de mí.

Los ojos del ayuda de cámara brillaron con extraña expresión de malicia, pero en aquel instante volvía la espalda á su amo y este no lo podía ver.

—Si he hablado al señor de esa joven ha sido por su interés...

El agente del señor ha venido esta mañana

—¿Bordier?

—El mismo.

—¿Qué quería?

—No lo ha dicho; pero no creo engañarme...

—Quizá por algunos luises. Si por casualidad vuelve ántes de marcharse...

—¡Que debo decirle!

—¡Que vaya al diablo!

—No debe ser eso lo que él desea... ¿No tiene el señor otra comisión que darle?

—Sí; que no tengo necesidad de él y que es inútil que se moleste... á menos de que hubiera noticias graves...

—Bien.

—Ese agente—dijo Roland colérico, no sirve para nada.—Cuando pienso que no supo encontrar la pista de esa joven...

Y sin embargo, continuó, está en alguna parte, á menos... que no haya muerto,

Después de decir esto, colgóse al brazo un sobretodo, se puso el sombrero y salió después de citar á Bruno para la estación.

Cuando este quedó solo, se arrellanó en un sillón, encendió un cigarro y se dijo:

—Parece que vamos á casarnos y con una heredera... la compadezco... Ya le ha caído que hacer con su marido...

Las meditaciones de Bruno fueron interrumpidas por un campanillazo.

El ayuda de cámara se levantó apresuradamente, puso el cigarro en un cenicero y fué á abrir la puerta.

—¿Calla, sois vos, Bordier?

—Sí, yo soy. ¿Y M. Serigné?

—Ha salido.

—¡Diablo! tenía que hablarle.

—Pues habreis de dejarlo para mejor ocasión.

—¿No hay medio de verle?

—Ninguno.

—Después de todo—dijo Bordier—si he venido, ha sido por interés suyo, más que por el mío.

—Si es cosa que yo puedo decirle... ¿es importante?

—Bastante.

—¿Urgente?

—Sí y no. ¿No va á volver?

—No.

—¿Y mañana?

—Mañana estaremos á algunas leguas de aquí.

—¿Vais á Bourges?

—¿Adónde queriais que fuéramos, que es-

tuviésemos mejor? Pero—añadió observando la contrariedad que revelaba el semblante de Pablo Bordier—¿qué traéis entre manos el jefe y tú, que siempre andais en conciliábulos? De seguro que no es asunto de política.

—No, la política no es mi especialidad.

—¿Pues qué es entonces?—iusinuó Bruno.

El agente no contestó.

—¿Es alguna historia de mujer?—prosiguió Bruno.

—¿Quién os lo ha dicho?

—¿Acaso hay otra cosa en la vida? En tiempo del conde Magny he visto aquí bastante para saber á qué atenerme... Pero escuchad, yo he procurado siempre sacar mi partido...

—A fé mia—dijo el agente—no me hubiera extrañado esta tarde verme con dos ó tres monedas de veinte francos, que el jefe no hubiera vacilado en darme, porque la noticia los valía.

—¿Que noticia?

—La que le traía.

—Escribidle; yo le enviaré la carta.

—No me gusta hacer nada de valde.

—¿Cuánto deciais que os hacía falta?

—Tres luises.

—Puedo dároslos; el amo me los reembolsará.

—Andando—dijo Bordier—debeis estar al corriente...

—¿De qué?

—De su gran pasión por una joven que se llama Margarita Souvray, hija de un coronel.

—Me ha hablado mucho de ella—dijo Bruno, haciendo sonar el dinero que había sacado del bolsillo.

—La verdad es que está loco por esa mujer.

—¿A quién se lo decís?

—Y es increíble lo que ha hecho sufrir á esa desventurada... Figuraos que hace cinco ó seis semanas ella debía venir á buscarle á la prefectura.

—¿Para qué?

—No os hagais el inocente... No sé lo que le había dicho, con que clase de amenazas la había decidido, pero estaba convenido, ella consentía.

—¿Y faltó á su promesa?

—Justamente. ¡Que furioso se puso! Me hizo buscarla por todas partes, pero todo fué inútil.

—Hasta ahora—dijo Bruno—no veo la noticia que valga tres luises.

—Esperad. Anteayer fué un señor á la casa en donde habitaba la joven preguntando por ella.

—¿Y no se lo han podido decir?

—Claro que no.

—¿Y nada más?

—Nada más.

—Eso no vale los tres luises.

—Para vuestro amo sí. Cuando él sepa que no es él único que busca á la muchacha, va á estallar de furor.

Bruno movió la cabeza.

—Arreglémonos—dijo.—Treinta francos... y todavía el jefe se enfurecerá.

—Vengan—gimió el agente;—verdaderamente empieza á cansarme este oficio.

En esto dieron las seis.

—¡Demonio!—dijo Bruno,—el tiempo vuela.

Dió treinta francos á Bordier y lo condujo á la puerta.

El agente se marchó descontento, furioso.

Si él hubiese sabido siquiera el nombre del desconocido de la calle de Douai, ¡qué pronto se habrían entendido!

En aquel momento, por desgracia de Bordier, Pedro de Meillant estaba lejos de París: entraba en Serigné, en un carruaje que tomó en Tours. ¿Qué fin le llevaba allí?

Del relato de Luisa Souvray había retenido el nombre del pordiosero Peschard, que vivía en los alrededores de la población.

El conde se encontró con él en el camino, reconociéndolo por las señas que le dieron en la posada.

—¿Os llamais Peschard?—le preguntó.

—Sí, señor, para serviros.

—¿Queréis que hablemos un instante?

—Con mucho gusto—dijo el viejo admirado.

El conde estuvo cerca de una hora en la casa del mendigo.

Al salir era presa de gran emoción, pero su semblante estaba sereno.

Había dejado á Peschard una suma importante, que el mendigo aceptó, diciendo:

—Será para ella en caso necesario.



UAB

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUARAMANGA
FACULTAD DE CIENCIAS EXACTAS Y NATURALES
DEPARTAMENTO DE MATEMÁTICA

LIBRO
F. V. E. Y.
V.